

ALBA
REVISTA
del CENTRO ASOCIADO a
la U N E D
M E L I L L A

Año 6º núm. 11 - 1988



ALDABA
REVISTA
del CENTRO ASOCIADO a
la
UNIVERSIDAD
MELILLA

Año 6º núm. 11 - 1988

DIRECCION

José Megías Aznar

CONSEJO DE REDACCION

**Vicente Moga Romero — José Manuel Calzado Puertas — Teresa Rizo Gutiérrez —
Celia García Marfil — Antonio Bravo Nieto — Paloma Moratinos Bernardi — Isabel
Gutiérrez Román — Teresa Serrano Darder**

EDITA Y DISTRIBUYE

**Servicio de Publicaciones del Centro UNED de Melilla
Palacio Municipal. Apdo. 121. Teléfono 681080 y 683447**

**Imprime: COPISTERIA LA GIOCONDA
Melchor Almagro, 16
Depósito legal: 526/1983
I.S.S.N.: 0213-7925
GRANADA**

INDICE

	<i>Pág.</i>
PRESENTACION DEL NUMERO MONOGRAFICO DE LA REVISTA AL- DABA DEDICADO A LAS JORNADAS DE PSICOLOGIA	
<i>Soledad Ballesteros Jiménez</i>	7
LA PSICOHISTORIA Y EL NATURALISMO PSICOLOGICO	
<i>José Luis Pinillos</i>	11
EL CONEXIONISMO	
<i>José Luis Fernández Trespalacios</i>	25
UNIDAD Y DIVERSIDAD EN LA PSICOLOGIA	
<i>Juan Mayor</i>	41
PSICOLOGIA BASICA Y PSICOLOGIA APLICADA	
<i>Soledad Ballesteros Jiménez</i>	69
LA PSICOLOGIA EN ESPAÑA. CIENCIA Y PROFESION	
<i>Helio Carpintero</i>	83
LECCION MAGISTRAL DE APERTURA DEL CURSO 87/88	
<i>José Luis Pinillos</i>	93

Presentación del número monográfico de la revista Aldaba dedicado a las jornadas de psicología

Soledad Ballesteros Jiménez
Directora de las Jornadas

Este número monográfico de la Revista Aldaba recoge una serie de Conferencias pronunciadas en el Salón de Actos del Centro Asociado de la UNED de Melilla durante los días 26, 27 y 28 de octubre de 1987, así como al solemne acto de inauguración del curso académico 1987-1988 que tuvo lugar el día 28 de octubre a las 12 de la mañana.

El Centro Asociado de Melilla me pidió el pasado mes de julio que organizara unas Jornadas de Psicología que debían celebrarse al comienzo del curso académico 1987-1988 como complemento a las enseñanzas regladas de Psicología que se imparten en ese centro universitario. Dichas Jornadas llevaron el título "*Pasado, Presente y Futuro de la Psicología*" e intentaron dar una visión de la Psicología desde sus comienzos como disciplina científica, hasta sus posibles desarrollos futuros, pasando por el tratamiento más actual de algunos temas importantes dentro de esta disciplina académica.

Como directora de las Jornadas, estoy profundamente agradecida a todas aquellas personas que han hecho posible su celebración. Agradezco sinceramente la colaboración prestada a los profesores que han participado en este curso, sin ella, el éxito de las Jornadas no hubiera sido posible. También agradezco a las autoridades del Centro Asociado de la UNED de Melilla: al Presidente del Patronato, Excmo. Sr. Alcalde de Melilla, D. Gonzalo Hernández; a su Director, D. Ramón Gavilán; a su Secretario, D. José Mejías; y a la Coordinadora de estas Jornadas, D^a Teresa Rizo, Profesora-Tutora, que pensarán en mí a la hora de organizar las mismas. También es de agradecer la libertad que me dieron para elegir la temática y los Conferenciantes. Y por último, no podemos dejar de mencionar al personal del Centro por su eficaz colaboración que hizo más fácil y agradable nuestra tarea y nuestra estancia en Melilla. A todos ellos les damos las gracias desde estas páginas de la Revista Aldaba.

El Ciclo constó de 5 Conferencias de una hora de duración, seguidas de coloquio y de una Mesa Redonda sobre "Los Nuevos Planes de Estudio de Psicología".

La primera Conferencia de las Jornadas fue pronunciada por el profesor D. José Luis Pinillos, Catedrático de Psicología, Profesor Emérito de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad Complutense de Madrid y Premio Príncipe de Asturias de Humanidades. El título de su disertación fue "*La Psicohistoria y el*

Naturalismo Psicológico". Este es un tema que preocupa y apasiona al profesor Piniños, maestro de maestros de la Psicología española, y que fue escuchado con atención por la audiencia que llenaba el Salón de Actos del Centro Asociado de Melilla.

La segunda Conferencia fue pronunciada por el profesor D. José Luis Fernández Trespalacios, Catedrático de Psicología General y Director del Departamento de Psicología Básica de la UNED. El título de su Conferencia fue "*El Conexionismo*", tema ciertamente nuevo en España y de gran actualidad en Estados Unidos como lo demuestra el hecho de que en dos reuniones a las que hemos asistido recientemente, celebradas en Seattle del 5 al 8 de noviembre, la de la *Society for Computers in Psychology* y el *28th Meeting of the Psychonomic Society*, el tema del conexionismo fue ampliamente tratado contando con sesiones específicas que tuvieron gran éxito a juzgar por el número de personas que siguieron las ponencias. Destacados impulsores del conexionismo como McClelland y Schneider participaron en las mesas dedicadas a este tema y presentaron el software que están desarrollando para simular en el ordenador algunos de los modelos conexionistas.

Las dos conferencias impartidas el martes día 27 de Octubre fueron pronunciadas por el profesor Juan Mayor y por la profesora Soledad Ballesteros. El profesor Juan Mayor es Catedrático de Pensamiento y Lenguaje y Director del Departamento de Psicología Básica (Procesos Cognitivos) de la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid. El título de su Conferencia fue "*Unidad y Diversidad en la Psicología*". A lo largo de su intervención, el profesor Mayor planteó el tema de si debe hablarse de una Psicología o por el contrario, lo que existen son múltiples psicologías. La Psicología es una ciencia uniparadigmática, o por el contrario, la Psicología es una ciencia multiparadigmática. Estos y muchos otros aspectos importantes fueron tratados en esta conferencia de una manera sumamente interesante.

La segunda conferencia de la tarde fue impartida por la profesora que escribe estas líneas, Soledad Ballesteros, profesora Titular del Departamento de Psicología Básica de la UNED. El tema de la intervención fue "*Psicología Básica y Psicología Aplicada*". En ella intentamos contraponer los dos paradigmas, el de la Psicología como ciencia, propio de la Investigación Básica y el de la tecnología, propio de la Psicología Aplicada. La conferencia terminó proponiendo un plan de acción para la reforma de la investigación básica y la investigación aplicada.

El miércoles día 28, el profesor Helio Carpintero pronunció la última conferencia del ciclo, cuyo título fue "*Psicología Española: Conocimiento y Profesión*". El profesor Carpintero es Catedrático de Historia de la Psicología y Decano de la Facultad de Psicología de la Universidad de Valencia y acaba de volver de la Universidad de California, Los Angeles, dónde ha pasado una temporada realizando una investigación que pronto se va a publicar en castellano y en inglés. En su intervención, presentó una interesante historia de los orígenes de la Psicología española a través de sus profesores e investigadores más destacados e incidió en la importancia de la Psicología como conocimiento susceptible de aplicación. También se refirió a la atracción que esta ciencia ha ejercido sobre los jóvenes estudiantes que ha hecho que se hayan interesado masivamente por ella.

Las Jornadas de Psicología terminaron con una Mesa Redonda sobre un tema de candente actualidad para profesores y alumnos de Psicología, el de los *Nuevos Planes*

de Estudio de Psicología. En dicha Mesa Redonda participaron los cinco conferenciantes y la profesora María Victoria del Barrio, Profesora Titular del Área de Personalidad e Intervención de la Facultad de Psicología de la Universidad de Valencia.

Coincidiendo con las Jornadas, el día 28 a las 12 de la mañana fue inaugurado solemnemente el curso académico 1987-1988 en el Centro Asociado de la UNED de Melilla. El acto académico estuvo presidido por el Excmo. Sr. Vicerrector de Asuntos Exteriores de la UNED, D. Juan Antonio Gimeno Ullastres y los Drs. José Luis Pinillos, Helio Carpintero, José Luis Fernández Trespalcacios, Juan Mayor, Soledad Ballesteros y María Victoria del Barrio, todos ellos ataviados con el traje académico, el Excmo. Sr. Alcalde y autoridades de Melilla, y el Director del Centro Asociado, D. Ramón Gavilán. El Orfeón Melillense "Padre Vitoria", dirigido por D. Mariano Salgado, interpretó el "Gaudeamus Igitur".

El director del centro, D. Ramón Gavilán, inició el acto académico exponiendo las características especiales de la Universidad a Distancia y señalando tanto sus rasgos comunes con las demás universidades como sus características propias. A continuación, el profesor José Luis Pinillos pronunció la lección magistral del Curso académico 1987-1988, titulada "*El Futuro de la Modernidad*". Después, el Alcalde de Melilla, D. Gonzalo Hernández, felicitó a los estudiantes del Centro Asociado y a los licenciados que habían terminado su carrera en dicho Centro durante los dos últimos años, a los que se les entregó un Diploma firmado por el Sr. Alcalde en su calidad de Presidente del Patronato y por el director del Centro, D. Ramón Gavilán. Finalmente, el Sr. Vicerrector declaró inaugurado el curso académico 1987-1988.

La psichistoria y el naturalismo psicológico

José Luis Pinillos

El motivo de poner en conexión la psichistoria con el futuro de la psicología requiere tal vez un comentario previo, por lo demás no muy difícil de hacer.

No se trata de hablar de la psichistoria porque sea una disciplina nueva, en expansión desde hace unos pocos años, que pueda tener un futuro más o menos prometedor. La cuestión no es esa, o al menos no es básicamente esa. La cuestión estriba en que el desarrollo de esta disciplina es en el fondo, o intenta ser una respuesta a ciertos problemas que la psicología viene arrastrando desde su establecimiento como ciencia natural, en la época de Wundt. En otras palabras, la razón de ser de esta intervención sobre la psichistoria hay que buscarla, pienso yo, por entre las cuentas que el naturalismo psicológico tiene todavía pendientes, desde que hace más de un siglo se planteara la famosa disputa del método, que se conoce con el nombre de *Methodenstreit*.

La cuentas pendientes de la psicología

A mi parecer, lo psicólogos deberíamos tomar muy en serio aquella advertencia que hace Husserl en *La crisis de las ciencias europeas*, al hablar del naturalismo psicológico.

En efecto, Husserl critica esta reducción naturalista del psiquismo (*naturalisierung des Psychischen*), porque a su juicio es el resultado de una contradicción histórica, que sigue pesando sobre el recurso de la psicología científica. Se refiere Husserl al hecho singular de que, habiéndose constituido la ciencia nueva, la física de Galileo, justamente bajo el signo de una objetividad puramente cuantitativa y causal, excluyente de las cualidades subjetivas, sin embargo, cuando el empirismo inglés se propone hacer una ciencia del mundo subjetivo, recurre al modelo de la física. O dicho de otro modo, para hacer ciencia de lo subjetivo, la nueva psicología se inspira precisamente en la ciencia que ha rechazado la subjetividad, esto es, que ha excluido de su campo privativo la consideración de las cualidades subjetivas-colores, sabores, etc., llamadas secundarias, para quedarse exclusivamente con los aspectos cuantitativos de los cuerpos —sus cualidades “primarias”— y sus relaciones causales. Lo cual, en el mejor de los casos, no deja de resultar chocante. Piénsenlo, y probablemente estarán de acuerdo en que este hecho resulta al menos sorprendente, si no es que de verdad constituye una auténtica contradicción fundacional de la psicología, generadora de constantes crisis, como pronosticara Husserl. Me explicaré un poco más.

Como es de sobra conocido, a partir de Galileo el mundo dejó de tener alma para convertirse poco a poco en un gigantesco mecanismo, en una especie de "meccano", accesible al manejo de quien lograra conocer y separar sus piezas. Quizá previendo que este mecanicismo pudiera llegar a apoderarse también del alma, Descartes la separó del cuerpo, con el fin de evitar que la nueva ciencia galileica terminara por invadirla, reduciendo la libertad del pensamiento a movimientos automáticos, iguales que los del cuerpo.

De haberse cumplido a rajatabla el proyecto dualista de Descartes, a un lado hubiera quedado el estudio de lo que, andando el tiempo, se iban a llamar reflejos, mientras al otro se habrían situado los hechos de conciencia. O sea, *psychologie ohne Seele*, reflexología y conductismo, por una parte, y psicología comprensiva y fenomenología, por otra: extensión, mecanismos, causas, necesidad, frente por frente del pensamiento, la intencionalidad y la libertad.

Ahora bien, como por este modo resultaban un cuerpo sin mente, un cuerpo demenciado, y una mente sin cuerpo, una mente espectral, no faltaron los intentos de unir los labios de la herida. De ahí surgió la fracasada metafísica de la comunicación de las sustancias, y también el asociacionismo de ideas, la *mental philosophy* que a la postre desembocaría en la nueva psicología introspectiva, experimental y fisiológica, de Guillermo Wundt.

En la nueva ciencia, sin embargo, la objetividad había sido secuestrada por la geometría, la cantidad y las relaciones causales entre unos cuerpos despiezados en variables elementales. Ya hemos dicho que Descartes había querido dejar el alma al margen de esta objetividad, pero no ocurrió así. De hecho, hubo quien pensó que los métodos de la nueva física podrían aplicarse también al mundo de lo psíquico, y así surgió el mecanicismo mental. El empirismo se las arregló para reducir la mente a una coalición de átomos psíquicos, y meterla también en el juego de la mecánica. Lo cual no dejó de tener serias repercusiones.

A consecuencia de semejante operación, la mente perdió su condición de proyecto, y en lugar de concebirse como causa de sus efectos, fue reducida a efecto de sus causas, esto es, a una variable dependiente del entorno, al resultado de un proceso causal y no de una praxis. Más que como actividad de un sujeto sobre un objeto, más que como propuesta de un sujeto al mundo, la actividad mental se entendió como reflejo mental de unas impresiones sensoriales —luego, como respuesta muscular a un estímulo—, o sea como aprendizaje asociativo y adaptación a un medio físico.

Por descontado, a Wundt no le pasó desapercibido el asunto. Vio claramente que el asociacionismo era justamente el mecanicismo mental que Descartes había pretendido evitar (recluyendo al *gogito* en un reducto infranqueable por la causalidad), y no dejó de darse cuenta de que su "nueva psicología" iba a tener dificultades serias por el hecho de pretender ser una ciencia natural, que a cambio dejaba fuera de foco la dimensión cultural e histórica de la vida humana. De esto, digo, se percató claramente el ilustre maestro, y por ello, no por capricho, es por lo que pensó, a la par que en la psicología experimental, en otro tipo de psicología complementaria —la *Völkerpsychologie*, la psicología de los pueblos—, capaz de retener aquellos aspectos socioculturales del pensamiento que la psicología naturalista no podía tener en cuenta.

Dilthey, a su vez —y en menor grado Brentano—, intentó también cultivar un tipo

de psicología que complementara las limitaciones naturalistas de la psicología experimental y fisiológica, y tuviera en cuenta el hecho de que el medio del hombre no es puramente natural, sino asimismo un mundo histórico, con el cual se relaciona mediante una actividad mental superior que excede de la pura naturaleza. Ese fue el trasfondo que generó la célebre polémica de Dilthey con Ebbinghaus, donde éste último postulaba una modelo naturalista de psicología explicativa, mientras el primero aspiraba a un modelo historicista de psicología comprensiva, que compensara la unaliteralidad de la psicología explicativa. Según esta conocida fórmula, debida originariamente a Droysen, a la naturaleza habría que explicarla, mientras que al hombre se le debería comprender.

También Brentano y Husserl echaron su cuarto, como digo, a espadas en el asunto, defendiendo una diversificación epistemológica de la psicología, a la que veían demasiado pendiente del modelo de la ciencia natural. Pero las variantes del problema fueron muchas y, a última hora, aquí hemos de limitarnos al fondo del debate. O dicho de otro modo, lo que debemos resaltar es el hecho de que las ciencias sociales y humanas de hoy continúan adoleciendo de una falta de profundidad histórica, que las lleva a reemplazar el tiempo humano, que cobra espesor con su transcurso por un tiempo físico lineal, que fluye idéntico a sí mismo a través de los siglos, indiferente al curso de los acontecimientos.

La disputa del método

Todo esto, en suma, constituyó a la postre el fondo del debate a que brevemente vamos a referirnos de inmediato.

En el debate participaron, como se sabe, figuras de la talla de Bergson, Brentano, Dilthey, Draysen, Eucken, Ebbinghaus, James, Freud, Husserl, Stuart Mill, Windelband, Wundt, etc., nombres tal vez en parte olvidados, pero que representaron en su tiempo la cima de un pensamiento, no lo olvidemos, que en algunos puntos críticos aún sigue vivo. Fue un debate importante, prolongado y complejo, que se polarizó en torno a la distinción epistemológica entre las ciencias del espíritu y las de la naturaleza y, en el fondo, sobre las respectivas operaciones de *explicar* y *comprender*. En definitiva, se trataba de un problema que venía de muy atrás —debe Schleiermacher y mucho antes—, y que a lo largo de la historia se ha planteado de muchas maneras, una de las cuales pienso que es la psichistoria.

En el fondo, la cuestión estribaba en averiguar si toda la experiencia humana tiene cabida en la metodología de las ciencias naturales, o si por el contrario hay un tipo de experiencia humana que requiere un tratamiento *sui generis*, tal como el que puedan ofrecer las humanidades, las ciencias del espíritu, las ciencias morales, o cualquier otra alternativa similar: por ejemplo la propia psichistoria. A la postre, esta eventual dualidad de experiencias del hombre fue y sigue siendo el caballo de batalla en que cabalga la posibilidad de la psichistoria. Lo que entonces se debatió, insisto, fue la posibilidad de un saber parecido al que hoy reclamamos, y dado el resultado del debate por lo que hace a la psicología académica, que optó por el naturalismo, no es extraño que la psichistoria surgiera al margen de la psicología científica, concretamente en el

seno del psicoanálisis. Hoy, debilitado ya el positivismo y su idea del lenguaje observacional puro, tal vez no tenga por qué continuar siendo así, aunque todavía falta mucho camino por andar, antes de que la llamada “comunidad científica” de los psicólogos adopte una postura clara respecto de los tipos de experiencia que caben en su lenguaje de hechos. Diremos algo acerca de ello, pues de otro modo resultaría muy difícil de entender el posible significado de la psichistoria.

Las dos caras de la experiencia humana

Ciertamente, la ciencia no es un duplicado de la realidad, pero tampoco tiene por qué ser un lecho de Procusto, que descoyunte o mutile inexorablemente todo lo que no cabe en él. Para aclarar la cuestión, volveré a Wundt.

Es cierto que Wundt distinguió en su psicología experimental dos clases de experiencia, una externa y otra interna, propia la primera de las ciencias físicas, y de la psicología la segunda:

«Una piedra, una planta, un sonido, un rayo de luz son, en cuanto fenómenos naturales, objeto de la física. Pero en tanto que esos fenómenos naturales son al mismo tiempo representaciones nuestras, son también objeto de la psicología, que trata de explicar el modo en que esas representaciones surgen y se relacionan con otras, así como con eventos no referentes a los objetos externos, cuales son los sentimientos y actos de la voluntad».

Wundt, pues, distingue en efecto dos clases de experiencia, una exterior y otra interior, y así a primera vista cabría pensar que el asunto de las dos experiencias de que hablamos estaba resuelto. La verdad, sin embargo, es que nuestro problema no se resuelve con esa distinción, por la evidente razón de que tanto una como otra, tanto la experiencia externa como la interna, se mueven en el seno del naturalismo, es decir, ambas se hallan inscritas —entiéndase bien esto— en el marco de la ciencia natural, o al menos fuera del ámbito de las humanidades.

La distinción del autor de los *Grundzüge der Physiologische Psychologie* no era, por tanto, la que había sido reclamada por un Pascal, o por Rousseau, ni después por un Dilthey, o por el propio Wundt de la *psicología de los pueblos*. Tanto la experiencia interna como la externa de que habla en su Psicología fisiológica, no son en el fondo dos clases de experiencia irreductibles la una a la otra, sino que ambas caben, con algunas diferencias, en el marco de la *Erfahrung*, o experiencia compositiva y acumulativa propia de la ciencia natural, pero no en el de la *Erlebnis* o experiencia vivida de las ciencias del espíritu. Y porque era así es por la que a la postre Wundt hubo de recurrir a otro tipo de experiencia sociocultural, distinta de las dos citadas. Esto es lo que significó básicamente, creo yo, la *Völkerpsychologie* de Wundt: una psicología cultural que supuso el reconocimiento de un tipo de experiencia que desbordaba las posibilidades metodológicas de la psicología como ciencia natural. Por descontado, la opción naturalista era la única practicable en aquel entonces para intentar que la psicología pudiera convertirse en ciencia independiente, tal como después de todo ocurrió mal que bien. Pero a la par también es cierto que esa opción naturalista imprimió sesgos y tuvo un coste, esto es, obligó a recortar, o a excluir del territorio

psicológico, aspectos que tal vez no fueran importantes en el caso de la conducta animal, pero que no obstante son decisivos para entender el comportamiento del hombre en cuanto ser histórico, en cuanto organismo personal, en cuanto ser de cultura. Que es a lo que en definitiva aspira la psicohistoria.

Los forcejeos en torno al problema son numerosos y antiguos, desde luego. Ya Descartes, como hemos dicho, estaba en ello, pero de todas formas quizá fue Pascal quien mejor acertó a describir esta dualidad de experiencias: "*Yo había pasado mucho tiempo —nos dice— en el estudio de las ciencias abstractas, y la escasa comunicación con los hombres que de ello se saca me había hastiado. Cuando comencé el estudio del hombre, vi que esas ciencias no son propias para este fin, y que yo me descarriaba más de mi condición penetrando en ellas que ignorándolas*".

Evidentemente, Pascal había advertido, igual que tantos otros, las limitaciones de lo que él llamó *esprit geometrique*, por lo que hace al conocimiento del hombre, y a esas limitaciones les dedicó nada menos que un tratado. Los ejemplos, insisto, podrían multiplicarse, pues no sólo Pascal advirtió que el lenguaje de hechos de la ciencia no es apto para recoger aquellos aspectos subjetivos de la vida humana a que venimos refiriéndonos, esto es, vivencias cargadas de valores, unas veces ejemplares, y otras detestables, sentimientos que justamente son distintivos de lo más humano del hombre. Pascal se dió cuanta de esas vivencias dependían de otro registro, del *esprit de finesse*, al que dedicó páginas inolvidables.

Hay también en este sentido un espléndido pasaje del autor de *La decadencia de Occidente*, que no me resisto a transcribir:

"*En todo idioma culto —nos dice Spengler— existe un cierto número de palabras que permanecen envueltas en un profundo velo de misterio: hado, fatalidad, azar, predestinación, destino. No hay hipótesis, no hay ciencia que pueda expresar la emoción que se apodera de nosotros cuando nos sumergimos en el sonido y significación de dichos vocablos. Son símbolos y no conceptos. Constituyen el centro de gravedad de esa imagen del mundo que ha llamado el universo como historia, a distinción del mundo como naturaleza. La idea del sino requiere experiencia de la vida, no experiencia científica... Este sentimiento del sino sólo es comunicable por medio del arte y de la religión, pero nunca por demostraciones y conceptos*".

O sea, concluiríamos nosotros, el registro de esa cara de la experiencia humana pertenece al ámbito de las vivencias, del *esprit de finesse*, pero no al terreno de la *Erfahrung*, no al lenguaje de hechos propio de la llamada ciencia positiva. Lo cual quiere decir obviamente que toda esta decisiva dimensión de la vida que recogen las humanidades encuentra difícil acomodo en la psicología naturalista al uso: *quod erat demonstrandum*.

Hay en efecto una lógica del espacio que no es la lógica del tiempo, hay una lógica de la contigüidad que no es la lógica de la intencionalidad humana sin la cual difícilmente es posible hablar de vida biográfica. Esto lo vio asimismo Ortega. Los historiadores de profesión, nos dice en el prólogo al libro de Spengler, se dedican a coleccionar lo que llaman "hechos" históricos, pero poco más:

"*Nos refieren, por ejemplo, el asesinato de César. Pero: ¿"hechos" como éste son la realidad histórica? La narración de este asesinato no nos descubre una realidad, sino, por el contrario, presenta un problema a nuestra comprensión. ¿Qué significa la*

muerte de César? Apenas nos hacemos esta pregunta caemos en la cuenta de que su muerte es sólo un punto vivo dentro de un enorme volumen de realidad histórica: la vida de Roma. A la punta del puñal de Bruto sigue su mano, y a la mano el brazo movido por centros nerviosos donde actúan las ideas de un romano del siglo I a. de Jesucristo... De este modo se advierte que el "hecho" de la muerte de César sólo es históricamente real, es decir, sólo es lo que en verdad es, sólo está completo cuando aparece como manifestación momentánea de un vasto proceso vital, de un fondo orgánico amplísimo que es la vida toda del pueblo romano".

Podríamos continuar, en fin, desarrollando el tema por la vía de la distinción entre lo nomotético y lo idiográfico, pero ni hay tiempo, ni tampoco es indispensable. Lo dicho es suficiente para mostrar que una experiencia reducida a sus aspectos cuantitativos y causales, tal como estipula el método naturalista, no es la más indicada para retener lo que la vida humana tiene de biografía irrepetible, de experiencia íntima, de drama que acontece en el seno de una realidad personal donde la conciencia desempeña un cometido decisivo.

Sin duda, el lenguaje observacional del naturalismo es a todas luces insuficiente para registrar esa dimensión intencional del vivir, que la psichistoria pretende retener. Al no poder hacerlo dentro de la psicología académica, ya lo advertimos, la psichistoria hubo de hacerlo fuera. Finalmente, tras haberlo intentado con Wundt y con Dilthey, entre otros, lo logró con Freud.

El desarrollo de la psichistoria

Dejando a un lado el problema de los orígenes remotos de la disciplina, de los que me he ocupado algo en otro lugar, debemos señalar, por lo pronto, que el término psichistoria es de origen psicoanalítico y de factura relativamente reciente.

En realidad, el vocablo data de fines de los años veinte, y tuvo su origen, insisto, en círculos próximos a Freud, quien por cierto me parece que nunca lo usó. En todo caso, a él se deben sin embargo los primeros trabajos de psichistoria propiamente dicha. Comenzó, en 1910 con *Un recurso infantil de Leonardo da Vinci*, siguió con otros trabajos desiguales sobre Descartes, Moisés y algunos personajes más, para concluir con algunos escritos menores, por ejemplo, sobre *José en Egipto* —a propósito la obra de Tomás Man— y culminar su trayectoria psicobiográfica con un libro sobre el Presidente Wilson, escrito en colaboración con William Bullit (*Thomas Woodrow Wilson: Twenty-Eight President of the United States: A Psychological Study*), publicado en Londres en 1967.

En el trabajo sobre Leonardo, Freud trató de resolver un problema biográfico con claves psicológicas. El problema consistía en averiguar por qué a Leonardo le resultaba tan difícil llevar a buen puerto los proyectos que iniciaba. Como claves explicativas de la dispersión del personaje, Freud utilizó principalmente las nociones de *resistencia*, *trauma sexual infantil*, *represión*, *transferencia* y *contratransferencia*, a más de otras ideas afines, señalando así un camino por el que pronto se adentrarían otros. Efectivamente, tres años después de este trabajo de Freud, o sea, en 1913, es ya un historiador, no un psicoanalista quien publica, en una revista psicológica (*The American*

Journal of Psychology) un estudio sobre la juventud de Lutero vista a la luz del psicoanálisis, anticipándose de este modo en casi medio siglo al *Young man Luther* de Erikson, que es con lo que éste discípulo de Ana Freud de la que también yo fui alumno, pero algo menos aprovechado —relanza los estudios psichistóricos en la década de los sesenta.

Muy poco después, en 1919, de nuevo un historiador se pronuncia a favor de la cooperación entre la historia y la psicología, y ya en 1923, al tiempo que Freud estudia una neurosis demoníaca en el siglo XVII, Pierce L., Clark publica en la *Psychoanalytic Review* un estudio psicobiográfico sobre el narcisismo de Alejandro el Grande, y al año siguiente, en 1924, el mismo autor publica otro ensayo en una revista médica, que califica de psichistórico (“A Psychohistorical Study of the Sex Balance in Greek Art”). Es decir, un estudio psichistórico del equilibrio sexual, al que en 1927 seguirá otro del ‘psichistórico’ aparece nuevamente registrado en el título: “A Psychohistorical Study of Akhanaton, First Ideal ist and Originator of a Monotheistic Religion”.

En definitiva, es a mediados de los años veinte cuando se empieza a llamar psichistórica a la hermenéutica psicoanalítica que Freud había inaugurado en 1910, con el estudio psicobiográfico de Leonardo. Todo ello acontece, sin embargo un poco anecdóticamente, sin que el neologismo “psichistoria” acabe de prosperar. De hecho, la palabra parece haber entrado después en una especie de período de latencia, para no volver a la superficie hasta principios de los años cincuenta, a juzgar por los datos que yo tengo.

En resumen, así es como en torno a la lectura psicoanalítica de la vida de algunos grandes hombres, se configura la primera versión de la psichistoria. Se trata de una interpretación de la vida humana, de una hermeneutica que va a estar fundada, ya lo veremos, en seguida, en el eterno retorno de lo reprimido, en la irrupción de los instintos en la vida civilizada, en una dura dialéctica entre el sentido y la fuerza, que el freudomarxismo de la escuela de Frankfurt y el psicoanálisis sociocultural de un Erikson tratarán luego de suavizar, dando más importancia a los factores propiamente históricos de lo que había hecho Freud, como a continuación intentaré demostrar.

La evolución de la psichistoria

La hermenéutica freudiana daba por supuesto el carácter indomable del instinto, o dicho de otra forma, entendía la cultura como una sucesión de fallos en los intentos de reprimir esas pulsiones libidinales y esos instintos destructivos que surgen del fondo de la vida y a la postre siempre vuelve. Un pesimismo antropológico obscurecía, pues, el sentido de la primera psichistoria, y así ha persistido en las biografías de personajes como Hitler, cuya patología personal se supone que influyó de forma fatal sobre la historia de Alemania.

La forma en que concibió Freud esta influencia de la naturaleza humana en la realidad histórica fue, ya lo hemos dicho la del eterno retorno de lo reprimido. Las pulsiones sexuales y agresivas del hombre acaban tarde o temprano por burlar el sistema de represiones con que pretende sofocarlas la cultura, que a la postre siempre fracasa. Así, pues, para esta psichistoria freudiana la historia de la cultura es la historia de los fracasos de la represión. En esta pugna, hay unas vías —condenación, renuncia y su-

blimación—, que precisamente tendrían por misión elevar la fuerza hasta el plano del sentido. Bien entendido que sin lograrlo del todo jamás.

Con mayor optimismo contemplaron la cuestión los freudomarxistas de la escuela de Frankfurt y el psicoanálisis socio-cultural de la postguerra. Según Erich Fromm, vaya por caso, y más tarde Erik Erikson, las pulsiones destructivas contenidas en el inconsciente humano serían susceptibles de ir siendo asumidas por el desarrollo histórica de la humanidad y, en este sentido, susceptibles también de ser integradas en el proceso humano.

Así, pues, frente a la dialéctica cerrada, realmente cíclica, que atraviesa toda la obra de Freud, la escuela de Frankfurt confiere más peso a la historia que a la biología, y supone que la fuerza del instinto puede ser asumida a la postre por el sentido de la historia, que es lo que en definitiva da sentido a lo que entra por los sentidos. Lo cual, a última hora, pone un acento de optimismo en el proceso de interacción vida-cultura y lo aproxima a los conceptos de razón histórica y razón vital de nuestro Ortega y Gasset.

Como quiera que sea, la verdad es que Freud estaba persuadido de que, en el fondo, el hombre jamás rectifica su posición libidinal primera, ya que cuando parece hacerlo, lo que en realidad hace es substituir. Con lo cual es claro que el poder configurador de los factores socioculturales nunca podría ser sino aparente, y el más negro pesimismo antropológico estaba servido de antemano.

De esta posición se van a distanciar en mayor o menos medida Wilhelm Reich, con *La psicología de masas del fascismo* (1933), Erich Fromm con *El miedo a la libertad* (1941), y otros autores, como por ejemplo N. Elias, con su importante obra *Sobre el proceso de la civilización*, publicada en 1939. Estos autores operan ya con una concepción algo menos fatalista de la psicogénesis y de su influencia en el curso de la historia. Para Elias, valga el ejemplo, el decurso de la civilización vendría determinado básicamente por un proceso de modificación de la sensibilidad, de los proyectos y de los comportamientos humanos, al que el autor llama proceso de “psicologización”: un proceso que ciertamente no se reduce al manejo intelectual de ideas y significados culturales, sino que asimismo se compone de pasiones y de instintos ciegos, pero cuya trama se genera y estructura finalmente en una interacción de algún modo mejorable por la educación.

Finalmente, Erik Erikson publica las psicobiografías de Lutero y Gandhi, y un influyente trabajo sobre *la naturaleza de la evidencia psichistórica* (1968), que abre de par en par las puertas a una verdadera nube de trabajos similares, no siempre de igual valía que los suyos. Al hilo de todo ello, accede por fin la psichistoria a la Universidad, y vienen también las críticas: por ejemplo, la muy implacable de Jacques Barzun, en 1975, *Clio and the Doctors: Psycho-History, Quanto-History and History*. A pesar de todo, un colega de Erikson en el MIT, llamado B. Mazlich, se atreve a impartir un curso universitario de psichistoria y pronto cunde el ejemplo. Hoy son ya muchas las Universidades que ofrecen cursos de psichistoria, y hay al menos un Instituto de Psichistoria que publica una revista. El dato de que la revisión bibliográfica correspondiente a los últimos diez años contabilice ya unos 4.000 trabajos, frente a los 1.500 de la revisión del año 1975, es sumamente ilustrativo e indica que el campo de la psichistoria se halla en expansión, cuando menos por lo que toca a los Estados Unidos y Francia. Sé que este país, sensibilizado por Michelet a *l'histoire psychologique*, cuenta

desde 1983 con una "Association Francaise pour le Développement de la Psychohistoire", y con autores como Alain Besancon, Cazeneuve, Didier Anzieu, Dupront, Friedlander, Jean Maurice Biziere, Laplantine, Voyelle y otros que se ocupan de estos temas. En España, sin embargo, de momento la psicohistoria más bien brilla por su ausencia.

La psicohistoria hoy

Es claro que psicohistoria significa cosas muy dispares, pertenecientes a discursos de rigor epistemológico muy diverso, y no siempre homologables con lo que se entiende por ciencia. No obstante, entre las acepciones más frecuentes del término figuran las siguientes:

1. *La acepción genérica.* Ante todo, la psicohistoria continúa siendo un intento todavía no maduro de superar el naturalismo psicológico, un ensayo de abrir el psiquismo humano al mundo de los significados, inscribiéndolo, por modos diversos, en un tiempo histórico: bien sea como *Geist*, al estilo de Dilthey, bien como mentalidad, en el sentido más positivista de la escuela francesa, o como conciencia histórica, en el sentido de Grabski y los marxistas.

2. *La psicohistoria como hermenéutica freudiana.* Desde esta perspectiva, psicohistoria es la aplicación de claves psicológicas —por lo general mecanismos psicoanalíticos— a la interpretación de la biografía de grandes personajes, esto es, de figuras que con sus motivaciones y conocimientos han influido en la vida pública de un país o de una comunidad. Por medio del psicoanálisis se reconstruyen los hechos históricos desde la motivación inconsciente de sus protagonistas, y del coro que les acompaña. Diríase que los historiadores relatan los hechos, (*historia rerum gestarum*) y sus relaciones objetivas, mientras los psicohistoriadores se interesan sobre todo por los motivos que llevan a los hombres a realizar esos hechos.

3. *La historia de las mentalidades.* La psicohistoria freudiana es hasta cierto punto naturalista, en el sentido de que centra sus interpretaciones en el complejo de Edipo y en la victoria del instinto sobre su represión sociocultural. en esta modalidad, que ha sido hasta ahora la más fuerte, la psicohistoria se ocupa de los modos de incidencia del psiquismo y sus patologías en la historia humana. Otras opciones más historicistas estudian preferentemente, sin embargo, la acción moduladora que ejercen la historia sobre ese psiquismo a través de factores socioculturales recibidos del pasado. Lo cual permite esclarecer la etiología diferencial de las mentalidades, tal como se hizo con la personalidad autoritaria, o con otros tipos de mentalidad colectiva, cuales pueden ser la conciencia nacional de un país, o la conciencia de clase de un determinado estrato social, etc., etc. Así como la psicohistoria freudiana estudia la incidencia de la pulsión en la historia, el impacto de la fuerza en el sentido, la psicohistoria sociológica estudia la historicificación de las pulsiones, su configuración sociocultural a través de las ideas recibidas.

4. *Modalidades mixtas.* A cuenta de las dos modalidades anteriores, habría que poner muchas otras investigaciones psicohistóricas, como pueden ser el estudio de la evolución de la idea de niñez, de la noción de familia, el amor sexual o la maternidad, la representación social de la mujer, la patria, el ocio y el trabajo, etc., etc., donde se

pretende tener en cuenta tanto los modos de incidencia del instinto en la cultura como, recíprocamente, el influjo de la cultura en el instinto.

5. *Otras modalidades.* A lo anterior habría que agregar un conjunto de estudios psichistóricos sobre problemas heterogéneos, tales como las psico-clases, la historicidad de la conciencia misma, como han propuesto Julian Jaynes, por un lado, o Rober Ellrodt y colaboradores por otro, que han mostrado hasta qué punto la conciencia del hombre moderno difiere de la del hombre primitivo, o la de un egipcio del período predinástico, pongamos por caso. A esto habría que añadir también el problema psichistórico que plantean unos métodos y unas técnicas que la psicología positivista consideraba asépticos y universales, pero que a la hora de la verdad funcionan como elementos generadores de valores para una situación histórica determinada.

En la imposibilidad de hablar de todas estas modalidades de la disciplina, y a título de ejemplo que ilustre la incidencia de la historia sobre el psiquismo humano, diremos unas palabras finales sobre la historicidad de la propia conciencia.

La historicidad de la conciencia humana

Como ya hemos repetido hasta la saciedad, uno de los principales problemas con que tiene que habérselas el estudio de la conducta humana, es con el de su reducción naturalista, ya que si la conducta es la forma en que los organismos existen en sus respectivos medios, mal podrá el hombre, que es un ser de cultura, existir en un medio puramente natural. En otras palabras, parece claro que la relación de conciencia del hombre con su medio nunca puede ser exclusivamente psicofísica.

Se puede aceptar que la opción naturalista fuese obligada —en realidad no había otra—, y hasta que haya sido decisiva para hacer de la psicología una ciencia positiva. Sinceramente, pienso que ambas cosas son ciertas. Excepto que a la vez ocurre que hay aspectos del comportamiento humano que, para ser entendidos, requieren ser contemplados desde una perspectiva cultural: más aún, histórica. Ya se sabe que Watson y el conductismo prescindieron de la conciencia, o la redujeron a un epifenómeno superfluo, incapaz de ejercer influjo de ningún género sobre la conducta real y efectiva de los organismos. Lo cual no impidió, sin embargo, que poco a poco haya ido redescubriéndose que *la conciencia no es simplemente el acto natural en algo se hace manifiesto para alguien, sino que de ese hacerse manifiesto forma parte la historia.* Y ello no sólo conforme ya había señalado Franz Brentano, porque la conciencia es apta para constituir intencionalmente objetos que no existen, ni pueden existir, sino porque la conciencia todo lo ejecuta desde un tiempo, desde una situación históricamente determinada.

En otras palabras, gradualmente se va reconociendo —poco a poco, pero se va— que la conciencia no es como un espejo puro que refleja en su azogue natural la realidad tal como es. Por lo pronto, eso ya se sabía, la conciencia refleja el mundo a través de la mediación de los sentidos, que pueden variar mucho de especie a especie. Pero además, la conciencia refleja la realidad a través de una medición histórica, de una óptica cultural que recibe del pasado y condiciona lo que aorehnde y cómo lo aprehende. Lo

cual también se sabía —*quod recipitur ad modum recipientis recipitur, etc.*— pero no tanto como señalaron Herder, Wilhelm von Humboldt, Guillermo Dilthey, los relativistas lingüísticos, Husserl, Ortega o, en la actualidad, la psichistoria misma.

En definitiva, lo que todas estas gentes y muchas más vinieron finalmente a decir fue que en el ser humano la relación de conciencia no es exclusivamente psicofísica, y que la conciencia no es un órgano biológico de conocimiento objetivo, estabilizado en sus funciones desde el final de la hominización, sino una estructura psichistórica mediada por los *a priori* históricos que colorean todas sus actuaciones. Esta es la cuestión que nos queda por debatir.

La conciencia humana es histórica, en fin cuando menos en el sentido de que su forma actual no es la que tuvo en otras épocas. Hay un excelente libro titulado *Gènesis de la conscience moderne*, dirigido por Robert Ellrodt, en el que un conjunto de distinguidos expertos en filología e historiadores, le han seguido el rastro nada menos que a la evolución de la autoconciencia en las literaturas del mundo occidental.

Es impresionante comprobar hasta qué punto el concepto personalizado de sí mismo que tiene el hombre de la modernidad, no aparece todavía en el de la Grecia clásica, hasta que comienza a anunciarse en las tragedias de Esquilo y de Sófocles. En realidad, es con los héroes de este último como la conciencia moderna empieza a perfilarse y va cobrando forma por oposición a las presiones externas. Antes de Esquilo no hay señales de que los héroes distinguan con claridad las fronteras entre su yo y la voz de los dioses. Lo que hay es más bien una pasividad subjetiva que se deja invadir por las fuerzas exteriores sin contradistinguirse de ellas. El famoso *locus* del control que tanto se maneja ahora en la teoría de la atribución, es un producto histórico tardío, que no tendría sentido atribuir a los personajes de Eurípides ni a los héroes homéricos, pongamos por caso. Esto sería tan erróneo como hablar de un mundo subjetivo anterior a la modernidad cuando lo cierto es que el mundo subjetivo se configura como reacción al mundo de la objetividad constituido por la ciencia del Barroco, tal como ha mostrado Lenoble en su excelente historia de la idea de naturaleza.

Para ilustrar todo esto cabría recurrir también a testimonios tomados de la antropología comparada. Con su ayuda, se reforzaría la tinción histórica que impregna el fondo mismo de nuestra identidad como seres humanos. Pero obviamente esto no es posible. A última hora, bastante habremos hecho si hemos transmitido la impresión de que lo que pretende hacer la psichistoria no es sólo esclarecer los modos por los que el psiquismo irrumpe en los acontecimientos históricos, y ya sería mucho, sino asimismo mostrar de qué manera la historia incide en el psiquismo humano, historifica sus impulsos y aptitudes y configura las mentalidades de los distintos grupos y colectividades. En el fondo, es el viejo problema filosófico de la unión de las substancias, pero planteado de tejas abajo.

Hay en Ortega toda una teoría del perspectivismo, sumamente útil para poner claridad en esta cuestión. Para el gran filósofo español, el punto de vista es un componente ineludible de la realidad. No hay realidad sin punto de vista, y ello no sólo por lo que se refiere a la percepción física de las cosas, donde el fenómeno de la perspectiva es absolutamente obvio, sino en toda relación de conciencia. la perspectiva se da también en el pensamiento y la acción humanas, por la evidente circunstancia de que el sujeto del comportamiento se encuentra inevitablemente siempre en alguna

situación, desde la que percibe y conceptúa la realidad.

Como recientemente ha recordado Raymond Boudon a propósito de las ideologías, el hombre se encuentra siempre en una posición determinada, y dispone a la vez de un legado histórico para hacer frente a su situación. La conciencia es histórica, en suma, porque inevitablemente la relación psicológica se establece desde alguna posición histórica concreta, y a través de una óptica intelectual recibida como herencia del pasado. Por supuesto la importancia del punto de vista en la relación del hombre con su entorno se ha reconocido muchas veces. Al historificar lingüísticamente las condiciones de la posibilidad del conocimiento establecidas transcendentamente por Kant, Herder puso las bases de esas aprioridades históricas que componen las culturas nacionales y configuran los relativismos lingüísticos. O dicho de otro modo, proporcionó los elementos que generan esas formas internas del pensamiento que, en un momento dado o en una situación determinada, se manifiestan como ideologías o mentalidades vigentes. Y desde entonces, el tema no ha dejado de tratarse.

En el Husserl de *La crisis de las ciencias europeas* se recoge, por ejemplo, esta idea del *a priori* histórico —apuntada ya por Wilhelm von Humboldt, otro alemán—, cuya importancia entiendo que es verdaderamente decisiva para esclarecer cómo se produce y funciona la historicidad esencial de la conciencia humana, a diferencia de la del animal. Según esta teoría, que, como digo, Boudon ha formulado a propósito de las ideologías, las disposiciones que componen la forma interior del pensamiento son siempre relativas a una situación, y *razonables* dentro de ella. Vistas desde dentro, las ideologías no son tan irracionales como suelen parecer a los observadores que las contemplan desde fuera y a través de una óptica distinta. Controlar la natalidad, vaya por caso, puede ser razonable para una pareja típica del mundo occidental, pero no para un matrimonio indio, que precisamente cifre su economía en la mano de obra familiar. Lo que desde un punto de vista se percibe como una decisión irracional, se presenta desde otro como una acción sabia y llena de sentido.

La perspectiva, en suma, es un inesquivable componente de la experiencia humana, y ello tanto en el mundo de las sociedades que consideramos “en vías de desarrollo”, como en las más avanzadas. Por ello importa mucho que la psicología no la excluya de sus esquemas la conciencia no supera su condición histórica con el progreso. Lo que sí puede ser ignorarla, extremo que en lugar de resolver el problema lo empeora. Ciertamente, podríamos estar horas y horas hablando de este asunto, que tanto afecta a los psicólogos, pero habremos de limitarnos a esbozar algunas reflexiones finales al respecto.

De capital importancia nos parece aceptar el hecho que la conciencia humana alberga siempre un sistema de representaciones y vivencias recibidas del pasado. Si carece de este depósito, la conciencia no es humana, al menos no lo es en acto. El hombre ve las cosas al trasluz de unos esquemas que sirven para anticiparse a los acontecimientos y prever las consecuencias de los actos posibles. El hombre es un animal de *realidades*, pero también de *idealidades*, ya que la realidad humana incluye siempre la posibilidad. Todo grupo social necesita para vivir algunas ideas previas acerca del mundo y de la vida en él mediante las cuales pueda interpretar lo que ve.

Dicho con brevedad, esta óptica intelectual que se hereda del pasado constituye el *a priori* histórico que condiciona la instalación del hombre en la realidad, le ayuda a

saber a qué atenerse y cómo habérselas con las cosas. Todas las sociedades poseen este utillaje mental, este elenco de categorías con las que componer el mundo al que hay que adaptarse y que hay que adaptar. Por tanto, no considerar esta cuestión debidamente es un despropósito. Se me objetará acaso que algo de esto ya se hace en psicología social, y es cierto, pero no del todo. Porque la aprioridad de que aquí se está hablando es de carácter secuencial, y se refiere a formas históricas que no se revelan en los cortes transversales con que operan las ciencias sociales al uso. En otras palabras, *son formas que no se hacen manifiestas mirando alrededor, sino mirando hacia atrás*. Esto es importante que se tenga en cuenta.

Son numerosas las definiciones que se han hecho de estos a priori históricos. Francois Laplantine, vaya por caso, en *Las voces de la imaginación colectiva* ha articulado en tres grupos —espera mesiánica, posesión y utopía— las formas en que, a lo largo de todos los tiempos, los grupos humanos han proyectado sus fantasías sobre el porvenir. Fácilmente, podrían añadirse otras figuras tales como los mitos, las concepciones del mundo, las ideologías o las mentalidades. Pero lo que hay que subrayar es que, para formar parte de la psicohistoria, todas esas formas deben contemplarse de alguna manera al trasluz del pasado, deben verse en su perspectiva temporal, de modo y manera que en ellas brille y se perfile el *Zeitgeist*, el espíritu del tiempo actual revelado a la luz de los tiempos pasados, por semejanza y contraste con ellos, si se me permite decirlo así.

De esta forma, mirando al pasado y no sólo alrededor, es cómo la psicohistoria detecta la forma histórica de la conciencia de una época, de un grupo humano, de una situación. Es así como cabe poner al descubierto, elevar al plano del habla, esas olvidadas de las que nunca se habla, pero de las que se nutren las creencias de una época: también de la nuestra. Porque es el caso que nuestro flamante mundo técnico no es ajeno a esta falta de perspectiva histórica que lleva consigo el naturalismo. Los aspectos materiales de la vida son, que duda cabe, muy importantes. La ciencia natural, también. Pero ¿qué habría sido de los argonautas sin la lira de Orfeo? Puede que la psicohistoria, más próxima a Orfeo que la psicofísica, sea lo que en definitiva redima a lo reprimido para que no tenga que volver eternamente sobre sus pasos.

El conexionismo

José Luis Fernández Trespalacios

1. Introducción

¿Por qué dentro de un conjunto de trabajos que tratan sobre el pasado, el presente y el futuro de la psicología, parece conveniente incluir el tema del conexionismo? En primer lugar, al hablar del presente y futuro de la psicología hay que hablar necesariamente del conexionismo, porque si no es la última novedad en psicología, sí al menos es una de las últimas novedades.

Sin duda en la psicología aplicada hay temas de la última actualidad que no tienen nada que ver con el conexionismo. Así son muchos de los últimos temas que ha abordado la psicología aplicada, como son, por ejemplo, la medicina conductual, la psicología de la salud o la psicología de las organizaciones. Basta pasearse por una de las importantes universidades mundiales, para comprobar la actualidad que hoy tienen en psicología los temas aplicados y específicos.

Pero si en la psicología aplicada, al preguntarnos por la última novedad en psicología, podríamos hablar de muchas cosas que nada tienen que ver con el conexionismo, en la psicología básica, por el contrario la última novedad lo constituye un solo tema y este tema es el conexionismo. Si, pues, en un conjunto de trabajos se pretende tratar el presente más actual de la psicología básica parece obligado tratar del conexionismo.

Existe, sin embargo, para mí particularmente otra razón que me obliga a enfrentarme con este tema. Si se ha criticado, durante mucho tiempo, las debilidades que presentaba el paradigma de la psicología cognitiva de los últimos años, parece obligado adoptar, también, una posición positiva y tratar de ofrecer esta nueva alternativa que en el estudio de la mente y conducta humana representa hoy el conexionismo. Si hemos estado al lado de los que durante los años sesenta y setenta han hecho caer muchas ilusiones de las albergadas por la psicología cognitiva, parece obligado apresurarse en mostrar las posibilidades de esperanza e ilusión que muchos encuentran en la psicología conexionista.

La psicología cognitiva de los últimos años nos ha llevado, como señala entre muchos el psicólogo italiano R. Luccio (1982), a intentar entender la mente humana con "modelos cada vez más abstractos y alejados de la realidad" (p. 255). Nada de extraño que la psicología cognitiva se haya ido convirtiendo poco a poco o bien en un lenguaje casi filosófico, de tipo racionalista, como se muestra en las obras de Fodor o Pylyshyn, o bien en un estudio de programas de ordenador, como ocurre hoy bajo el férreo dominio de la Inteligencia Artificial. No deja de ser curioso, en este sentido, que un cierto número de psicólogos actuales estén ahora estudiando el aprendizaje en modelos de ordenador más bien que examinando las tareas y los procesos explícitamente en los seres humanos.

Frente a todo ello, el conexionismo pretende alejarse del modelo del computador

convencional y de lenguajes racionalista como el de la lingüística chomskiana, para acercarse al modelo del cerebro animal y humano y a lenguajes como el de la neurofisiología. El impacto ha sido tan profundo que sería fácil imaginar que un Instituto de investigación psicológica tendría hoy que mirar al futuro con dos tipos de departamentos: un departamento de psicología conexionista que estudiaría la dimensión psicológica, pero con un ojo puesto en la fisiología del cerebro y un departamento de neurociencia que estudiaría la base fisiológica de la mente y conducta humana, pero con las miras puestas en la psicología.

Como conclusión, pues, de esta larga introducción, el sentido que tiene el presente trabajo es doble: primero, intentar exponer, aunque sea muy someramente, el último avance de la psicología básica; segundo, ofrecer la esperanza que estos últimos avances en psicología representan para el objetivo de nuestra ciencia. ¿Qué ocurre dentro de la mente humana? ¿Cómo describir y explicar lo que es más interesante del ser humano: es decir, su habla, razonamiento y pensamiento?

2. Un poco de historia

Podemos afirmar que las dos grandes guerras europeas que hemos sufrido en el presente siglo han tenido repercusiones importantísimas para la psicología. La primera trajo consigo un gran desarrollo de los llamados *tests mentales*. La segunda guerra mundial ha traído, entre otras cosas, el interés de los psicólogos en la Ingeniería Humana. La guerra trajo consigo el uso de muchas nuevas máquinas y era necesario encontrar las máquinas a las que más fácilmente se adaptara el ser humano, para encontrar un rendimiento mejor.

En Norteamérica J. J. Gibson tuvo que dedicarse al estudio de la percepción de los pilotos de aviones de guerra en el aterrizaje y en el despegue. Tal tipo de estudios le llevó a afianzarse en su concepción ecológica en el estudio de la percepción. En Inglaterra el uso de las máquinas llevó a un grupo de psicólogos de Cambridge a preocuparse de temas como la atención dividida, tareas de seguimiento de una señal etc.

Estos trabajos llevaron a hacer pensar que el hombre posee un mecanismo de decisión que emplea al menos medio segundo en elaborar la información que le llega. Además había que admitir que tal mecanismo de decisión actúa de una manera discreta. Dicho con otras palabras, el mecanismo de decisión elabora una información y luego otra, pero hasta que no ha elaborado la primera, no puede elaborar la segunda.

Las observaciones que llevaron a semejantes supuestos eran muy simples. Cuando un individuo realizaba la tarea de acoplar una señal con un objetivo que se mueve, tenía que realizar frecuentes correcciones. Pues bien, sólo podía realizar una corrección cada medio segundo. Las consecuencias fueron importantísimas. El hombre iba a ser como un procesador de información. Una nueva psicología comienza a bullir. Los psicólogos de la percepción quieren medir la cantidad de información proporcionada por el estímulo y, en virtud de ello, poder explicar alguno de los principios de organización perceptual. Se pone de moda de nuevo la medida de tiempos de reacción con la finalidad de medir el tiempo que consume cada proceso cognitivo. Se adopta un nuevo lenguaje; el de los diagramas de flujo para poder exponer teorías sobre la atención y la memoria.

Finalmente en 1960 la obra de Miller, Galanter y Pribram sobre los planes y estructura de la conducta establece la analogía entre el hombre y el ordenador y se daba entrada de alguna manera al lenguaje, mas o menos de tipo racionalista, de la gramática generativo-transformacional. Con esto se cerraban los años cincuenta y con ellos la época fascinante e ilusionada en que se abre camino una nueva psicología: la psicología cognitiva. El modelo conductista del estímulo y la respuesta no valía para explicar toda la compleja conducta del hombre. Era necesario conocer qué ocurre dentro de la mente humana. El hombre como procesador de información era el nuevo concepto, el nuevo método la analogía del ordenador.

Pero a partir de aquí las cosas cambian. Durante los años sesenta el conductismo retrocede y se implanta el nuevo paradigma de la psicología cognitiva. Esto es verdad, pero ello no se corresponde con la realización de los avances que se esperaban. Pronto en la primera mitad de los años sesenta aparecen las primeras críticas y las primeras desilusiones. Las cosas no van. Los modelos de cajas, formalismo tomado de la metáfora del ordenador, no funcionan del modo necesario para explicar lo que ocurre en la mente humana. No es real hablar de unas cajas o macroestructuras que realiza cada una de ellas una función, como memoria a corto plazo o atenuador o memoria a largo plazo etc. Se intenta dejar de hablar de estructuras y se pasa a hablar de niveles de procesamiento, pero las cosas tampoco se arreglan.

Poco a poco los modelos de la psicología cognitiva se hacen más abstractos, más fragmentarios y, sobre todo, más alejados de la realidad. Es como si la psicología cognitiva hubiera comenzado una huida hacia adelante que le lleva unas veces a que el formalismo informático se vaya, poco a poco, convirtiendo en un lenguaje casi filosófico y, otras veces, le lleva a someterse a la Inteligencia Artificial centrándose más en el estudio de programas de ordenador que en la mente humana.

Nada de extraño que al comienzo de los años ochenta, un historiador de la psicología como R. Luccio (1982) llegue a afirmar textualmente: "creo no equivocarme si considero más que probable que el cognitivismo, tal como lo hemos conocido, ha agotado o está a punto de agotar su función" (p. 255).

Frente a esa desilusión por la psicología cognitiva, por lo menos tal como se ha venido haciendo hasta ahora, aparece en los años ochenta una nueva ilusión: el conexionismo. Para algunos es un verdadero cambio de paradigma en la psicología, otros no se atreven a afirmar tanto. Podemos decir que el conexionismo comienza verdaderamente a propagarse a partir del verano de 1986. Estamos en 1987 es todavía muy pronto para saber todo lo que representa y todo lo que va a ser capaz de dar de sí. Hoy por hoy el hecho verdadero es que una nueva esperanza se ha abierto a la ciencia de la psicología.

La historia del conexionismo es muy pequeña. Ha tenido ciertos antecedentes dentro de la psicología en las obras de Rosenblatt de los años cincuenta y comienzo de los sesenta. Puede decirse que el primer paso serio se da con la obra de Hinton y J. A. Anderson de 1981 sobre modelos paralelos y memoria asociativa. Sin embargo, la concepción conexionista todavía presentaba serias dificultades que no se superarían hasta 1985. Por fin en 1986 se dispone ya de suficiente información sobre el conexionismo y comienza la propagación de su modo de construir psicología. Dejemos, pues, la historia y pasemos ya a describir, aunque necesariamente de modo somero, lo que es el co-

nexionismo.

3. El conexionismo: su descripción

No obstante el avance de la tecnología actual, el hombre es mejor que las máquinas. Sin duda hay muchas razones que pueden dar cuenta de nuestra afirmación anterior. Pero hay una razón fundamental y ésta es que el cerebro emplea una arquitectura de computación que está mucho más adaptada a lo que el hombre hace, que las arquitecturas de computación que emplean las máquinas.

En este sentido Feldman y Ballard (1982) señalan que los modelos computacionales de la psicología deben ser plausibles por lo menos en los recursos que requieren. Pues bien, uno de los recursos críticos en la computación es el tiempo necesitado para realizarla y el hombre, con un cerebro lento en comparación a la velocidad de muchos ordenadores, no puede gastar mucho tiempo en la realización de sus conductas.

Muchas de las conductas complejas que el hombre realiza puede ejecutarlas en unos pocos cientos de milisegundos. Esto significa que el hombre realiza las conductas complejas en menos de cien pasos de tiempo, si hablamos en términos de computador. Sin embargo, los programas de simulación y los modelos de Inteligencia Artificial necesitarían millones de pasos de tiempo para realizar esas mismas conductas complejas. Nuestro cerebro, aunque es más lento, requiere menos tiempo que un programa de un ordenador para realizar muchas de las conductas complejas ¿Cuál es la razón de ello?

La premisa fundamental del conexionismo es que su modelo consta de un número masivo de unidades elementales que son como neuronas y que esas unidades no transmiten grandes cantidades de información simbólica, sino que realizan la computación conectándose entre ellas de un modo apropiado. Dicho con otras palabras, un sistema de computación lento requiere poco tiempo en comparación del computador convencional, si dicho sistema consta de números masivos de unidades y conexiones en lugar de unas pocas macroestructuras que almacenan grandes cantidades de información simbólica y sobre las que opera un centro director del proceso que contiene un conjunto de reglas explícitas. Pero vayamos por pasos.

3.1. Necesidad de las interacciones

Una cantidad mínima de información, lo que se llama un *bit* de información, necesaria para resolver un simple problema con dos alternativas es una restricción de probabilidad. Por ejemplo, si queremos averiguar en cual de los dos semicírculos en que el diámetro divide un círculo hay un punto o señal, basta un *bit* de información para restringir la probabilidad de esta alternativa. Un sólo *bit* de información nos proporciona el que podamos resolver el problema de saber en cuál de los dos semicírculos está el punto. Dicho con otras palabras, un *bit* de información constituye una restricción de la probabilidad. Con el *bit* de información el punto pierde la probabilidad de estar en el otro semicírculo. Naturalmente para resolver problemas más complejos en que las alternativas son muchas hacen falta múltiples restricciones. Ahora bien, en la teoría de la información esas restricciones actúan binariamente y, por tanto, tienen que actuar secuencialmente. En el ejemplo anterior tendríamos que ir informando si hiciéramos el problema más complejo; el punto está en el círculo no en las otras figuras

que no son círculos; dentro del círculo está en el semicírculo derecho, no en el izquierdo; dentro del semicírculo izquierdo está en el cuadrante superior no en el inferior etc. Es decir, la solución de un problema complejo requiere múltiples restricciones, pero un sistema de información convencional lo hace secuencialmente.

Sin embargo, hay restricciones múltiples simultáneas, como señalan Rumelhart y McClelland (1986), para una conducta tan simple como extender la mano para apretar un botón. Son las restricciones que ponen la estructura del brazo y los músculos, la forma del botón, su posición etc. Dichos autores hacen hincapié en las múltiples restricciones simultáneas que son necesarias para el procesamiento del lenguaje. La sintaxis constriñe el significado. Las reglas de la sintaxis son necesarias para que entendamos. Dicho con otras palabras la sintaxis determina de alguna manera la semántica. Pero las relaciones semánticas determinan a su vez la estructura sintáctica. Los autores citados ponen un ejemplo claro: en las siguientes dos oraciones es la semántica la que determina la estructura sintáctica. Las dos oraciones son: "vi el gran cañón volando a Nueva York" y "vi a una oveja pastando en el campo".

La conclusión es que el conocimiento se consigue mediante la interacción de múltiples fuentes. Se requieren mecanismos en que un aspecto de la información pueda actuar sobre otros y al revés. Esto es lo que pretende el conexionismo: procesar la información a través de las interacciones de un número masivo de elementos simples que se envían entre ellas, mediante conexiones, señales excitatorias o inhibitorias. Dicho con otras palabras, gracias a la interacción de múltiples unidades elementales conectadas entre sí se pueden dar restricciones múltiples simultáneas. Por esto el modelo de procesamiento conexionista se llama procesamiento Paralelo Distribuido (en inglés PDP). Distribuido porque se expande sobre un gran número de unidades y paralelo porque estas no se conectan serial o secuencialmente sino simultáneamente y en diversos niveles.

3.2. Relación con la neurofisiología

Si los modelos de la psicología cognitiva, tal como ha sido hasta ahora, no eran plausibles fisiológicamente, los modelos conexionistas sí lo son y tienen una inspiración neural. Ahora no se trata de encontrar una máquina que nos sirva para explicarnos el cerebro, como han sido los formalismos computacionales, convencionales. Ahora se trata de lo contrario, se trata de hacer un formalismo computacional que imite al cerebro, que funcione como el cerebro.

Esta inspiración neurofisiológica del conexionismo ha constituido sus primeras raíces. A finales del siglo pasado y en la primera mitad del nuestro ya hubo autores como Jackson que descartó la teoría simplista de las localizaciones cerebrales y defendió concepciones distribuidas y multiniveles. En la segunda mitad del presente siglo, en 1966, el ruso Alejandro Luria ha defendido que un proceso cognitivo o conductual resulta de la coordinación de muchos componentes, localizados en muy diferentes regiones del cerebro. En 1949 Donald Hebb aportó conceptos que han tenido gran repercusión como la regla de modificación sináptica y los conceptos de asambleas celulares y sintonización de fases. En 1950 Lashley afirmaba que no existen células especiales para almacenar memorias especiales e insiste en una concepción de representación distribuida.

Es verdad que estas concepciones quedaron en la neurofisiología y que fueron conceptualizaciones demasiado vagas, poco claras y demasiado especulativas a veces. Pero, sin embargo, no han faltado psicólogos que han llamado la atención en que el camino correcto era observar cómo funciona el cerebro y no cómo funciona una máquina. En 1962 Rosenblatt publica unos principios de neurodinámica y nos abre a la esperanza de un enfoque neural en el estudio de la computación. Finalmente, aunque no faltaron algunos intentos en la década pasada, es a partir de los primeros años ochenta cuando se intensifica el estudio de la computación inspirada neuralmente. J. A. Anderson (1983) ha publicado un trabajo con el significativo nombre de "Computación psicológica y cognitiva con modelos neurales". Uno de los objetivos de este trabajo es, precisamente, discutir el *hardware* del sistema nervioso real y, luego, desarrollar modelos neuronales simples para procesos cognitivos que trabajen con las mismas restricciones con que lo hace la naturaleza.

Nada de extraño que W. Schneider (1987) nos diga que el conexionismo es el cambio más dramático que ha ocurrido en la psicología en los últimos veinte años. Porque si hasta ahora se ha intentado describir el cerebro en términos de una máquina, una red telefónica o, incluso, una red semántica, ahora es al revés, se trata de describir la computación según la interacción de unidades que actúan como las neuronas. Antes era intentar ver qué clase de máquina es el cerebro, ahora se trata de intentar ver cómo funcionan los modelos que son como o imitan al cerebro.

Pero el conexionismo es psicología y estudia la computación que realizan los procesos cognitivos, no es neurofisiología. El conexionismo no estudia el potencial de acción de la diferencia en polarización de la membrana, ni que elementos químicos actúan como transmisores, neuromoduladores o neurohormonas. Tampoco estudia macroestructuras cerebrales como los componentes del sistema límbico ni conexiones neuroanatómicas entre las diversas regiones del cortex. Se trata de construir un modelo de computación, cuyo *hardware* pudiera ser el sistema nervioso superior, pero no de estudiar ese sistema nervioso.

3.3. Características básicas del conexionismo

Hay varias características que son comunes a todos los modelos conexionistas y que, por tanto, pueden servir para definir el conexionismo. Algunas de ellas las hemos señalado ya, pero es conveniente hacerlo ahora aquí de una manera sistemática.

En primer lugar, el procesamiento ocurre de modo simultáneo en una población de elementos simples. W. Schneider pone como ejemplo el procesamiento de la letra H en una población de ocho elementos que pueden tener cada uno de ellos valores binarios. En este caso serían, simetría vertical, simetría horizontal, simetría diagonal, no redondez, no cerrada, sin inclinación. Rumelhart y McClelland (1986) ponen el ejemplo de una hipótesis sobre la identidad de una palabra que se distribuiría en la activación de un gran número de unidades.

En segundo lugar, la actividad consiste en que esas unidades elementales envíen sus señales de activación e inhibición a cada otra unidad, hasta que la actividad combinada de una población o conjunto de unidades empuja a todo el sistema hacia una acción. Es, pues, necesario distinguir entre activación y acción. La activación es de cada una de las unidades del sistema, la acción es del sistema en conjunto, de todo el sistema.

Una acción consiste en que el sistema se establece dentro de una particular distribución de activación a través de las unidades del sistema. Dicho con otras palabras, la acción del sistema resulta de un patrón de activación distribuido sobre las unidades del sistema.

Tales acciones no son el producto de un "centro de control del proceso" o especie de ejecutivo que manipula la información almacenada representativamente en grandes almacenes como memoria a largo plazo etc. Precisamente aquí hay una gran diferencia entre el conexionismo y la psicología cognitiva anterior. Aquí cada unidad determina su propia actividad sobre la base, por un lado de su propio estado de activación inicial y, por otro lado, del input que recibe de las otras unidades.

Esta concepción de la activación de las unidades y de la acción del sistema, que tiene un marcado carácter neurofisiológico, se puede interpretar psicológicamente de dos maneras. Una de ellas, consiste en considerar que cada unidad en el sistema representa una hipótesis y el grado de activación representa su confianza. Se trata de una interpretación cognitiva y es la que siguen Rumelhart y McClelland (1986). Si yo quiero escribir la palabra "malo" se activa una unidad para la palabra y ésta, a su vez, activa cuatro unidades para las letras y éstas, finalmente,, activan los movimientos de la mano y los dedos. Naturalmente hay un juego de mas fuerte activación para la letra y movimientos con los que se ejecuta su escritura en el momento correspondiente.

Quizá la interpretación cognitiva de la activación se entiende mejor con el ejemplo que pone Bechtel (1985) con el modelo de reconocimiento de las palabras. La conexión excitatoria indica que las hipótesis se sostienen unas a otras (en realidad lo que se sostiene es la activación de unas a otras, pero aquí se da esta interpretación cognitiva como si cada unidad fuese una hipótesis y su activación es su sostenimiento). En el reconocimiento de la palabra "por", si queremos poner un ejemplo, la hipótesis de la letra "p" en la primera posición y la unidad que representa la palabra "por" se activan mutuamente y la hipótesis se sostiene.

La segunda manera de interpretar psicológicamente la actividad de las unidades no proporciona una interpretación cognitiva para cada una de las unidades individuales, sino sólo para los patrones de actividad que se expanden sobre un conjunto de unidades. A esta interpretación se le llama *perspectiva de representación local*. Pero, como vemos, es también un modo de hablar o interpretar, porque no se trata de ninguna representación cognitiva, que en todo caso sería algo emergente, sino de un patrón de activación.

La tercera característica del conexionismo consiste en que el conocimiento no se almacena de modo representativo simbólico en macroestructuras o almacenes, sino que se almacena en asociaciones o fuerzas de conexión entre esos elementos o neuronas. Dicho con otras palabras, todos los patrones de activación que el sistema ha adquirido para responder al estímulo se suman en una matriz de asociación; esto es, todo el conocimiento se almacena en un pequeño número de matrices de asociación. En realidad no hay nada almacenado a no ser fuerzas de conexión, esto es lo que determina que al producirse la activación se forme un patrón entre las unidades más fuertemente conexas.

La cuarta característica es que la combinación de los inputs que realizan las unidades es una combinación simple; esto es, una suma o multiplicación y las transformaciones

de sus inputs que realizan dichas unidades no es lineal. Dicho con otras palabras no hay comparación de símbolos, sino suma o multiplicación de actividades solamente. Rumelhart y McClelland en la obra ya citada coinciden con W. Schneider (1987) en señalar como característico del conexionismo tanto el que el conocimiento no se almacena en una copia estática de un patrón, ni hay patrones almacenados en grandes estructuras, como el que las combinaciones de la activación y sus transformaciones se hacen de la manera más simple.

Finalmente la quinta característica del conexionismo consiste en que el aprendizaje implica modificar las conexiones. Esto es, aprender es modificar las conexiones de tal manera que se facilite el que un patrón de inputs antiguo evoque un patrón de outputs nuevo. Aprender es establecer las correctas fuerzas de conexión, de tal manera que los patrones correctos de activación se produzcan bajo las circunstancias correctas.

En el aprendizaje no se trata de formular esquemas o reglas explícitas que se almacenen y que utilizaría el centro de control del proceso o ejecutivo cuando manipula las representaciones almacenadas, tal como se ha pensado en la psicología cognitiva anterior. No es que yo aprenda la regla de añadir la sílaba "ed" para formar el pretérito de los verbos ingleses y hay un conjunto de reglas almacenadas para que el "ejecutivo" proceda, es simplemente que la activación de pretérito está asociada a la activación de la sílaba "ed" al final de la forma verbal. La regla puede ser algo emergente, lo real es la sociación de activaciones. Aprender es establecer la conexión correcta.

Como resumen de todas estas características del conexionismo podemos decir que éste se opone radicalmente al concepto de computador de von Neuman que tan radicalmente ha modelado a la psicología cognitiva, tal como se ha desarrollado hasta ahora. No hay una estructura de datos y un ejecutivo, como esencialmente proponía el computador de von Neuman. Por eso el aprendizaje no consiste en instruir al ejecutivo para que realice ciertas operaciones sobre los elementos de la estructura de datos.

En este sentido, dentro de la psicología cognitiva, Pylyshyn (1984) dice que lo que caracteriza la arquitectura de la mente son las reglas y las representaciones. Por esto la psicología cognitiva ha explicado los procesos mentales defendiendo que la mente posee un almacén de representaciones o símbolos y un conjunto de reglas que se pueden usar para operar según la lógica sobre esas representaciones. El conexionismo rechaza que la mente sea una máquina que emplee reglas explícitas sobre representaciones formales. Lo que en la mente hay son unidades elementales y conexiones entre ella. Por eso es importantísimo distinguir entre la descripción de la actividad misma y la descripción de lo que emerge de dicha actividad de la mente.

Finalmente y en relación con todo lo dicho hay un último punto en que el conexionismo se aparta radicalmente de la psicología cognitiva. Es el tema del innatismo. El conexionismo es asociacionista y, por tanto, empirista. La psicología cognitiva es racionalista y, por tanto, tiene ciertas tendencias innatistas.

Como ya hemos dicho, para la psicología cognitiva la cognición es un proceso de la mente que opera sobre las representaciones. Ahora bien, la mente tiene un conjunto de procedimientos para procesar representaciones. Estos procedimientos se toman como algo innato a la mente. Esta concepción nativista es fácil siempre que se haga una distinción entre representaciones y procesos. Se considera a la mente como una máquina con ciertas capacidades fijas. Dadas las representaciones, la mente tiene ciertas

capacidades para hacer con ellas una serie de cosas, como razonamientos, discursos, etc. Pensar que estas capacidades fijas en cuanto procedimientos de procesar son innatas es cosa fácil.

El conexionismo no distingue entre representaciones y procesos. El sistema, como hemos dicho repetidas veces, no tiene representaciones almacenadas sobre las que se realizan operaciones según ciertos procedimientos. El sistema tiene sólo fuerzas de conexión entre unidades que permiten la creación de representaciones o, más exactamente, patrones de activación. Las fuerzas de conexión hacen el trabajo de los procesos, pero también crean las representaciones. No hay distinción entre reglas o procedimientos constantes y representaciones variables.

Lo dicho tiene también importantes implicaciones para el aprendizaje porque en el conexionismo no puede haber mecanismos de aprendizaje con capacidades computacionales poderosas, que incluso podían poseer conocimiento innato. Para el conexionismo lo que hay es modulación de las fuerzas de conexión de tal manera que se produzca un nuevo ajuste de dichas fuerzas entre las unidades.

Este cambio de concepción ya se había producido en la bioquímica del cerebro. Se pensó que la memoria y el aprendizaje tenían su hardware en los ácidos nucleicos. Así era fácil de explicar a nivel bioquímico el almacenaje de representaciones estables e incluso se podía pensar en conocimiento innato. Tal concepción bioquímica de la memoria y el aprendizaje llegó a estar tan arraigada que se llegó a vender en las farmacias medicamentos como la “nucleserina” para aumentar la capacidad de memoria y aprendizaje.

Sin embargo, ya hace tiempo que la bioquímica ha señalado que en la concepción bioquímica de la memoria y el aprendizaje lo importante no es el núcleo, sino la membrana de la neurona. Lo importante no está en los ácidos nucleicos que se tienen o adquiere. Lo importante está en los mecanismos de conexión del axón de una neurona con las dendritas de la neurona con la que se conecta. De patrones estáticos la bioquímica del cerebro ha pasado a patrones de fuerzas de conexión; esto es, a patrones dinámicos.

La revolución que hizo en su día la bioquímica del cerebro intenta hacerla ahora el conexionismo en el campo de la psicología en relación a los modelos computacionales de la psicología cognitiva. La explicación de la percepción, la memoria, el aprendizaje etc. ya no se hace a partir de procedimientos o reglas estáticas, almacenadas e innatas. Ahora todo ello se explica en virtud de las fuerzas de conexión entre las unidades elementales.

3.4. *Un ejemplo de un modelo conexionista*

Hoy hay ya modelos muy diversos dentro del campo conexionista. Hay modelos de procesamiento distribuido paralelo sobre percepción, memoria, lenguaje etc. Quizá uno de los más simples y fáciles de entender sea un modelo de *control motor*. Se trata de describir cómo la mente controla la conducta de una persona que escribe a máquina. Aquí vamos a hacer sólo una exposición resumida y cualitativa. Pero este modelo, no obstante ser muy sencillo, tiene la ventaja de ser una buena ilustración del hecho de que una conducta serial —una sucesión de golpes de teclas— no es necesariamente el resultado de un procesamiento serial, sino que puede explicarse también mediante un procesamiento paralelo.

Se puede pensar que la mecanógrafa primero programa un golpe de letra, luego el siguiente etc. Sin embargo, esto no es en realidad así: las manos y los dedos mientras se golpea una letra se anticipan para golpear la siguiente. Vamos a hacer un modelo de cómo la mente controla esta conducta.

Desde fuera del proceso de escribir a máquina viene la decisión de escribir una palabra. Este input activa un patrón de fuerzas de conexión correspondiente a dicha palabra. Este patrón activa, a su vez, los patrones o unidades correspondientes a las letras que componen la palabra. La unidad para la primera letra inhibe las activaciones de las unidades de las otras letras. La unidad para la segunda inhibe también la actividad de la unidad para la tercera letra etc. Ahora bien, como resultado de las múltiples interacciones de activaciones e inhibiciones entre las fuerzas de conexión de las diferentes unidades, la unidad para la primera letra resulta la más activada (no sufre ninguna inhibición), menos activada la unidad para la segunda letra, aún menos la unidad para la tercera letra.

Cada unidad para una letra influencia la mano y el dedo implicado en escribirla. Una vez que el dedo está en la distancia adecuada para golpear, se pulsa la tecla. El acto de golpear inhibe la activación de la unidad para la primera letra; esto es, de la letra ya escrita. Lo cual permite que la letra segunda tenga su unidad o patrón el más activado et. De este modo la activación distribuida y paralela explica no sólo que se escriba secuencialmente, sino que hay una anticipación para escribir las letras siguientes.

Como podemos ver, según este modelo, el control motor ocurre como en el sistema nervioso. Todo el sistema se activa y la interacción múltiple de las fuerzas de activación e inhibición realiza el control motor. Naturalmente un modelo conexionista es algo más complicado que lo que hemos expuesto aquí, pero este ejemplo, resumido y esquemático, puede darnos una idea de lo que es un modelo conexionista y cómo se diferencia de los modelos convencionales de la psicología cognitiva.

4. ¿Es el conexionismo un cambio de paradigma de la psicología?

W. Schneider (1987) ha echado sobre sus hombros la difícil tarea de contestar a semejante pregunta. Su contestación tiene el valor, independientemente de su valor intrínseco, de ser la respuesta de un psicólogo que ha sido un miembro importante de la psicología cognitiva.

El planteamiento de Schneider es sencillo. Veamos cuáles son las características que definen un cambio de paradigma y si esas características se dan con la aparición del conexionismo, entonces tendremos que admitir que hay un cambio de paradigma. Si esas características no se dan, entonces no habría fundamento para hablar de un cambio de paradigma. Así, pues, veamos cuáles son las características que señalan un cambio de paradigma.

Según Kuhn (1962), tal como recoge Schneider en su artículo, en su obra "La estructura de las revoluciones científicas" tienen que darse cuatro características para que podamos decir que se da un cambio de paradigma. En primer lugar, que el paradigma anterior se haga borroso y, en consecuencia, se pierdan sus reglas normales de investigación. En segundo lugar, que el viejo paradigma comienza a no hacer posible la esperanza de marchar hacia adelante en el conocimiento científico de esa ciencia

específica y que, frente a esa situación de desesperanza, aparezca la esperanza de que es posible marchar hacia adelante con el cambio que se da en la ciencia. En tercer lugar, que la comunicación entre los científicos se haga difícil, porque el cambio de un paradigma a otro hace que la comunicación sea inevitablemente parcial. Finalmente y en cuarto lugar, que se de un solapamiento, aunque parcial, entre los problemas que se pueden resolver por el antiguo paradigma y por el nuevo.

Según Schneider (1987) con la llegada del conexionismo se cumplen esas cuatro características que señala Kuhn para definir un cambio de paradigma a otro hace que la comunicación sea inevitablemente parcial. Finalmente y en cuarto lugar, que se de un solapamiento, aunque parcial, entre los problemas que se pueden resolver por el antiguo paradigma y por el nuevo.

Según Schneider (1987) con la llegada del conexionismo se cumplen esas cuatro características que señala Kuhn para definir un cambio de paradigma. En consecuencia cree que el conexionismo representa un cambio significativo de paradigma en la psicología actual, un cambio tan profundo como fue el cambio del conductismo a la psicología del procesamiento de la información y que puede ser que sea el cambio más importante en la psicología que los psicólogos actuales van a presenciar a lo largo de sus vidas. Pero veamos cuál es la argumentación de Schneider.

En primer lugar, el paradigma de la psicología cognitiva se ha hecho borroso y se dan anomalías en sus reglas de investigación. Así durante los años setenta se ha ido pasando de los modelos de cajas y sus diagramas de flujo a una variedad de representaciones de modelos, como los niveles de procesamiento, los esquemas, las redes semánticas y los sistemas de producción. En pocas palabras, que si nos preguntamos cuál es el modelo que usa la psicología cognitiva para describir los procesos cognitivos, no sabemos bien si son cajas o redes semánticas u otra cosa. El paradigma, pues, aparece borroso. Además se ha producido una relajación en las normas de investigación hasta el extremo que muchos psicólogos ya no investigan los procesos cognitivos en los seres humanos explícitamente, sino en programas de ordenador. Se da pues la circunstancia de que la psicología cognitiva presenta un paradigma borroso y anomalías en la investigación.

En cuanto a la segunda característica de cambio de paradigma es evidente que mientras el entusiasmo por el conexionismo es tan fuerte que los autores recomiendan prudencia cautela, la actitud hacia el paradigma de la psicología cognitiva es ya en muchos algo que puede resumirse en las palabras de R. Luccio (1982) citadas anteriormente: "creo no equivocarme si considero más que probable que el cognitivismo, tal como lo hemos conocido, ha agotado, o está a punto de agotar, su función" (p. 255).

Por otra parte, el conexionismo está introduciendo nuevo vocabulario, nuevo tratamiento matemático e incluso nueva metodología que son ajenas a la ciencia cognitiva anterior, por lo que el entendimiento del conexionismo desde la psicología cognitiva se hace parcial y difícil.

Finalmente y por referirnos a la cuarta de las características señaladas por Kuhn, en el momento actual de la psicología es innegable el solapamiento de conexionismo y cognitivismo en cuanto a muchos de los problemas que pretenden estudiar, como es el caso realmente llamativo del aprendizaje. ¿Tendremos que admitir, en consecuencia, que el conexionismo es un nuevo paradigma y que la psicología cognitiva tal como ha

sido hasta ahora está a punto de morir? Esta es una cuestión a la que algunos autores, como hemos ya señalado, contestan afirmativamente, pero que han de ser los hechos y el tiempo los que en definitiva terminen por aclarar la cuestión.

Es por otra parte es fácil de asegurar una controversia entre cognitivistas y conexionistas, quizá como la hubo entre el conductismo y el cognitismo. Hoy por hoy el conexionismo aparece con grandes esperanzas, pero todavía tiene que resolver el problema, en mi opinión, de no convertirse en una pura teoría de los procesamientos. Como señala Schneider (1987) si deseamos tener un modelo de la cognición humana es crucial que generemos predicciones verificables empíricamente. El conexionismo, pues, necesita para afianzar su establecimiento en la psicología de un serio y extenso bagaje experimental.

5. El impacto social del conexionismo

Quizá no sería completo una visión de conjunto sobre el conexionismo, sino no exponemos, aunque sea en pocas palabras, la transcendencia social que en nuestros días está teniendo este nuevo modo de hacer psicología.

En nuestro país no sé si ésta es la primera exposición que se hace del conexionismo, por cierto breve y limitada. Sin embargo en los Estados Unidos en el presente año 1987 ya se han impartido seminarios sobre conexionismo en un centenar de universidades y las obras fundamentales sobre el conexionismo alcanzan un número de ventas insospechado. Por otra parte, en sólo cinco años el conexionismo ha pasado de no existir a ocupar un lugar destacado en los congresos de psicología y, como señala Shneider (1987), en la Sociedad de la Ciencia Cognitiva ocupa ya el treinta y uno por ciento de su programa.

Pero si en lo académico y básico el impacto del conexionismo es grande, lo es también en el campo de las investigaciones aplicadas tecnológicas. Es importante entender la computación biológica y la cognición, pero también es importante conseguir mejor tecnología y en relación con este punto quisiera citar textualmente unas palabras de Schneider: "Si estos sistemas de aprendizaje pueden realizar actividades perceptuales y de aprendizaje que nosotros corrientemente asociamos con los humanos, este movimiento conexionista causará una segunda revolución del computador que podría ser más significativa que la primera" (p. 78).

Nada de extraño que los organismos militares y civiles que conceden ayudas a la investigación se estén interesando enormemente por el movimiento conexionista e inviertan ya en nuestros días importantes cantidades en la investigación dentro de este campo. Hoy por hoy los modelos conexionistas que se construyen son, por decirlo así, abstractos, porque no conocemos bien el Hardware neurofisiológico, ni sabemos todavía realizarlo en silicón. Estas son metas esperanzadas de la nueva investigación.

6. ¿Es el conexionismo una vuelta al conductismo?

También a esta pregunta se ha intentado contestar ya. Ahora la respuesta ha estado a cargo de W. Bechtel (1985). En general, si hay motivos para hacerse semejante pregunta es por dos razones. Primero, porque el conexionismo utiliza modelos asociacionistas. Segundo, porque el conexionismo ha puesto especial énfasis en el

aprendizaje. Esto es aducir sólo dos razones, pero son dos poderosas razones.

No puede negarse que el conexionismo es una vuelta a un cierto tipo de asociacionismo. Las unidades elementales de los modelos de procesamiento distribuido paralelo puede concebirse como aquellas ideas del empirismo y asociacionismo inglés que se unían en virtud de la experiencia. Si esto es así, tiene que ser igualmente válido afirmar que en este sentido el conexionismo se acerca a la tradición conductista, puesto que ésta sostiene una asociación de estímulos y respuestas, de tal manera que sus modelos explicativos son también asociacionistas.

Naturalmente que el conexionismo no es una conexión entre estímulos y respuestas públicamente observables, ni aun siquiera podríamos decir es algo fundamental en su concepción la conexión entre inputs y outputs. Las conexiones ahora son entre unidades que son como neuronas y que no son públicamente observables. La dificultad, sin embargo, no está tanto en que las unidades sean públicamente observables o no, pues en el conductismo se admitió condicionamientos encubiertos, sino en que la red de asociaciones no es ahora entre sensaciones o conductas ni las asociaciones se rigen por la semejanza ni la contigüidad. Las unidades elementales del conexionismo no son directamente inputs sensoriales o outputs motores y la asociación de fuerzas de activación se produce por un gradiente descendente y no por las leyes clásicas de asociación.

Los modelos de procesamiento distribuido paralelo son modelos de procesamiento interno, lo que pretenden estudiar es la estructura de la mente, proporcionar una estructura en que la actividad mental pueda ocurrir. En este sentido los modelos de procesamiento distribuido paralelo tienen quizá mayor ligazón con los modelos cognitivos que con los modelos estímulo y respuesta del conductismo.

Por otra parte, hay otro hecho que une al conexionismo con el conductismo y este hecho es el énfasis que el conexionismo pone en el aprendizaje. Mientras la psicología cognitiva soslayaba el tema del aprendizaje ya que los mecanismos de la mente tendían a tomarse como innatos, el conexionismo estudia un sistema de conexiones capaz de modificar las ya existentes y aprender otras nuevas explicando así mejor cómo es la estructura de la mente que media la producción de la conducta futura.

Ahora bien, volver al aprendizaje parece ser de alguna manera volver al conductismo. Sin embargo, también hay profundas diferencias. En el conductismo lo que se estudiaban eran las leyes que caracterizan la conducta de aprendizaje, en el conexionismo lo que se estudia es el desarrollo de una estructura interna. La pregunta ahora es ¿cómo se almacena la información en un sistema dinámico y de unidades elementales? ¿Cuáles son los procedimientos por los que el sistema es capaz de aprender? Todo esto no es contigüidad, pero tampoco es almacenaje de reglas explícitas. Aprendizaje es lo que el sistema hace ante una situación particular.

La conclusión de todo esto dista mucho de estar clara. Sin duda el conexionismo se preocupa por la mente y la cognición, cosa que el conductismo no hizo; trata de unidades intrínsecas y no de estímulos y respuestas extrínsecas. Pero no cabe duda que el conexionismo es asociacionista y fundamentalmente es una teoría del aprendizaje.

7. Conclusión

Hoy no se puede decir que la psicología cognitiva ha muerto y que lo vivo es el co-

nexionismo. Tampoco se puede decir que el conexionismo es conductismo. Ambas afirmaciones son tan extremadas que son falsas. Sin embargo, sí es verdad que el conexionismo está mucho más cerca del conductismo que lo estuvo nunca la psicología cognitiva. La conclusión de Bechtel es que el conexionismo es una saludable síntesis de las dos tradiciones: la conductista y la cognitivista.

Ciertamente el conexionismo no es el cognitivismo y no va en contra de esta afirmación el que el conexionismo se haya creado y desarrollado por los psicólogos y científicos cognitivos, porque también la psicología cognitiva fue creada y desarrollada por los psicólogos conductistas. Pero, si embargo, mantiene cosas esenciales de la psicología cognitiva, como el interés por la mente y la concepción computacional. Ciertamente también el conexionismo no es el conductismo, aunque introduce muchas cosas que fueron esenciales en la tradición conductista.

La conclusión de Bechtel de que el conexionismo es una síntesis de las tradiciones conductista y cognitivista, quizá sea demasiado simple y quizá sea sólo una verdad parcial. Hay además otra verdad muy importante: la íntima relación del conexionismo con la neurofisiología.

REFERENCIAS

- Anderson, J. A. (1983) Cognitive and psychological computation with neural models. *IEEE Transaction on Systems, Man & Cybernetics*. Vol. SMC 13. 5. 799-815.
- Bechtel, W. (1985) Contemporary connectionism: are the new parallel distributed processing models cognitive or associationist? *Behaviorism*. 13. 1. 53-60
- Feldman, J. A. & Ballard, D. H. (1982) Connectionist models and their properties. *Cognitive Science*. 6 205-254.
- Hebb, D. O. (1949) *The organization of behavior*. New York. Wiley.
- Hinton, G. E. & Anderson, J. A. (eds). (1981) *Parallel models of associative memory*. Hillsdale, NJ. Erlbaum.
- Jackson, J. H. (1932) *Selected writings of John Hughlings Jackson*. Hodder and Stoughton.
- Kuhn, T. S. (1962) *The structure of scientific revolutions*. Chicago. University of Chicago Press.
- Lashley, K. S. (1950) In search of the engram *Symp. Soc. Exp. Biol.* 4. Cambridge. Cambridge University Press.
- Luccio, R. (1982) Psicología cognitivista. En P. Legrenzi: *Storia della psicologia*. Bolonia. Il Mulino.
- Luria, A. R. (1966) *Human brain and psychological processes*. New York. Harper and Row.
- Miller, G. A., Galanter, E. Pribram, K. H. (1960) *Plans and Structure of behavior*. New York. Holt.
- Pylyshyn, Z. W. (1984) *Computation and cognition: Towards a foundation for cognitive science*. Cambridge. MA. Bradford Books. MIT Press.
- Rosenblatt, F.: (1962) *Principles of neurodynamics*. N. York. Spartan.
- Rumelhart, D. E. & McClelland, J. L.: (1986) *Parallel distributed Processing: explorations in the microstructure of cognition*. 2 v Cambridge MA. MIT Press.
- Schneider, W.: (1987) Connectionism: it is a paradigm shift for psychology? *Behavior Research Methods, Instruments & Computers*. 19. 2. 73-83.

Unidad y diversidad en la Psicología

Juan Mayor

Introducción

Dos problemas han aquejado y aquejan a la psicología desde sus orígenes hasta hoy mismo en forma tal que se justifica el permanente lamento sobre la crisis de la psicología; recordemos que así se titulaba un famoso libro de Bühler publicado en 1927 y así se titulaba, cincuenta años después, el libro de Westland en 1978 (e insistiendo en ello, Kendler en 1981 hablaba de un ciencia en conflicto).

Uno de los problemas es el de su validez, tanto interna (fundamento epistemológico, contexto de justificación, base racional) como externa (capacidad de generación y aplicación, contexto de descubrimiento, eficacia social); de este problema, con ser importante y decisivo, no vamos a ocuparnos ahora, porque pretendemos plantear y, si es posible, dilucidar otro problema previo, que es el de la propia identidad de la psicología. Los criterios que habitualmente se utilizan para definir la psicología —históricos, sistemáticos o pragmáticos— han resultado insuficientes, porque la falta de un amplio consenso entre la comunidad científica obliga a inclinarse siempre por una opción personal. Esto, que es legítimo e inevitable en la literatura o en la filosofía, plantea dificultades casi insalvables cuando nos movemos en el ámbito de la ciencia. La raíz de este problema, a nuestro juicio, se encuentra en la incapacidad o dificultad que hasta ahora ha mostrado la psicología para articular su evidente diversidad con la necesaria unidad de criterios epistemológicos, teóricos, metodológicos y pragmáticos. A clarificar este problema vamos a dedicar estas reflexiones: en primer lugar, poniendo de relieve la diversidad de la psicología, tanto desde una perspectiva disciplinar, como teórica o paradigmática; en segundo lugar, aludiendo a los diversos intentos de unificación; y en tercer lugar, constatando la existencia de una tensión dinámica o dialéctica entre la unidad y la diversidad y proponiendo una fórmula epistemológica para resolver esa tensión dilemática.

Radical diversidad de la psicología

A) Ya la posición disciplinar de la psicología plantea el problema de su unidad o diversidad. Cabe cuando menos dudar de la unidad de una disciplina, si justificadamente se puede hablar de una psicología filosófica, de una psicología como ciencia natural o como ciencia social e, incluso, como ciencia del espíritu. Pero cabe también resolver el problema por el expeditivo procedimiento de considerar que la psicología como ciencia natural es la única disciplina digna de tal nombre y que el resto no es

psicología, sino filosofía o antropología o sociología o cualquier otra cosa. Algo así quiso decir Ebbinghaus cuando afirmó que la psicología es una ciencia con un largo pasado y una corta historia.

Pero tal actitud ha de enfrentarse con dos dificultades: dar cuenta de la profunda y amplia reflexión que ha existido sobre el objeto de la psicología al margen de la ciencia y explicar la presión epistemológica que esa reflexión ejerce todavía sobre la psicología científica, incluso la más reciente.

1.- Por el momento parece que hay que resignarse a aceptar la diversidad disciplinar de la psicología. Y por si fuera poco, ni siquiera sería fácil excluir del saber psicológico aquel que se construye en el lenguaje ordinario como fruto de la intuición o reflexión individual o como sedimentación de las experiencias de sucesivas generaciones o culturas enteras.

Dentro de este saber psicológico no metódico ocupa un destacado lugar la interpretación literaria y artística de la naturaleza humana. Los trágicos griegos, Shakespeare, Dostoyevsky, Leonardo Da Vinci, Goya, etc., etc., han acumulado un inmenso acervo de observaciones penetrantes, de análisis sorprendentes sobre la naturaleza y la conducta humana (ver Lersch, trad. 1958, p. 55).

En este capítulo habría que incluir los conocimientos sobre el hombre que se han ido elaborando a través de costumbres, mitos, religiones y concepciones del mundo. La mayor parte de ellos no están suficientemente organizados, aunque parcialmente han sido objeto de investigaciones sistemáticas (recordemos *Psique* de Rhode, *La rama dorada* de Frazer, *Yoga, inmortalidad y libertad* de Mircea Eliade, etc.).

2.- La psicología filosófica sí que es ya una disciplina en sentido estricto, aunque es muy dudoso que en ella se encuentre la unidad de la psicología en razón de la multiplicidad de escuelas y sistemas filosóficos en que se inscribe y sobre todo por ser una disciplina filosófica y por tanto problemática respecto de su propio objeto.

En primer lugar, la psicología no se distingue de la matriz básica de los saberes filosóficos. El mismo Aristóteles, que estructuró tantas disciplinas, no acertó a independizar la psicología de la ética, de la metafísica, de la física, de las ciencias naturales.

La psicología se independiza como disciplina en los siglos XVII y XVIII. La psicología racional fue identificándose paulatinamente con psicología especulativa, metafísica o filosófica sin más. La psicología empírica, que era filosófica también, fue poco a poco distanciándose de la anterior y terminaría por convertirse en experimental.

Todavía a principios del siglo XX, autores afectos al movimiento neoescolástico dividían la psicología en dos: racional, especulativa, teórica y filosófica, por un lado; empírica y experimental, por otro; véase Frobes (1923, trad. 1944) o Lindworsky (trad. 1946).

La nueva psicología, científica y Experimental, surge en oposición a la vieja psicología filosófica. Su triunfo arrollador no supone, sin embargo, la desaparición de ésta. Al margen de la pervivencia en medio neoescolásticos de la vieja psicología racional, más o menos remozada, Mercier (1923, trad. 1940, 4 tomos), Marc (1948, trad. 1965), dos son los conceptos básicos de la psicología filosófica actual que han alcanzado resonancia, a los que aludiremos brevemente a continuación.

— Uno de ellos es el que tiende a identificarla con antropología filosófica, concepto

muy amplio y diversificado a su vez, según las distintas orientaciones de base; véase Donceel (trad. 1969), Cassirer (1944), Martin Buber (1948), Beck (trad. 1947), Pinillos (1962), etc. Lo que es bien diferente de la existencia de modelos antropológicos en cada una de las orientaciones de la psicología científica (Pinillos, 198). Aquí habría que situar el movimiento que ha promovido el desarrollo de la psicología fenomenológica: a partir de Husserl, Scheler, Merleau-Ponty, Giorgi et al. (1975), Strauss (1966), Keen (1975), movimiento que ha historiado Spiegelber (1972) y que ha resumido y comentado Pinillos (1970), y al que habría que sumarle el de la psicología existencialista, que arranca de movimientos filosóficos diferentes, aunque conexos por la aceptación general del método fenomenológico, y que ha evolucionado preocupada por llenar el hueco que deja la psicología científica a la hora de estudiar los fenómenos específicamente humanos: May (1961), Van Kaam (1969).

Todos estos movimientos actuales están en relación o tienden a agruparse, sobre todo en los Estados Unidos, bajo el denominador común de psicología humanística: Maslow (1965) Severin, (1966), Bugental (1967), Giorgi (1970), Barker (1971-2) Nevill (1977), Krasner (1978) y Royce y Mos (1981).

— Pero hay otra orientación que también reclama la etiqueta de psicología filosófica y que a nuestro juicio tiene una enorme importancia. Nos referimos a lo que se ha dado en llamar filosofía de la psicología (Misiak, trad., 1964, 146) y que forma parte del amplio movimiento de la filosofía de la ciencia o de la epistemología científica. Recordemos el ingente trabajo de aquellos que, inspirándose en el empirismo radical, trataron de establecer las bases teóricas de una psicología objetiva (conductista), de los que formularon sus críticas a la posición heredada y los que se enzarzaron en el espinoso problema de las relaciones mente-cuerpo.

Buena parte de estas grandes polémicas se encuentran en los sucesivos tomos de los *Minnesota Studies in the Philosophy of Science* y una selección de trabajos en esta línea puede verse en las distintas ediciones renovadas de *Psychological Theory* (1951) y *Theories in Contemporary Psychology* (1963 y 1976) de Marx (el último con Goodson). A los Feigl y Scriven (1956), Meehl (1954), Brunswik (1952) y Turner (1967), hay que sumar, por un lado, los Kuhn (1962), Feyerabén (1970), Toulmin (1972), Suppe (1977), y los Stevens (1935 y 1939), Ryle (1949), Fodor (1968, que subtitula su libro *An Introduction to the Philosophy of Psychology*), por otro; una revisión de problemas relativos a psicología y filosofía puede verse en Turner (1967), Brown (1974), Eacker (1975) y más recientemente aún, en Bolton (1979) y Block (1980 y 1981).

La distinción entre psicología filosófica y psicología científica es bien patente: incluso, en muchas ocasiones tienden a ser opuestas, aunque existen numerosas interrelaciones entre ellas.

3.- Pero no se agota aquí la diversidad disciplinar de la psicología. Parecería que solamente debería haber una psicología científica, pero históricamente no ha sido así. En el momento (finales del siglo XIX) en que se constituye la psicología como ciencia se plantea el problema de la clase de ciencia que puede estudiar adecuadamente la realidad humana, (Dilthey, 1894; Brentano, 1874; Husserl, 1910-11) y los ecos de esa disputa todavía resuenan en muchas de las discusiones actuales (Pinillos, 1981).

La poderosa corriente positivista va a tratar de imponer el modelo de la *Naturwis-*

senschaft; pero las primeras dificultades metodológicas promovieron la aparición de una alternativa que trataba de estudiar al hombre como algo irreductible a naturaleza. Para ello se proponía un nuevo método y en consecuencia, una ciencia distinta. Frente a las ciencias nomotéticas, las idiográficas (Windelband); frente a la ciencia natural, la cultural (Rickert); frente a las ciencias positivas, las del espíritu (Dilthey). La psicología debería ser comprensiva y descriptiva y no analítica ni explicativa. Pero los desarrollos de esta psicología no pudieron competir con los de la psicología como ciencia natural y positiva.

Sin embargo, su problemática ha tenido una gran influencia en la Gestalt, en la personalística de Stern, Spranger y Allport, así como en algunas características metodológicas de la psicología clínica (L'Abate, trad. 1967) y por supuesto, en la actual psicología humanística.

B) Si aceptamos los criterios de eficacia histórica, teórica y pragmática, hemos de convenir en que la psicología predominante a lo largo del siglo XX es la científico-positiva. Podríamos, pues, buscar en ella la unidad, considerando a las disciplinas antes citadas como meramente marginales y en decadencia. Pero las cosas no son tan sencillas: tampoco hay unidad en la psicología científico-natural.

1.- En efecto, el signo babélico de la psicología científico-positiva se manifiesta desde sus mismos comienzos. La fecha convencional de su nacimiento es la de 1879. En los años 70 se inicia la configuración de la nueva ciencia. Junto al estructuralismo de Wundt y Titchener se desarrolla el funcionalismo de James y Dewey, el asociacionismo de Thorndike y el psicoanálisis de Freud. En los años diez de siglo XX surgen con fuerza dos escuelas rivales: el conductismo de Watson y la Gestalt de Wertheimer, Köhler y Koffka. Todos parecen enfrentarse a los supuestos básicos de Wundt, como han señalado numerosos autores (Wolman, Tomae y Feger, Yela, Pinillos): contra el atomismo asociacionista y elementalista, surge la Gestalt de orientación totalista; contra el énfasis sobre la conciencia, el psicoanálisis se centra en el inconsciente; contra el introspeccionismo y mentalismo, el conductismo y la reflexología imponen el objetivismo del esquema E-R; frente a las estructuras y a los estados de conciencia, el funcionalismo insiste en los procesos y en la adaptación al ambiente.

La disputa entre las escuelas parece sustituir al progreso acumulativo de la ciencia y Murchison se siente obligado a describir la situación de la psicología refiriéndose a las "psicologías" de 1925 (siete) y más tarde de 1930 (once), Heidbreder habla de siete "psicologías" (1933) y Woodworth de "psicologías" contemporáneas (1931). Y más todavía. En la revisión que en el Murchison del año 1930 hace Carr del funcionalismo escribe: "no hay una psicología funcional; más bien hay muchas psicologías funcionales". Una etapa importante, que ha dejado sus huellas hasta hace poco, es precisamente la de estos intentos de construir grandes sistemas de psicología (McGeogh, 1933; Estes, 1954). No hay historia general de la psicología que no tome en cuenta estas escuelas: Wolman, Murphy, Boring, Klein, Schultz, Sahakian y algunos intentos de sistematizar la psicología actual, como los de Chaplin y Krawiec (1968) y de Marx y Hillix (1963), se basan en ellas (aunque luego las complementen con otras referencias a la actualidad).

Puede ser útil revisar la definición que de la psicología ofrecen los seis sistemas

principales para constatar su diversidad: para el estructuralismo (Titchener), es “el estudio analítico de la mente humana adulta, normal generalizada, que se lleva a cabo mediante la introspección”. (Marx y Hillix, 1963, trad. 1967, p. 92); para el asociacionismo (Thorndike), es “el estudio de las conexiones o vínculos estímulo-respuesta” que “pueden estar en gran parte determinadas por hechos que precedieron a sus estímulos inmediatos o por una parte mayor o menor de la actitud concomitante o incluso por la constitución total del sujeto” (ibid, p. 135, 136); para el conductismo (Watson), “es la parte de la ciencia natural cuyo objeto de estudio es la conducta humana: las acciones y verbalizaciones, tanto aprendidas como no aprendidas de las personas” (ibid, p. 159); para los gestaltistas, es “el estudio de la experiencia inmediata del organismo total”, con mayor “atención a las relaciones entre los antecedentes y la percepción que a las relaciones entre la percepción y la conducta” (ibid, p. 212); para el psicoanálisis (Freud), éste viene a ser, en interpretación de Marx y Hillix, “una disciplina que se inició en el estudio de las neurosis por medio de las técnicas hipnóticas, el análisis de los sueños y la asociación libre y destacó la importancia de las condiciones motivacionales inconscientes” (ibid. p. 244). La diversidad de la psicología es, pues, bien clara.

Es cierto que, a partir de los años treinta, las escuelas perdieron actualidad y se sustituyeron por un neoconductismo generalizado, pero no es menos cierto que han mantenido hasta nuestros días una cierta vigencia como puntos de referencia, no solo históricos, sino teóricos. Esto puede verse en los trabajos del simposium de la A. P. A. (1967) recogidos en Krantz (1969) y en dos artículos de Fuchs y Kawash (1974) sobre los rasgos de las escuelas y la estructura de sus interacciones. Los datos para este último análisis fueron proporcionados por 68 psicólogos americanos y, como base operacional para describir las escuelas, se utilizaron las 36 dimensiones prescriptivas de Watson (1967) a las que se asignó una escala de 7 puntos. En la Tabla 1 recogemos las medias de puntuación para cada escuela y cada dimensión. Sobre estas puntuaciones se realizó un análisis factorial que descubrió la existencia de 7 factores cuyas correlaciones superiores a 50 con las diferentes dimensiones se recogen en la Tabla 2 elaborada por nosotros con los datos de Fuchs y Kawash. Las puntuaciones correspondientes a estos 7 factores para cada una de las 5 escuelas se recogen en la Tabla 3.

Estos factores, como puede verse, ayudan a poner de manifiesto la interpretación de los datos y las descripciones teóricas de las distintas escuelas, así como sus desacuerdos y concordancias subyacentes. En cualquier caso, y en apoyo de nuestra argumentación, la diversidad de la psicología, desde la perspectiva de las escuelas, aparece con acusados perfiles.

A todo ello habría que añadir la consideración de escuelas que muchos otorgan a ciertos autores —y sus seguidores— o a ciertas corrientes contemporáneas no vinculadas directamente a las citadas. Por ejemplo, para algunos, el neoconductismo es una escuela diferente del conductismo; para Krantz, el Skinnerianismo es una escuela independiente, a juzgar por la bibliografía; dentro de la orientación cognitiva, entre otras muchas (Mayor, 1980), se habla insistentemente de la escuela de Piaget o escuela de Ginebra; el número de escuelas psicoanalíticas es incontable (Wyss, 1961); es frecuente más reducidos, el término escuela de suele utilizar también con profusión: la escuela de Dilthey, la del Acto, la de Würzburg, la de Iowa (Spence, Taylor), etc, etc...

Véase las historias de Murchison (1925, 1930), Heidbreder (1933, traducción española, 1960), Krantz (1969), Sahakian (1975), etc.

2.- La psicología también se diferencia por los distintos esquemas, orientaciones, enfoques o paradigmas que utiliza, así como por las teorías que desarrolla o los tipos de leyes que trata de establecer o por los rasgos o dimensiones que caracterizan o definen a sus variadas teorías, metateorías y metodologías.

Es frecuente considerar la distinción entre tres tipos de psicología según que sus objetos sean el alma, la mente o la conducta.

Brunswick (1952, p. 51) considera la existencia de seis esquemas principales en el desarrollo de la psicología, tres de ellos introspeccionistas: filosofía especulativa, sensaciónismo e intencionalismo; y tres enfoques objetivos: micro-fisiologismo, conductismo clásico y psicología objetiva funcional.

Fraisse (1968-9) propone cinco modelos: psicología como estudio de los datos del espíritu, psicofísica y psicología fisiológica, psicología del comportamiento, neuropsicología y psicología como ciencia de la personalidad. Una modificación de este esquema, cuya representación gráfica puede verse en la Figura 1, nos sirve para diferenciar la psicología según que enfoque principalmente a unos u otros fenómenos o a las distintas relaciones entre ellos: los contenidos de conciencia (Wundt, Kulpe, Messer), las relaciones entre los datos de la experiencia interior y el organismo (psicofisiología de Helmholtz, Muller y también Wundt), las relaciones entre la estimulación exterior y la experiencia interior (psicofísica de Fechner), la relación entre estímulos y respuestas (Watson, Skinner), las relaciones entre los estímulos, el organismo y las respuestas (Woodworth, Lashley, Osgood), y las relaciones entre las tres esferas, es decir, entre los estímulos ambientales, el constructo de la personalidad, que incluye variables cognitivas y propositivas, y las respuestas observables (Tolman, Miller, Galanter y Pribram y la mayor parte de la psicología actual).

La diversidad de orientaciones se hace, pues, patente tanto a nivel macroteórico como microteórico. Así, encontramos una psicología como ciencia frente a una psicología como humanismo (Koch, 1961); una psicología clínica frente a una psicología experimental (L'Abate, trad. 1967); una psicología experimental, frente a una correlacional (Cronbach, 1957); etc, etc. Las dimensiones de Coan (1968), las prescripciones de Watson (1967) y las estructuras de Wertheimer (1972), ponen de relieve la radical diversidad de la psicología. (Aunque precisamente estos análisis permiten ordenar y simplificar un poco este enmarañado campo, como veremos en el próximo apartado.)

El enfoque paradigmático también avala la radical diversidad de la psicología. Aceptando que la psicología haya alcanzado el estado de ciencia paradigmática, hemos de aceptar la sucesión de paradigmas: estructuralista, conductista y el propuesto por Chomsky para la psicolingüística (Palermo, 1971), estructuralista y conductista (Weimer y Palermo, 1973), conductista y cognitivo (Gilgen, 1970; Nudler, 1975; Lachman, Lachman y Butterfield, 1979; seminario sobre *Problemas actuales de la Psicología científica* en la Fundación March, 1979). Si la psicología se encuentra en un estado preparadigmático (Watson, 1967; Warren, 1971; McKenzie, 1972; Finkelman, 1978; Farrell, 1978), la dispersión y el enfrentamiento entre escuelas, teorías y orientaciones se da por definición —y se comprueba por simple observación—. Cabe

considerar a la psicología como ciencia multiparadigmática (Buss, 1979, Caparrós, 1978; Mayor, 1980; en cierto modo, Leahey, 1980) en cuyo caso la diversidad de paradigmas plantea serios problemas a todo intento de definir unitariamente la psicología.

Progresiva unificación de la Psicología

Dado el casi caótico aspecto que presenta, según acabamos de exponer, cabe preguntarse si es posible poner orden en esta confusa maraña.

Sin negar el hecho básico de la diversidad, hemos de contestar afirmativamente y, para aclarar esta aparente contradicción, vamos a aportar una serie de datos y de opiniones tan incontestables, creemos, como las anteriores.

La superación de esa diversidad parece que sólo podría producirse mediante un análisis estructural que organizara de algún modo los distintos elementos, o a través de una actitud ecléctica y tolerante, o en base a un esfuerzo teórico de integración y de síntesis o bien tomando la decisión de limitar el campo, es decir, otorgando a una parte de la psicología el alcance de representarla en exclusiva y considerando al resto como ajeno a la misma.

A) Si nosotros pretendemos ahora ordenar la confusa diversidad de escuelas, especialidades, métodos, modelos, rasgos, dimensiones, paradigmas y orientaciones de la psicología, agrupándolos en una serie de dicotomías que contribuyan a su simplificación, podemos ser tachados de arbitrarios y aprioristas, sin embargo, tal pretensión está muy lejos de ser original o aislada: pro el contrario, ha sido casi una constante desde el momento (años treinta) en que se tomó conciencia del problema de las "psicologías".

Ya en 1935 hablaba Lewin de un modo de pensamiento aristotélico frente a otro galileano.

Bruner y Allport, en 1940, descubren en las revistas de psicología de 1888 a 1938 una orientación empírica (mecanicista, cuantitativa, nomotética y operacional) frente a una orientación racional (teleológica, cualitativa, idiográfica, sinóptica y no operacional).

Allport, en 1955, volvía a insistir en dos alternativas: una, lockeana (conductista, periferalista, molecular), que considera al organismo como algo reactivo, y otra, leibniziana, que, por el contrario, considera el organismo como activo y autopropulsado.

Obsérvese que casi todas las referencias que hemos hecho a la diversidad en el apartado anterior adoptan también formulación dicotómica.

Recogiendo en parte todo esto y rechazando la existencia de un paradigma en la psicología, Watson propone en 1967 una serie de 18 pares de prescripciones que orientan histórica y sistemáticamente este complejo panorama: mentalismo consciente - mentalismo inconsciente; objetivismo (datos conductuales) - subjetivismo (estructuras mentales); determinismo - indeterminismo; empirismo - racionalismo; funcionalismo (actividades) - estructuralismo (contenidos); inductivismo - deductivismo; mecanicismo - vitalismo; objetivismo metodológico (no abierto a la verificación exter-

na) - subjetivismo metodológico (no abierto a la verificación externa); molecularismo - molarismo; monismo - dualismo; naturalismo (trascendiendo los principios de la naturaleza) - supernaturalismo (trascendiendo los principios de la naturaleza); nomoteticismo (leyes generales) - idiografismo (búsqueda de lo individual e irrepetible); periferalismo - centralismo; purismo (el conocimiento por sí mismo) - utilitarismo (en función de otras actividades); cuantitativismo - cualitativismo; racionalismo - irracionalismo; estaticismo (perspectiva transversal) - evolucionismo (perspectiva longitudinal); estaticismo (factores permanentes) - dinamicismo (factores cambiantes).

En 1968, Coan pretende evitar el sesgo que cada autor puede introducir en la definición de las dimensiones de la teoría psicológica y para ello recurre al juicio de 232 expertos en historia de la psicología para caracterizar, sobre una escala de cinco puntos, a 54 grandes psicólogos de acuerdo con 34 variables de contenido, metodología, supuestos y modos de conceptualización. Aplicando el análisis factorial a esta matriz de calificaciones encuentra seis factores bipolares de primer orden:

a. - Subjetivismo (procesos conscientes e inconscientes, informes introspectivos, voluntarismo, finalismo, especulaciones) - objetivismo (conducta observable, determinismo, mecanicismo, definiciones operacionales, determinantes biológicos).

b. - Holismo (organización total, unicidad del individuo, observación naturalista, determinantes sociales) - elementalismo (molecularismo, determinismo, mecanicismo).

c. - Transpersonalismo (nomotética, analogías físicas, determinantes inmediatos externos, control experimental rígido) - personalismo (rasgos persistentes, unicidad del individuo, determinantes sociales).

d. - Cuantitativismo (análisis estadístico, descripción y formulación cuantitativa, generalización normativa, control experimental rígido, definición operacional) - cualitativismo (factores emotivos, procesos inconscientes, especulaciones).

e. - Dinamicismo (motivación, influencia de la experiencia pasada, entidades hipotéticas, determinantes sociales) - estaticismo (sensación y percepción, informes introspectivos, descripción cuantitativa).

f.-Endogenismo (determinantes biológicos, herencia, analogías físicas, observación naturalística) - exogenismo (determinantes sociales, aprendizaje, definición operacional).

Estos factores están interconectados de tal forma que resultan dos pares de factores de segundo orden:

1.- Orientación sintética (subjetivismo, holismo, orientación cualitativa) - orientación analítica (objetivismo, elementalismo y orientación cuantitativa).

2.- Orientación funcional (dinamicismo, personalismo, endogenismo) - orientación estructural (estaticismo, transpersonalismo, exogenismo).

Estos dos pares de factores de 2º orden se redujeron a un superfactor dicotómico: orientación teórica fluida (sintética y funcional) y orientación teórica restrictiva (analítica y estructural).

En la Figura 2 puede verse el esquema de la jerarquía bipolar de variables teóricas y en la Figura 3 se reproduce el cluster jerárquico de los 54 teóricos estudiados.

En su libro de 1979, Coan propone un inventario (Theoretical Orientation Survey) de 63 ítems, que comprenden escalas de 8 factores, para evaluar los rasgos de las

diferentes “psicologías”.

En 1972 Michael Wertheimer dedica un libro entero, *Fundamental Issues in Psychology*, a analizar la estructura dicotómica de la psicología.

Agrupar los problemas sustantivos en una serie de alternativas enfrentadas:

a) El hombre como dueño de su destino (Rogers) y el hombre como víctima (Skinner).

b) El hombre como Dios (Fromm) y el hombre como demonio (Freud).

c) El *adsum* (lo asociativo y sumativo) y el *transsum* (lo gestáltico).

d) La mente (mentalismo, idealismo) y el cuerpo (fiscalismo, materialismo).

e) La subjetividad (experiencia) y la objetividad (conducta).

f) El pasado (neoconductismo) y el presente (Lewin).

g) La naturaleza (nativismo, maduración) y la crianza (empirismo, aprendizaje).

h) La complejidad y la simplicidad.

Los problemas de carácter metodológico también se organizan en pares dicotómicos:

a.- La fertilidad (observación, comprensión, intuición, lo cualitativo, lo idiográfico, lo clínico) y la precisión (lo experimental, la predicción y el control, lo cuantitativo, lo nomotético y lo científico).

b.- El predominio de la teoría (lo formal, lo deductivo, los modelos, la causa, lo absoluto) y el predominio de los datos (lo empírico, lo inductivo, la concomitancia, lo probabilístico).

Para Newell (1973) la psicología se guía a medio nivel, para investigar los fenómenos de bajo nivel, por la construcción de oposiciones binarias tales como: 1) naturaleza vs. crianza, 2) periférico vs. central, 3) aprendizaje uniprocésico vs. proceso doble (Charlow), 4) aprendizaje continuo vs. todo-nada, 5) memoria única vs. memoria doble —a corto y a largo término— (Melton), 6) práctica en masa vs. distribuida, 7) procesamiento serial vs. paralelo, 8) investigación exhaustiva vs. autolimitada, 9) lógica espacial vs. estructura profunda, 10) análogo vs. digital, 11) código único vs. códigos múltiples, 12) interpretación contextual vs. independiente, 13) olvido por desuso vs. por interferencia, 14) desarrollo por estadios vs. continuo, 15) gramáticas innatas vs. aprendidas (Chomsky), 16) existencia vs. no existencia del aprendizaje latente, 17) Existencia vs. no existencia de percepción subliminal, 18) gramáticas vs. asociaciones verbales, 19) conciencia vs. inconsciente, 20) rasgos vs. patrones, 22) motora vs. percepción pura en aprendizaje perceptual, 23) aprendizaje sobre ensayos correctos vs. sobre ensayos errados, 24) preatención vs. atención.

Para terminar, y desde una perspectiva diferente, si nos acercamos a medios de difusión científica como son las revistas, encontramos, por ejemplo, que las revistas duras —*Journal of Comparative and Physiological Psychology*, *Journal of Experimental Psychology* y *American Journal of Psychology*— sólo reservan un 3% del total de sus citas para las revistas blandas y éstas —*Journal of Abnormal and Social Psychology*, *Journal of Personality* y *Journal of Consulting Psychology*— sólo incluyen un 10% de citas correspondientes a las revistas duras. Parece claro que estos datos reflejan la existencia de dos comunidades científicas diferentes (Lawer y Lawer, 1965).

Esta persistente estructura dicotómica en el ámbito de tantos y tantos niveles, planos y dimensiones sugiere dos cosas:

a) La mitad de los factores de las series bipolares son isomórficos o compatibles o

estrechamente relacionados, incluso implicados entre sí; y lo mismo ocurre con la otra mitad.

b) Esta antinomia constante es indicio inequívoco de la existencia de dos psicologías aparentemente diferentes y contrapuestas.

B) Ahora bien, aceptar la dualidad de psicologías significa dejar sin resolver el problema de la unidad. La reducción a la unidad se podría lograr por dos procedimientos: integrar ambas a través de fórmulas eclécticas o generalizadoras o dialécticas: aceptar que la psicología se identifique con una de ellas y marginar a la otra de su campo específico a través del rechazo o el desdén sistemático.

1.- Veamos ahora algunos de los intentos integradores.

—De una manera implícita, y en ocasiones explícita, se concibe la psicología como una mera yuxtaposición de estas perspectivas antinómicas.

Ya en 1937 Allport abogaba por un estudio, tanto de los rasgos individuales como de los rasgos comunes de la personalidad (psicología idiográfica y nomotética). Tyler (1981) alude al lento y progresivo reconocimiento de la individualidad como objeto de la psicología y Epstein (1980, p. 802) reconoce y explicita las ventajas de combinar el enfoque idiográfico-nomotético sobre la elección entre uno y otro enfoque.

Para Canestrelli (1968), la psicología debe estudiar, tanto la relación externa entre estímulos y respuestas, como la significación subjetiva inherente al comportamiento.

Taylor (1964) y Boden (1972) admiten junto a las explicaciones mecanicistas, y precisamente en razón de sus insuficiencias, las explicaciones teleológicas.

Lagache (19679) defiende la complementariedad de la psicología experimental y de la clínica.

Kendler (1981, p. 867) reconoce la existencia de dos distintos y legítimos objetos de la psicología: la experiencia consciente y la conducta objetiva. La investigación de ambos difiere metodológicamente, aunque es posible ampliar la psicología conductual para incluir en ella los análisis de los procesos experienciales, para investigar la conducta subjetiva (p. 99), con lo que se abre la vía a la investigación de las dos perspectivas.

Stevens (1951) ha intentado fundar una psicofísica subjetiva.

Miller, Galanter y Pribram (1960), que se autoproclaman behavioristas subjetivos, insisten en “integrar la subjetividad y el organismo en la unidad y continuidad personal del individuo”.

Cronbach (1957) propone un modelo de disciplina psicológica unificada que permita predecir desde la experiencia pasada o desde las presentes características del organismo o desde la combinación de ambas, lo que implica un integración de las dos disciplinas de la psicología científica, la experimental (que estudia la varianza entre tratamientos) y la correlacional (que estudia la varianza entre organismos).

—Cabrá también considerar que se produce una integración de las diversas dicotomías cuando la psicología se integra en teorías generales como el fisicalismo, la teoría general de sistemas, la dialéctica, el estructuralismo, la epistemología genética, etc. En efecto, cada una de estas teorías tiende a defender la unidad de la ciencia e incluso del saber en general, lo que supondría *a fortiori* la unidad del conocimiento psicológico. Sin embargo el problema sigue sin resolverse, basta para ponerlo de

relieve con preguntar por el criterio que decide entre esas distintas teorías generales, ya que difieren a veces radicalmente. ¿Cuál es la válida y correcta? No es fácil encontrarlo, y ello nos lleva a pensar, de momento, en un cierto pluralismo metodológico y epistemológico; con lo que, por este camino, la posibilidad de integración se desvanece.

En cualquier caso, tanto estos intentos de integración, como —en mayor medida— la mera yuxtaposición a que aludíamos antes, no están exentos de una fuerte tensión interna entre las distintas perspectivas o enfoques que se yuxtaponen o integran. Y esta tensión es para nosotros la clave para comprender la situación actual de la psicología, como veremos próximamente en el siguiente apartado.

2.- La alternativa reduccionista recuerda un tanto la actitud de las escuelas en la primera mitad del siglo.

—En 1937, pero reafirmando sorprendentemente en 1973, Keller habla de un sistema de psicología como de “una estructura lógica dentro de la que pueden ser ajustados los hallazgos de la ciencia”, pero también de que “un sistema puede ser considerado como una definición elaborada”, que “determina o fija los límites de la ciencia y al mismo tiempo clarifica su significado” (p. 141). “La definición de psicología más satisfactoria hoy es la del conductismo radical” (p. 143).

Recordemos sin embargo cómo se ha producido en algunos autores un desplazamiento del objeto de la psicología desde la conducta a la conciencia. “No estoy de acuerdo con que el objeto de la psicología sea el comportamiento. El objeto de la psicología es la conciencia. El conocimiento del comportamiento no es el fin de nuestra ciencia, sino el medio” (Teplov, citado por Zazzo, 1969 trad. 1970, p. 89).

El mismo Fraisse (p. 60) propone “definir la psicología como ciencia de la psique, más que como ciencia del comportamiento”, pues aunque reconoce que los comportamientos son la materia prima de la psicología (p. 52), sin embargo todos ellos se remiten a un centro de elaboración (psique) que los produce y controla a través de circuitos directos y circuitos simbólicos (p. 53).

Los mismo tendríamos que decir del reduccionismo de la psicología a ciencia natural (Telford y Sawrey, 1972), frente al que se ha levantado el reduccionismo a ciencia social (Harrison, 1972); el de la psicología experimental frente a la clínica y viceversa, (L'Abate, 1967; Dana, 1966; Meehl, 1954; Holt, 1958...) etc, etc.

Las dicotomías del párrafo anterior han dado origen o han surgido de actitudes reduccionistas de este tipo.

—Convendría, para terminar, aludir a dos de los más importantes reduccionismos que se han dado en psicología, el psicofisiológico (Jessor, 1958) y el fisicalista (Block, 1980), que tienen un tratamiento más adecuado al abordar el problema de las relaciones interdisciplinarias de la psicología, aunque tienen repercusión sobre su situación intradisciplinaria porque suponen, en efecto, una reducción de la psicología.

—Cabría considerar que la psicología ha alcanzado el estadio de ciencia normal, en cuyo caso la unificación de la disciplina como tal se lograría a través del paradigma dominante o de la matriz disciplinaria vigente. Pero esta concepción difícilmente arroja un concepto unitario de la psicología, pues reconoce que a un paradigma o matriz disciplinaria le sucede otro a través de un período de crisis y de cambio revolucionario. En dos momentos sucesivos ¿existe el mismo concepto de psicología? En caso afirmativo la concepción básica de la disciplina no cambia y la sustitución paradigmática es in-

tradisciplinar o accesoria y circunstancial. ¿No existe el mismo concepto de psicología? En caso afirmativo, cabe entonces preguntar cuál de ellos es el correcto y adecuado. Si se admiten ambos, no es fácil llegar a un concepto unitario. En cualquier caso, el enfoque paradigmático es difícilmente compatible con el intento de obtener un concepto unitario de psicología basado precisamente en las características del paradigma.

Tensión entre pluralismo y unitarismo

Entre el movimiento hacia un sistema pluralista y hacia un sistema integrador encontramos hoy una fuerte tensión, patente en casi todos los autores, no sólo en relación a la psicología que hacen, sino también en sus reflexiones históricas y epistemológicas.

A) La primera fuente de tensión es la alternativa equilibrada, hoy por hoy, entre los que se orientan a considerar la psicología como un conjunto de disciplinas más o menos convergentes, más o menos paralelas y los que siguen pensando en una disciplina integrada. El conflicto se agrava si tenemos en cuenta el pluralismo epistemológico al que se tiende hoy en la filosofía de la ciencia.

Campos como la psicología sensorial y biológica podrían considerarse como pertenecientes a las ciencias naturales. Pero otros sectores requieren modos de investigación tan próximos a las humanidades como a las ciencias (percepción, cognición, psicología social, psicopatología, personología...).

Fraisse (1978) constata que “la mayor parte de los trabajos —sobre todo americanos— se han orientado hacia los procesos adaptativos en base a circuitos directos”; “desde 1950 y bajo a influencia de psicólogos como J. Bruner y G. Miller en América, de Vigotsky y, sobre todo, de Piaget en Europa, los estudios de las actividades simbólicas, bajo la etiqueta un poco general de psicología cognitiva, se han multiplicado”. “Entre estas dos orientaciones hay una tensión que es una de las causas principales de la crisis actual en psicología” (p. 58). Claro que, según su opinión, “la toma en consideración del doble sistema de elaboración (ya descrito) permite evitar uno y otro peligro”, el volver al mentalismo o el estar condenado al reduccionismo. Una actitud parecida, en otro campo, es la de Cronbach (1975) o la de L'Abate (trad. 1967).

Todas las posiciones expuestas en los apartados anteriores, las que presentan la psicología como un conjunto de tendencias y campos heterogéneos e irreductibles, y las que consideran que se puede articular a través de una serie de dicotomías, o las que buscan la integración —yuxtaponiéndolas o sintetizándolas—, coexisten y se interpenetran haciéndose sus límites borrosos, cuando no se enfrentan con vigor o cierta tozudez. Esta realidad sólo puede ser entendida a través de una tensión entre el pluralismo y las tendencias integradoras.

Sin embargo, hasta en esto se encuentran opiniones extremadas junto a otras más matizadas.

La opinión de Koch (1978) es contundente: “cuando se consultan los detalles de los 100 años de historia de la psicología, la tendencia patente es hacia el fraccionamiento teórico y sustantivo (y la creciente insularidad entre las especialidades) y no la integración” (p. 637); “mi posición sugiere que la no cohesividad de la psicología sea final-

mente reconocida, reemplazándola por alguna locución tal como estudios psicológicos” (p. 638).

Kendler (1970) afirma, en cambio, que “una psicología unificada no existe hoy y no hay garantía de que alguna vez será alcanzada”, pero tampoco está más allá de los límites de la posibilidad. Dependerá de si la comunidad científica acepta un criterio que permita evaluar los méritos de las distintas interpretaciones competidoras. El marco de referencia más probable es el que incluya un componente deductivo. La unidad dependerá del ingenio de los futuros psicólogos para crear teorías que integren la conducta, la experiencia fenoménica y los eventos neurofisiológicos. Si tal no ocurre, la psicología como disciplina se dividirá inevitablemente (reproducido en Marx y Goodson, 1976, pp. 623-4).

B) Según Marx y Goodson (1976, p. 572) la psicología de hecho permanece segmentada en torno a su objeto y a su método. Los intentos de solución han sido: la exclusión (Titchener, los conductistas); la subsunción, es decir, la reducción a fisiología; y la inclusión, como proponen Goodson y Morgan (p. 394-407) o el mismo Kendler, de los tres niveles de análisis: experiencial, fisiológico y conductual.

Kendler (1981, p. 299) reconoce que existe desacuerdo acerca de la naturaleza de la psicología y del papel que juega en la sociedad, pero señala algunos rasgos que la caracterizan actualmente y que lo harán probablemente en el futuro: preferencia por interpretaciones neurofisiológicas, cultivo de la psicología social en *settings* naturales y desarrollo del paradigma del procesamiento de información, continuación de la psicoterapia y mantenimiento de las dos controversias (holismo/atomismo, racionalismo/empirismo). Recordando su trabajo sobre “The unity of Psychology” del año 1970, se considera ingenuo al haber pretendido que el marco de referencia más aceptable sería el que requiriera un componente deductivo. A la altura de 1981, piensa más bien que la metodología de la ciencia natural no ha tenido éxito y, aunque lo ha tenido en parte, se mantiene la necesidad de otros enfoques: la psicología es un estudio multidisciplinar con diferentes objetos y una gran variedad de supuestos epistemológicos e intentar reconciliarlos y homogeneizarlos puede llevarnos a perder las virtudes de cada uno de ellos en particular.

Desde una perspectiva Kuhniana, la tensión entre unidad y diversidad se resuelve en la sucesión de paradigmas, de periodos de ciencia normal y de crisis revolucionarias. Aunque no queda claro en esta concepción si cambia todo o lo sustancial, en cuyo caso se plantea el problema de la pertenencia de los sucesivos paradigmas a la misma disciplina o a otras diferentes, o si la sustancia de la disciplina permanece, en cuyo caso la diversidad es meramente accesoria —temática o metodológicamente—.

Los inevitables cambios en el desarrollo de la psicología podrían justificar perfectamente su diversidad si se entendieran, según propone Coan (1979, 64-5), como cambios de nivel en una dimensión determinada (desplazamiento en la tendencia central o en la relevancia), cambios en el objetivo del sistema (hacia su expansión o su restricción) y cambios en la composición del sistema (por reemplazamiento, convergencia o integración, divergencia o desintegración y reorganización). Todo esto —salvo lo del reemplazamiento— permite articular la unidad y diversidad de la psicología mejor que el más global y radical enfoque de Kuhn. Una buena parte de las propuestas de estas

tensiones entre unidad y diversidad —el campo de Darden, el dominio científico de Shapere, el programa de investigación de Lakatos, la disciplina de Toulmin—, sobre todo cuando reconocen la conveniencia de armonizar de alguna forma la necesidad de una justificación racional —que predispone a la unidad— con la real y cambiante situación del descubrimiento —que recoge o favorece la diversidad.

Piaget, por su parte, reconoce esta tensión entre unidad y diversidad: “si bien no cabe duda de que hoy en día hay una tendencia a la unificación,... sin embargo, no deja de ser cierto que dicha unificación es un programa de cara al futuro más que una realidad” (Piaget, 1970, trad. 1973, 134). La diversidad de interpretaciones no se asienta en la discusión de las leyes, ni tampoco en la deducción de las mismas; “la verdadera razón hay que buscarla en la diversidad de modelos posibles, ya que la vida mental tiene su origen en la vida orgánica, se desarrolla en la vida social y se manifiesta por medio de estructuras múltiples”, de ahí que existan diversidad de modelos según que dominen los ensayos reduccionistas de carácter organicista, fisicalista, sociológico, etc., (Ibid, p. 135).

Al explicitar las diferencias entre una psicología nomotética (que pretende descubrir leyes, sistemas de relaciones, estructuras) y una naturalista ideográfica, habría que decir (que persigue alcanzar los organismos existentes realmente en la naturaleza), Reuchlin (1981, p. 109 y 114) concluyen que no le “parece natural dividir a los psicólogos en dos grupos extraños el uno al otro”; la opción entre una y otra “crea más bien en el seno de cada una de las especialidades de la psicología y quizá en el espíritu mismo de ciertos psicólogos una bipolaridad, en cierto casos una tensión, que puede suscitar (un verdadero) progreso”. En el resumen que Chiland (1981, pp. 131-5) hace de la discusión sobre la unidad de la psicología late la misma tensión, aunque se observa una clara tendencia a reconocer la diversidad relativa al objeto, a la metodología y a la práctica profesional.

Más explícitos en la forma de articular la diversidad y la unidad se manifiestan Rychlak (1977) y Marceil (1977), entre otros. Para el primero, es esencial en la ciencia combinar la tradición “dialéctica”, que da cuenta de la creación y formación de los supuestos y métodos científicos a través de un pensamiento libre, creativo, inestructurado, y la tradición “demostrativa”, que se ocupa de las implicaciones lógicas de la ciencia y de los medios de intercomunicación, lo que sólo puede hacerse a través de formas y estructuras más rígidas. Para el segundo, la diversidad y contradicción en el plano teórico es compatible con el acuerdo sobre la validación metodológica.

C) Un ejemplo de como puede representarse la tensión dinámica, en torno al objeto y al método de la psicología, entre una psicología científico positiva en sentido estricto y una psicología humanística en sentido amplio, lo tenemos en los esquemas de Mayor (1980) que se reproducen en las Fig. 4 y 5.

Por último, cabe aceptar una concepción sistemática (orchard, 1978) como base para integrar dinámica y estructuralmente los diversos elementos del sistema, los diversos niveles de análisis y las diversas teorías, lo que permite resolver el dilema al articular la unidad y la diversidad (Mayor y Pérez Ríos, en prensa).

Conclusión

Ni que decir tiene que no podemos dar por válidos ninguno de los términos lematícos que pretenden resolver el problema de la identidad de la psicología. Aceptar sin más la diversidad, tal como la hemos mostrado, nos lleva a rechazar la existencia de la psicología; a lo más a lo que podría llegarse es a admitir la coexistencia de diversos estudio psicológicos, de múltiples intentos inmaduros de configurar otras tantas disciplinas. Optar por un concepto unificado de psicología, por el momento, nos lleva al reduccionismo, lo que significa reconocer el carácter de psicología propiamente dicha a una opción, rechazando ese carácter para todas las otras opciones, o a un vago eclecticismo que por comodidad mental ha sido adoptado con frecuencia, aunque en última instancia nos retrotrae a la alternativa de la diversificación.

Queda por tanto, como única posición acorde con la realidad de la psicología, tal como se manifiesta racional y sociohistóricamente, la de admitir la tensión entre su unidad y su diversidad.

Ahora bien, esa tensión puede ser dinámica, dialéctica e inestable, dejando a la compleja actividad de la comunidad científica la responsabilidad de los ajustes y desajustes, de los equilibrios y desequilibrios entre unidad y diversidad (contexto de descubrimiento), o bien esa tensión puede ser estructural o sistemática, articulándose la diversidad de planos, niveles y dimensiones en un sistema epistémico que haga compatible el pluralismo metodológico, el multiparadigmatismo con una concepción unitaria del saber y de la praxis psicológicos (con texto de justificación). Por el momento, parece funcionar la psicología como sometida a la tensión dialéctica e inestable a que hemos aludido. Sin embargo, parece aumentar cada vez más la presión por lograr una concepción de la psicología como sistema epistemico en el que quepan diversos planos, enfoques, paradigmas, teorías y métodos.

TABLA 1: Medidas de 68 juicios sobre 36 dimensiones de 5 escuelas de Psicología (FUCHS y KAWASH, 1974)

	Conductismo	Funcionalismo	Gestalt	Psicoanálisis	Estructuralismo
Centralismo	3,07	4,35	5,75	5,82	5,25
Cualitativismo	1,86	3,46	5,12	5,48	4,26
Cuantitativismo	6,28	4,62	3,34	1,68	4,91
Deductivismo	3,27	3,24	3,93	4,65	3,38
Determinismo	6,66	4,93	4,72	6,15	5,37
Dualismo	1,54	3,38	3,53	3,85	4,70
Dinamicismo	3,85	4,94	4,85	6,01	2,18
Empirismo	6,28	5,63	4,57	4,12	5,81
Estaticismo 1	3,52	3,19	3,51	2,00	5,22
Estaticismo 2	3,66	3,12	3,31	3,07	5,35
Estructuralismo	1,86	2,44	3,34	3,88	6,90
Evolucionismo	4,75	5,19	3,91	5,87	2,01
Funcionalismo	4,84	6,84	4,13	4,41	2,07
Idiografismo	2,37	3,40	3,56	5,97	2,19
Indeterminismo	1,54	2,47	3,06	1,93	2,12
Inductivismo	5,91	5,41	4,68	4,18	5,43
Irracionalismo	2,58	3,03	3,09	6,48	2,13
Mecanicismo	6,33	4,06	3,56	3,68	4,06
Mentalismo cons.	1,73	4,60	5,07	3,68	6,41
Mentalismo incons.	1,63	2,82	2,85	6,81	2,13
Molarismo	2,82	4,54	6,44	5,19	2,43
Molecularismo	5,73	3,41	1,79	2,60	5,96
Monismo	6,22	3,50	3,88	3,56	2,87
Nativismo	2,01	2,91	4,04	3,31	3,06
Naturalismo	6,51	5,63	5,35	5,19	5,48
Nomoteticismo	6,46	5,40	5,50	4,57	5,98
Objetivismo	6,43	4,82	3,43	2,78	2,65
Objetivismo metod.	6,85	5,01	4,50	2,50	3,87
Periferalismo	5,58	3,93	2,68	1,98	3,24
Purismo	4,46	3,18	4,94	2,91	5,81
Racionalismo	3,37	4,07	4,72	2,87	4,51
Subjetivismo	1,40	4,13	5,10	5,93	5,90
Subjetivismo metod	1,25	2,82	3,15	5,43	4,25
Supernaturalismo	1,15	1,50	1,62	1,87	1,43
Utilitarismo	5,06	5,74	3,22	5,28	2,37
Vitalismo	1,49	2,44	2,91	3,56	2,48

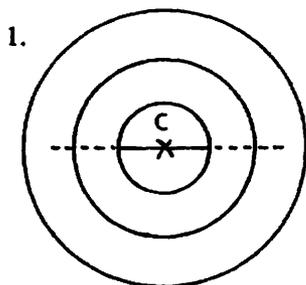
TABLA 2: Factores comunes a la matriz de puntuaciones sobre las 36 dimensiones (correlaciones superiores a .50) (FUCHS y KAWASH, 1974)

Factores \ Dimensiones	1 NATURALISMO	2 DINAMICISMO	3 INDUCTIVISMO	4 PERIFERALISMO	5 DUALISMO	6 IDIOGRAFISMO	7 MOLARISMO
Deductivismo			-.602			.528	
Dualismo					.978		
Dinamicismo		.971					
Empirismo			.529				
Estaticismo 1		-.614					
Estaticismo 2		-.662					.579
Estructuralismo				.597			
Evolucionismo		.814					
Funcionalismo				.796			
Idiografismo						.664	
Inductivismo			.918				
Mecanicismo	.719						
Molarismo							.633
Monismo					-.534		
Nativismo						.635	
Naturalismo	.862						
Nomoteticismo	.719						.514
Periferalismo			.632				
Subjetivismo	.582				.835		
Supernaturalismo	-.723						
Utilitarismo						.518	
Vitalismo	-.604						

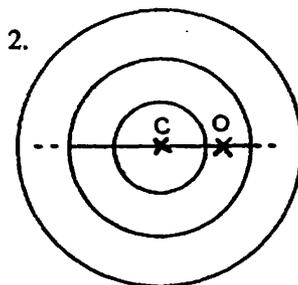
TABLA 3: Puntuaciones estandarizadas de cada uno de los 7 factores para cada una de las cinco escuelas (FUCHS y KAWASH, 1974)

	NATURALISMO	DINAMICISMO	INDUCTIVISMO	PERIFERALISMO	DUALISMO	IDIOGRAFISMO	MOLARISMO
Conductismo	.70304	-.34115	.95926	.79449	-1.16928	.07873	.05149
Funcionalismo	-.10080	.37886	.32037	.92848	-.12105	.13791	.39610
Gestalt	-.22919	.24805	-.49005	-.06710	.21765	.01787	.29669
Psicoanálisis	-.83043	.80354	-.68177	-.88550	.48305	.64305	.17697
Estructuralismo	.45739	-1.08930	-.10781	-.77034	.60607	-.87757	-.92126

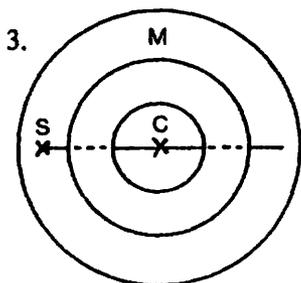
Fig. 1: Modelos o esquemas de la psicología



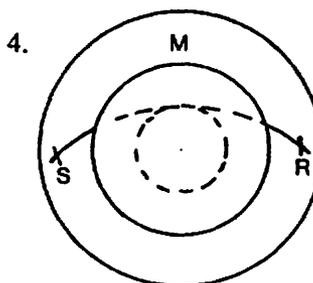
El estudio de los hechos de conciencia



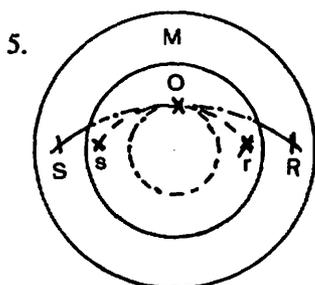
Las relaciones entre conciencia y organismo



Las relaciones entre los estímulos y la conciencia

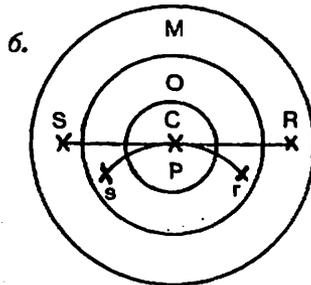


Las relaciones entre los estímulos y las respuestas observables



Las relaciones entre los estímulos, el organismo (con s y r), y las respuestas observables

S = Estímulo externo
R = Respuesta observable
s = Estímulo interno
r = Respuesta interna

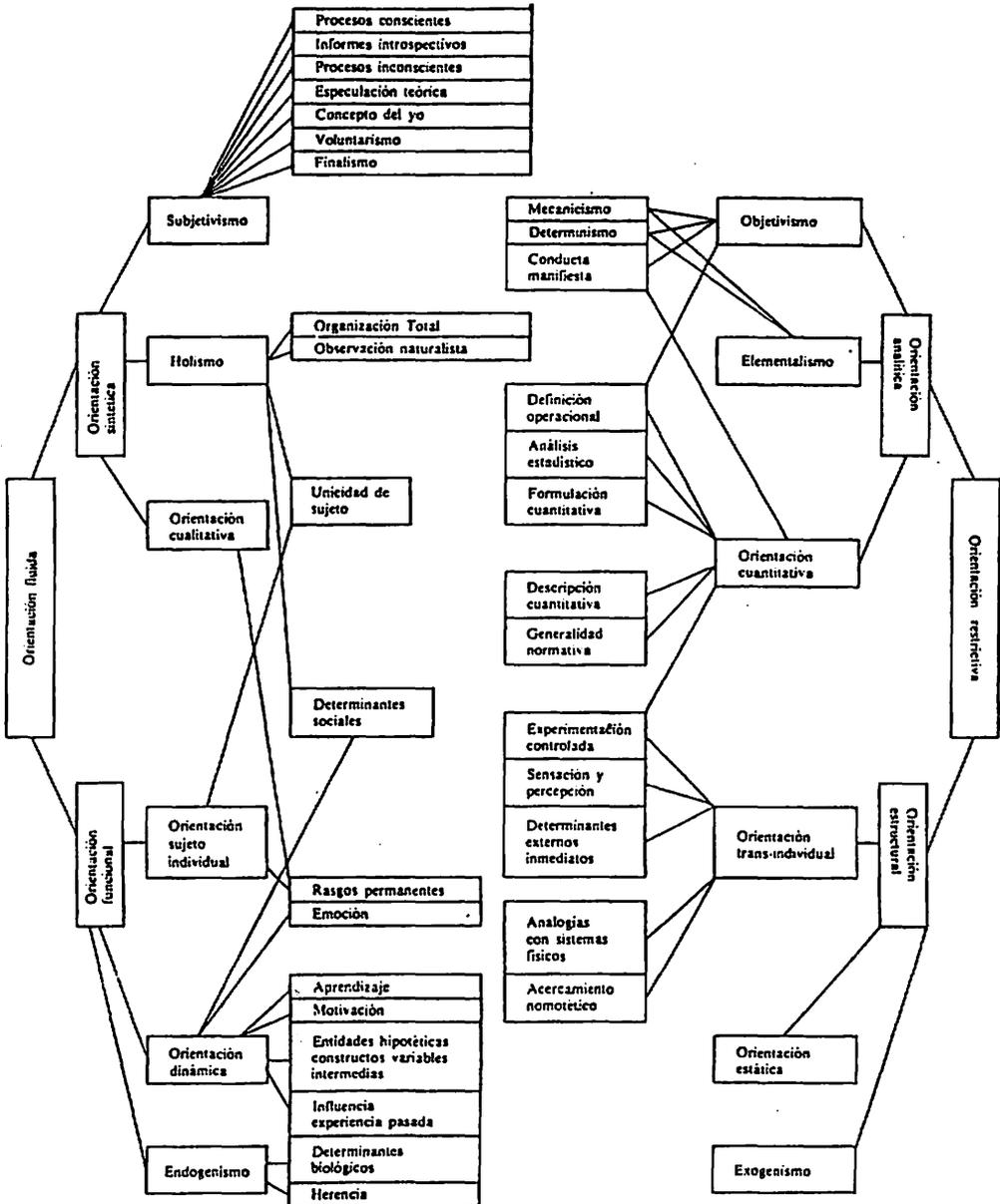


Las relaciones entre los estímulos, la personalidad (organismo consciente, cognición y propositividad, etc.) y las respuestas observables

C = Conciencia
O = Organismo
P = Personalidad

M = Medio (FRAISSE, 1969, Modificado)

Fig. 2: Esquema de la jerarquía de variables teóricas en Psicología (COAN, 1968)



(TOMADO de CARPINTERO, 1976)

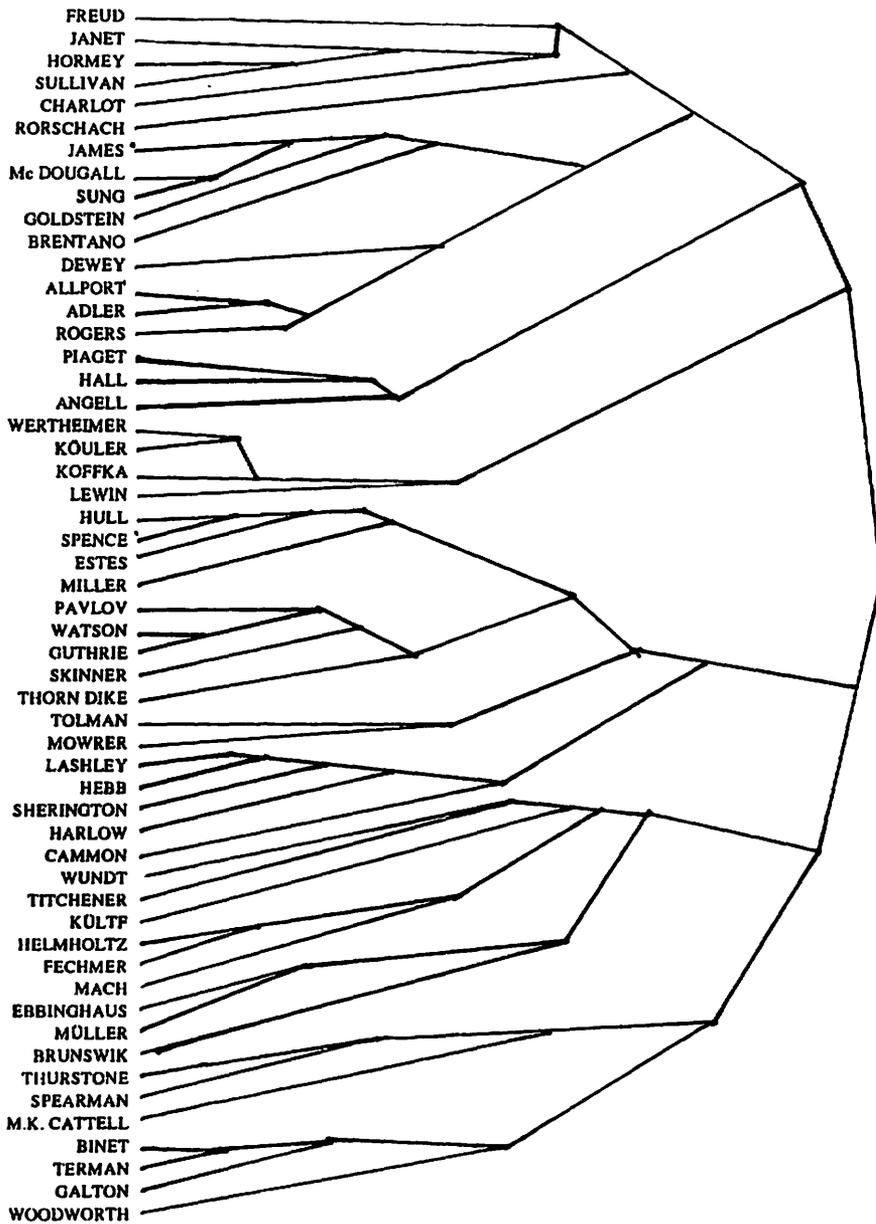
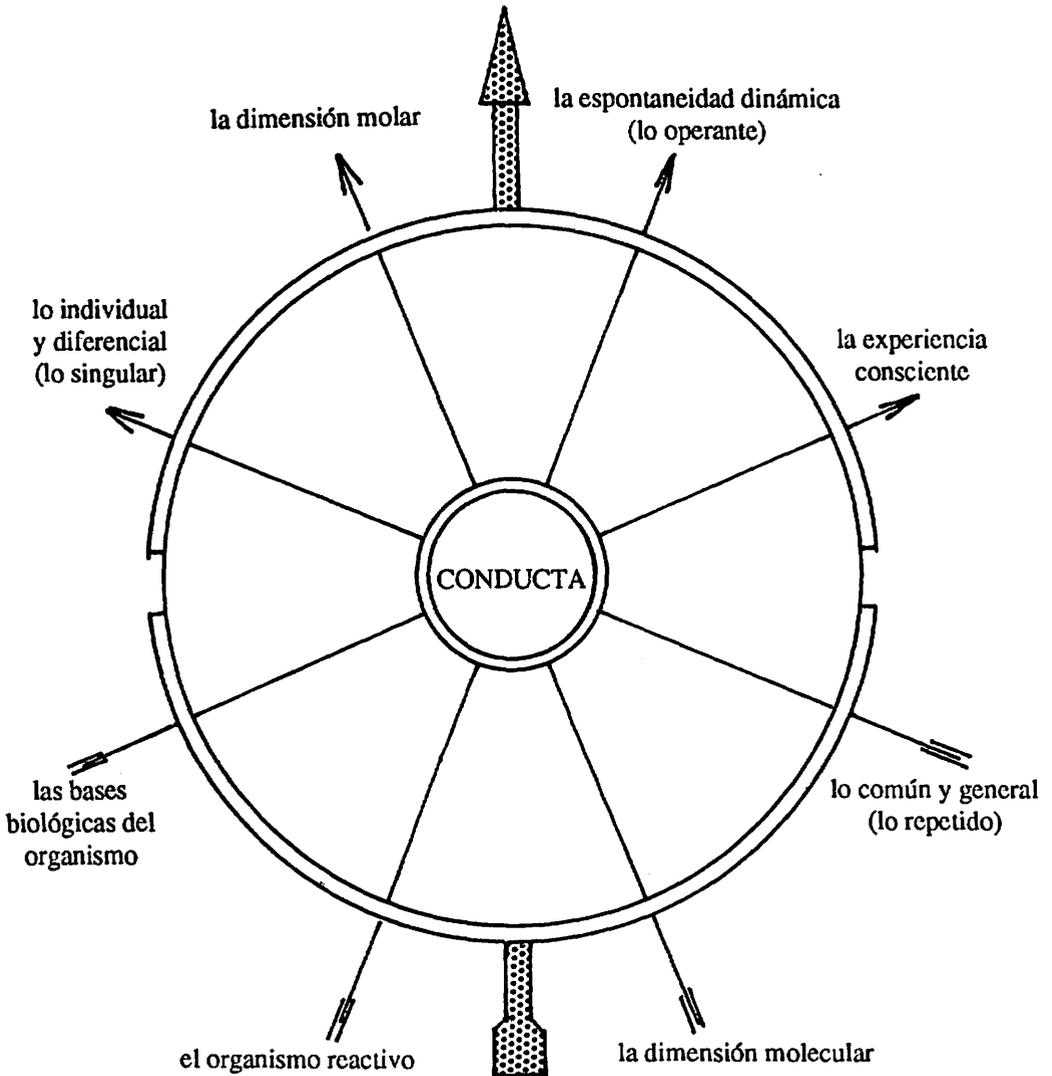


Fig. 3: Cluster jerárquico de 54 teóricos de la Psicología (COAN, 1968)

Fig. 4: El objeto de la psicología

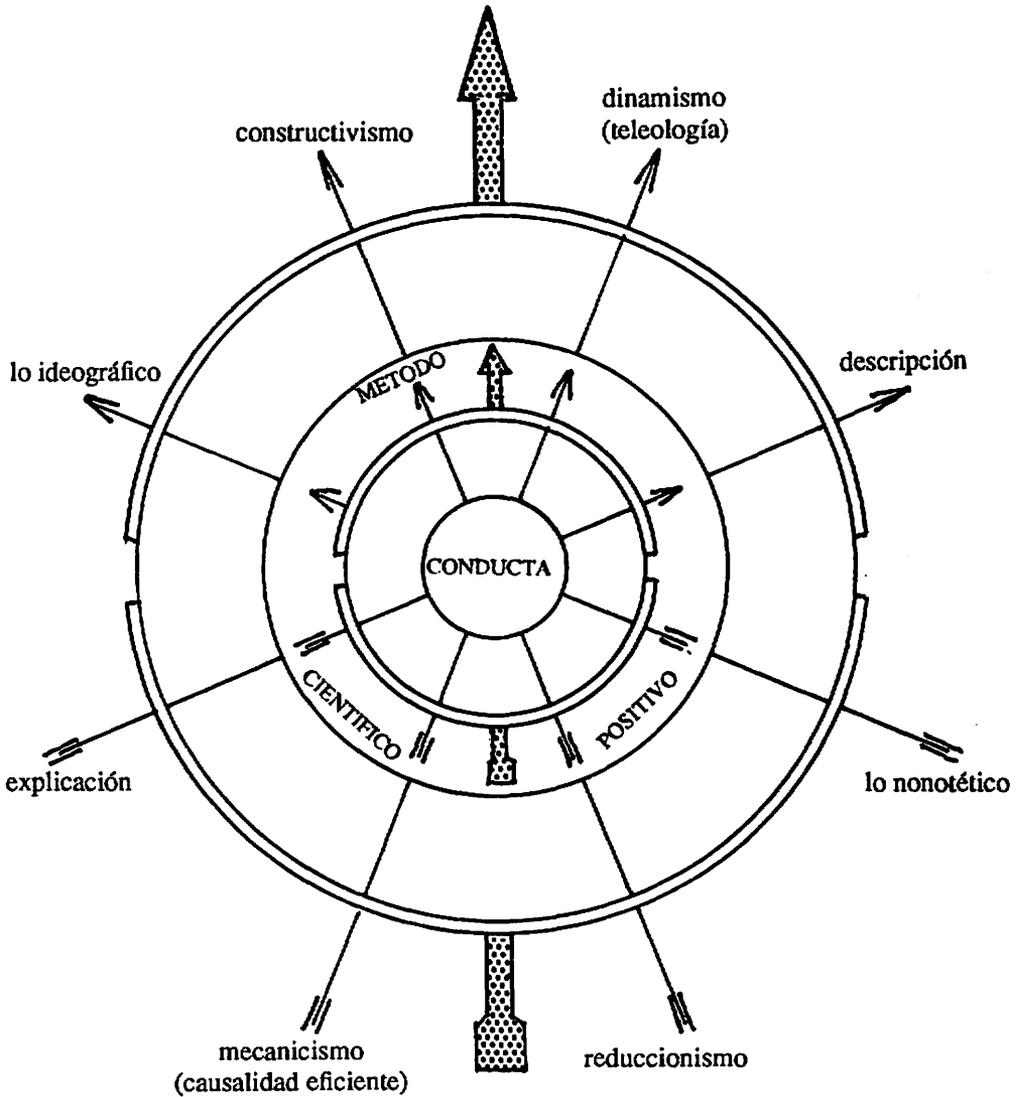
PSICOLOGIA HUMANISTA EN SENTIDO AMPLIO



PSICOLOGIA CIENTIFICO-POSITIVA EN SENTIDO ESTRICTO

Fig. 5: El método Científico-Positivo en Psicología

PSICOLOGIA HUMANISTICA EN SENTIDO AMPLIO



PSICOLOGIA CIENTIFICO-POSITIVA EN SENTIDO ESTRICTO

BIBLIOGRAFIA

- ALLPORT, G. W. — *Personality. A Psychological Interpretation*. Holt, N. York, 1937. (Trad.: Paidós, 1965).
- ALLPORT, G. W. — *Becoming: Basic Considerations for a Psychology of Personality*. Yale Univ. Press, New Haven, 1955.
- BARKER, E. N. — "Humanistic psychology and scientific method". *Interpersonal Development*. 1971-1972, 2. 137-172.
- BECK, M. — *Psicología*. Losada, Buenos Aires, 1947.
- BLOCK, N. — *Readings in Philosophy of Psychology*. Methuen, London, 1980 y 1981. (Vol. 1 y 2).
- BODEN, M. — *Purposive Explanation in Psychology*. Harvard University Press, Cambridge, 1972.
- BOLTON, N. (ed.) — *Philosophical Problems in Psychology*. Methuen, London, 1979.
- BRENTANO, F. — *Psychologie von Empirischen Standpunkte*. Dunker und Humboldt, Leipzig, 1874.
- BROWN, S. C. (ed.) — *Philosophy of Psychology*. McMillan, London, 1974.
- BRUNER, J. S. and ALPORTG, W. — "Fifty Years of Change in American Psychology". *Psychological Bulletin*, 1940, 37, 759-776.
- BRUNSWIK, E. — *The Conceptual Framework of Psychology*. Vol. I, nº 10 International Encyclopedia of Unified Science. University of Chicago Press, Chicago, 1952.
- BUBER, M. — *¿Qué es el Hombre?* F. C. E., Méjico, 1950 (1ª ed. hebreo, 1942; 1ª ed. inglés, 1948).
- BUGENTAL, J. F. T. — *Challenges of Humanistic Psychology*. McGraw-Hill, N. York, 1967.
- BUHLER, K. — *Die Krise der Psychologie*. Verlag Gustav Fischer, Stuttgart, 1927, 1965 (trad. Morata, 1966).
- BUSS, A. — *Psychology: Behavior in Perspective*. Willey. N. York, 1978.
- CANESTRELLI, L. — "La Psicología ciencia de la conducta". En: CANESTRELLI et al.: *Le comportement*. P. U. F., Paris, 1968.
- CASSIRER, E. — *Antropología filosófica*. F. C. E. Méjico, 1945 (1ª ed. inglés, 1944).
- CHAPLIN, J. P. and KRAWIEC, T. S. — *Systems and Theories of Psychology*. Holt, N. York, 1960 (2ª ed. 1968).
- CHILAND, C. — "Introduction" y "Discussions". *Revue de Psychologie Appliquee*, 1981, 31-2-77, 78, y 131-161.
- COAN, R. W. — "Dimensions of Psychological Theory". *American Psychologist*. 1968, 23, 715-722.
- CRONBACH, L. J. — "The Two Disciplines of Scientific Psychology". *American Psychologist*. 1957, 12, 681-84.
- DANA, R. H. — *Foundations of Clinical Psychology*. D. Van Nostrand Company Holland, 1966. (Trad.: Paidós, 1972).
- DILTHEY, W. — "Ideas acerca de una Psicología Descriptiva y Analítica. (1894)". En DILTHEY, W.: *Psicología y Teoría del Conocimiento*. F. C. E. Méjico, 1945.
- DONCEEL, J. F. — *Antropología Filosófica*. Carlos Lohlé, B. Aires, 1969.
- EACKER, J. — *Problems of Philosophy and Psychology*. Nelson, Chicago, 1975.
- ESTES, W. K.; KOCH, S.; MCCORQUODALE, K.; MEEHL, P. E.; MUELLER, C. N.; SHOENFELD, W. N. and VERPLANK, W. S. — *Modern Learning Theory*. Appleton-Century-Crofts, N. York, 1954.
- FARRELL, B. A. — "The Progress of Psychology". *Br. J. Psychol.* 1978, 69. 1-8.
- FEIGL, H. and SCRIVEN, M. (eds.): *Minnesota Studies in the Philosophy of Science*. Vol. *The*

- Fundations of the Science and the Concepts of Psychology and Psychoanalysis*. University of Minnesota Press, Minneapolis, 1956.
- FEYERABEND, P. — *Against Method: Outline of Anarchistic Theory of Knowledge*. En: RADNER and WINOKUR, 1970 (trad: Ariel, 1974).
- FINKELMAN, A. — "Science and psychology". *Amer. Journal of Psych* 1978, 91, 179-199.
- FODOR, J. A. — *Psychological Explanation*. Random House, N. York, 1968.
- FRAISSE, P. — "Modèles pour une histoire de la psychologie". *Bulletin de Psychologie de L'Université de Paris*, Tome XXII, (1968-69) 276, 9-13, 540-545.
- FRAISSE, P. — "Psychology: Science of man of science of behavior". En: *XVI st International Congress of Psychology*. P. U. F. París, 1978.
- FRÖBES, J. — *Lehrbuch der Experimentellen Psychologie*. Herder & Co. G. M. B. H. verlagsbuchhandlung, Friburgo, 1923 (trad.: *Tratado de Psicología Empírica y Experimental*. Razón y Fe, Madrid, 1944).
- FUCHS, A. H. and KAWASH, G. F. — "Perspective Dimension for Five Schools of Psychology". *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, vol. X, 1974, 3. 352-366.
- GILGEN, A. R. (ed.); *Contemporary Scientific Psychology*. Academic Press, N. York, 1970.
- GIORGI, A. — *Psychology as Human Science: A Phenomenologically Based Approach*. Harper and Row, N. York, 1970.
- HARRISON, A. A. — *psychology as a Social Science*. Brooks/Cole Pub. Com., Monterrey, 1972.
- HEIDBREDE, E. — *Seven Psychologies*. Appleton Century-Crofts. N. York, 1933 (trad: Paidós, Buenos Aires, 1960. Apéndice español con siete capítulos).
- HOLT, R. R. — "Cinical and Statistical Prediction: A Reformulation and some new Data". *Journal of Abnormal and Social Psychology*. 1958, 56, 1-12.
- HUSSERL, E. — "Philosophie als strenge wissenschaft". *Logos*, 1910-11, I 289-314 (trad. esp.: *La Filosofía como ciencia estricta*. Nova, B. Aires, 1962).
- JESSOR, R. — "The problems of reductionism in psychology". *Psychological Review*, 1958, 65, 170-178. (En: MARX, M. H.: *Theories in Contemporary Psychology*. McMillan, N. York, 1963).
- KEEN, E. — *A Primer in Phenomenological Psychology*. Holt, N. York, 1975.
- KELLER, F. S. — *The Definition of Psychology*. Appleton. N. York, 1937.
- KELLER, F. S. — *The Definition of Psychology*. Appleton, N. York, 1973. (2ª ed.).
- KENDLER, H. H. — "The unity of psychology". *Canadian Psychologist*, 1970 11 (1), 30-47. (En: MARX, M. H. and GOODSON, F. e.: *Theories in Contemporary Psychology*. McMillan. N. York, 1976).
- KENDLER, H. H. — *Psychology: A Science in Conflict*. Oxford Univ. Press, New York, 1981.
- KOCK, S. — "Psychological science versus the science-humanism antinomy: Intimations of a significant science of man". *American Psychologist*. 1961, 16, 629-639.
- KOCH, S. — "Psychology and the future". *American Psychologist*, 1978, 631-647.
- KRANTZ, D. L. — *Schools of Psychology: A Symposium*. Appleton. N. York, 1969.
- KRASNER, L. — "The future and the past in the behaviorism-humanism dialogue". *American Psychologist*, 1978, pp. 799-804.
- KUNHN, T. S. — *The Structure of Scientific Revolutions*. University of Chicatgo Press, Chicago, 1962. (2ª ed. ampliada. 1970) (trad.: F. C. E., 1971).
- L'ABATE, L. — *Principles of Clinical Psychology*. Grune and Straton, N. York, (Trad.: Paidós, 1967).
- LAGACHE, D. — *L'Unité de la Psychologie*. P. U. F., París, 1949. (Trad.: Paidós, 1970).
- LEAHEY, T. — *A History of Psychology (Main Currents in Psychological Thought)*. Prentice-Hall, Englewood-Cliffs. 1980.

- LERSCH, P. — *La Estructura de la Personalidad*. Scientia. Barcelona, 1958.
- LEWIN, K. — *A Dynamic Theory of Personality*. Mc Graw-Hill, N. York, 1935.
- MARC, A. S. J. — *Psychologie Reflexive*. Desclée de Brouwer, París, 1948. (trad.: Gredos, 1965).
- MARCEIL, J. C. — "Implicit dimensions of ideography and nomothesis: A reformulation". *American Psychologist*, 1977, pp. 1046-54.
- MARX, M. H. (ed.) — *Psychological Theory: Contemporary Readings*. McMillan, N. York, 1951.
- MARX, M. H. (ed.) — *Theories in Contemporary Psychology*. McMillan, N. York, 1963.
- MARX, M. H. and GOODSON, F. E. (eds.) — *Theories in Contemporary Psychology*. Mcmillan, N. York, 1976.
- MARX, M. H. and HILLIX, W. A. — *Systems and Theories in Psychology*. McGraw Hill, N. York, 1963. (Trad.: Paidós, 1967).
- MAY, R. (ed.) — *Existencial Psychology*. Random House, N. York, 1961. (Trad.: Paidós, 1963).
- MAYOR, J. — "Orientaciones y problemas de la psicología cognitiva". *Análisis y Modificación de Conducta*, 1980, 6, 11-12, pp. 213-78.
- MAYOR, J. — "Actividad humana y procesos cognitivos". En MAYOR, J.: *Actividad Humana y Procesos Cognitivos*. Alhambra, Madrid, 1985, pp. 3-40.
- MAYOR, J. y PEREZ RIOS, J. (en prensa): "Psicología o psicologías". En MAYOR, J. y PINILLOS, J. L.: *Tratado de Psicología General. Tomo I: Historia, Teoría y Método*. Alhambra, Madrid.
- McGEACH, J. A. — "The Formal Criteria of a systematic psychology". *Psychological Review*. 1933, 40, 1-12.
- MACKENZIE, B. D. — *Behaviourisme and the Limits of Scientific Method*. Humanities Press, Atlantic High Hands. 1977.
- MEEHL, P. E. — *Clinical vs. Statistical Prediction: a Theoretical Analysis and a Review of the Evidence*. University of Minnesota. Minneapolis, 1954.
- MERCIER, D. J.: *Psicología*. Nueva Biblioteca Filosófica, Madrid, 1940.
- MERLEAU-PONTY, M. — *Les Sciences de l'homme et la phenomenologie*. Centre de Documentation Universitaire, Paris (Trad.: Nova, 1964).
- MILLER, G. A.; GALANTER, E. and PRIBRAM, K. H. — *Plans the Structure of Behavior*. Holt, N. York, 1960.
- MISIAK, H. — *The Philosophical Roots of Scientific Psychology*. Fordham University Press, N. York, 1961 (Trad.: Troquel, 1964).
- MURCHISON, C. (ed.) — *Psychologies of 1925*. Clark Univ. Press, Worcester, Mass, 1926.
- MURCHISON, C. (ed.) — *Psychologies of 1930*. Clark Univ. Press, Worcester, Mass, 1930.
- NEVILL, D. D. — *Humanistic Psychology: New Frontiers*. Gardner, N. York, 1977.
- NEWELL, A. — "You can't play 20 questions with nature and win: Projective comments on the papers of this symposium". En: CHASE, W. G.: *Visual Information Processing*. Academic Press, N. York, 1973.
- NUDLER, O. (ed.) — *Problemas Epistemológicos de la Psicología*. Siglo XXI, Buenos Aires, 1975.
- ORCHARD
- PALERMO, D. S. — "Is a scientific revolution taking place in, psychology". *Science Studies* 1971, 1, 135-55.
- PIAGET, J. — "La psychologie". En PIAGET et al.: *Tendances principales de la Recherche dans les Sciences Sociales et Humaines. Partie I: Science Sociales*. UNESCO, París (Trad.: Alianza, 1973, pp. 121-199).
- PINILLOS, J. L. — *Introducción a la Psicología Contemporánea*. C. S. I. C., Madrid, 1962.

- PINILLOS, J. L. — "La psicología fenomenológica". En *Homenaje a Xavier Zubiri*. Moneda y Crédito, Madrid, 1970.
- REUHLIN, M. — "Options fondamentales et options superficielles". *Revue de Psychologie Appliquée*, 1970, 31, 2, 97-116.
- ROYCE, J. R. y MOS, L. P. — *Humanistic Psychology. Concepts and Criticisms*. Plenum Press, N. York, 1981.
- RYCHLAK, J. F. — *The Psychology of Rigorous Humanism*. Wiley-Interscience, N. York, 1977.
- RYLE, G. — *Concepts of Mind*. Hutchinson, London, 1949. (Trad.: Paidós, 1967).
- SAHAKIAN, W. — *History of Psychology. A Source Book in Systematic Psychology*. Peacock Pub. Itasca, 1968.
- SEVERIN, F. T. — *Humanistic Viewpoints in Psychology: A Book of Readings*. McGraw Hill, N. York, 1966.
- SPIEGELBERG, H. — *Phenomenology in Psychology and Psychiatry*. NorthWestern Univ. Press, Evanston, 1972.
- STAATS, A. W. — *Psychology's Crisis of Disunity. Philosophy and Method for a Unified Science*. Praeger, N. York, 1983.
- STEVENS, S. S. — "The operational basis of psychology". *American Journal of Psychology*. 1935, 47, 323-30.
- STEVENS, S. S. — "Psychology and the science of science". *Psychological Bulletin*. 36, 1939, 221-63.
- STEVENS, S. A. (ed.) — *Handbook of Experimental Psychology*. Wiley. N. York 1951.
- STRAUS, E. — *Phenomenological Psychology*. Basic Books, N. York, 1966.
- SUPPE, F. — *The Structure of Scientific Theories*. Univ. of Illinois Press, Urbana, 1977.
- TAYLOR, CH. — *The Explanation of Behavior*. Routledge Kegan, London, 1964.
- TELFORD, CH. W. and SAWREY, J. M. — *Psychology as a Natural Science*. Brooks/Cole Pub. Co., Monterrey, 1972.
- TOULMIN, S. — *Human Understanding*. Princetown Univ. Press, 1972 (Trad.: Alianza Univ., 1977).
- TURNER, M. B. — *Philosophy and the Science of Behavior*. Appleton Century Crofts, N. York, 1967.
- TYLER
- VAN KAAM, A. L. — *Existential Foundations of Psychology*. Image Books, Garden City, N. York, 1969.
- WARREN, N. — "is a scientific revolution taking place in psychology? Doubts and reservation". *Science Studies*, 1971, 1, 407-13.
- WATSON, R. I. — "Psychology: A perspective science". *American Psychologist*. 1967. 22. 435-443.
- WEIMER, W. B. and PALERMO, D. S. — *Cognition and the Symbolic Process*. LEA Hillsdale, 1974.
- WERHEIMER, M. — *Fundamental Issues in Psychology*. Holt. N. York, 1972.
- WESTLAND, G. — *Current Crises of Psychology*. Heineman, London, 1978.
- WOODWORTH, R. S. — *Contemporary Schools of Psychology*. Ronald Press, N. York, 1931.
- WYSS, D. — *Die Tiefenpsychologischen Schulen von den Anfängen bis zur Gegenwart*. Vandenhoeck und Ruprecht, Gottingen. 1961. (Trad.: Gredos 1964).
- ZAZZO, R. — "Conciencia y conducta". En CANESTRELLI et al.: *Le Comportement*. P. U. F., París, 1969 (trad.: Proteo, pp. 75, 93).

Psicología Básica y Psicología Aplicada

Soledad Ballesteros Jiménez

Introducción

Hoy vamos a hablar de *Psicología Básica y Psicología Aplicada*, y lo vamos desde la perspectiva de la Psicología como ciencia cuyo objeto de estudio es la conducta y la mente de los organismos, y especialmente del hombre.

La Psicología el *método científico* para obtener el conocimiento. Esto significa que los psicólogos nos adherimos a ciertas reglas que exigen la medición pública y objetiva de la conducta, la puesta a prueba de hipótesis y su contrastación experimental. Debido a la importancia que el paradigma experimental ha tenido y tiene hoy para la Psicología, nos detendremos a comentar una serie de *criterios* en los que se basa este paradigma, para pasar a continuación a revisar cuáles han sido los logros de la investigación básica en Psicología teniendo en cuenta cuáles han sido y siguen siendo los *premios o reforzadores* más importantes que se utilizan en este terreno. Haremos especial hincapié en uno de ellos, el de la *publicación*, y los problemas que plantean los criterios actuales de publicación de trabajos de investigación.

A continuación nos detendremos en la investigación aplicada y señalaremos las dos posturas que existen actualmente en torno a este tema:

—La que defiende que la investigación aplicada no es sino la aplicación de los principios teóricos derivados de la investigación básica a la solución de los problemas importantes que se plantean.

—La que defiende que investigación básica e investigación aplicada funcionan como dos paradigmas diferentes, el de la ciencia y el de la tecnología.

Finalizaremos nuestra intervención proponiendo un posible plan de acción para la Psicología tanto a nivel de la investigación básica como a nivel de la investigación aplicada.

Investigación Básica e Investigación Aplicada

La edición de 1850 del Webster Dicconary definía la Psicología como "*Discurso o tratado del alma humana, o la doctrina de la naturaleza espiritual del hombre*" (p. 886). El Webster's New Collegiate Diccionario en su edición de 1985 la define como "*Ciencia de la mente y de la conducta*" (p. 951). El cambio experimentado en la definición es lo suficientemente importante como para que nos detengamos un momento en cuáles han sido los principales acotamientos que han influido en este cambio desde el discurso filosófico al estudio científico.

Fueron ciertos acontecimientos ocurridos en torno al laboratorio de Wilhelm Wundt en Leipzig (Alemania), los responsables de que la Psicología se convirtiera en una ciencia. Wundt, después de formarse como fisiólogo en Heidelberg y Tübingen, de haber trabajado en Berlín también como fisiólogo, ocupa la cátedra de filosofía en Zurich, para pasar más tarde a Leipzig donde comienza a enseñar psicología. Fue en esta ciudad donde fundó el *primer laboratorio de Psicología en 1879*. En este laboratorio se formaron una serie de psicólogos europeos y americanos que más tarde extendieron los presupuestos de la nueva ciencia por Europa y Estados Unidos. Entre los temas estudiados por Wundt y sus discípulos destacan *la sensación y la percepción* que son los dos temas principales. Otros temas fueron *el tiempo de reacción, la cronometría mental y la atención*.

En aquel momento el objeto de la nueva ciencia era la conciencia y su método de estudio la introspección. Para Wundt la Psicología es una ciencia experimental y la introspección debe realizarse bajo condiciones controladas experimentalmente.

A finales del siglo pasado, Estados Unidos empezó a enviar jóvenes estudiantes al laboratorio de Wundt para que se formaran en los métodos de la nueva ciencia. Uno de esos estudiantes fue *J. Mackeen Cattell* que se doctoró en Alemania en la Universidad de Leipzig hace poco menos de un siglo, en 1896, y fue el primer norteamericano que terminó su tesis bajo la dirección de Wilhelm Wundt. Este joven regresó a Estados Unidos y fundó los laboratorios de Psicología de las Universidades de Pensilvania y Columbia, siendo considerado como el gran impulsor de la Psicología Diferencial en Norteamérica. Pero lo más importante es que Cattell creía en el valor de la nueva ciencia. El mismo escribía en una carta dirigida a sus padres:

“La Psicología parece que va a ser la *ciencia* de los próximos 30 años, y claramente, la ciencia en la que se van a realizar los mayores progresos”.

Por aquella época, las universidades americanas buscaban profesores capaces de enseñar la nueva ciencia marcando de esta manera los comienzos de la Psicología Experimental. La Psicología tuvo tanto éxito en el marco académico que en 1903, 20 años después de que *Stanley Hall*, pionero junto con William James de la Psicología Experimental en su país, fundara el primer laboratorio de psicología en Estados Unidos en Johns Hopkins University ya existían 50 laboratorios que habían producido 100 doctores en esta nueva ciencia. Sin embargo, a pesar de este rápido desarrollo, poca gente fuera de los ámbitos académicos parecía comprender lo que era la Psicología. La gente equiparaba Psicología con clarividencia, lectura de la mente y espiritismo.

El acontecimiento que empezó a cambiar esta situación fue precisamente el movimiento de la Psicología hacia los *campos aplicados*, especialmente el de la Educación. En un momento en los que Estados Unidos necesitaba reformar su sistema educativo para atender al gran número de emigrantes y al rápido crecimiento de las ciudades, tuvieron una gran influencia algunos norteamericanos que estudiaron a finales de siglo en Alemania y que siguieron las teorías de *Herbart*. Este autor defendía que la Educación debía basarse en la Psicología. Así pues, la Educación parecía un buen campo para que la Psicología aplicara sus nuevos conocimientos.

Stanley Hall escribió en cierta ocasión:

“El principal e inmediato campo de aplicación de la Psicología es su aplicación a la Educación”.

Se pensaba que con los nuevos métodos experimentales la Psicología sería capaz de conocer todo acerca del niño, sus capacidades sensoriales, características físicas, memoria, juego, atención, etc. Haciendo uso de estos nuevos conocimientos la Pedagogía no sería más una adivinación sino una ciencia. Las técnicas educativas podrían planificarse de manera que resultaran efectivas para todo tipo de estudiantes.

Stanley Hall fue uno de los psicólogos más destacados de su tiempo que promovió y defendió activamente el valor de la *Psicología Aplicada*. Desde sus comienzos en el área de la Educación, la Psicología Aplicada continuó su crecimiento extendiéndose a otras áreas tales como la práctica clínica, los negocios o la industria. Muchas de estas aplicaciones prácticas se centraron en aquel momento en el uso de los tests psicológicos.

En torno a los años 20, el público americano parecía creer en la *nueva ciencia de la Psicología* ya que veía en ella una ayuda importante para conseguir el éxito y la prosperidad. La demanda de los servicios psicológicos fue muy grande, mayor de la que podían atender el número de psicólogos existentes en aquel momento. Esta demanda hizo que muchos desaprensivos, con poca o ninguna preparación en Psicología empezaran a ofrecer sus servicios profesionales como Psicólogos. Esta situación, llegó a preocupar al APA (la mayor asociación de Psicólogos de Estados Unidos) que como ha señalado *Banjamín* (1986), llegó a establecer un certificado para poder ejercer como psicólogos, pero tuvo problemas y terminó aboliéndose.

La popularidad de la Psicología aumentó todavía más después de la Primera Guerra Mundial debido a la importancia que alcanzaron los psicólogos que trabajaban en el ejército en tareas de selección, y al éxito de los tests colectivos que se utilizaron para estos menesteres. Al mismo tiempo, los psicólogos clínicos empezaron a trabajar en el ámbito aplicado debido sobre todo a sus experiencias después de la guerra con los veteranos de guerra que habían sufrido lesiones cerebrales o simplemente presentaban problemas psicológicos como consecuencia de su estancia en el frente.

Desde entonces, la Psicología Aplicada ha tenido momentos altos y bajos, pero lo que no puede dudarse es de su relevancia y valor para solucionar importantes problemas que el ser humano tiene planteados.

Partiendo de la definición que acabamos de dar de la Psicología como ciencia de la mente y de la conducta, parece claro que el punto central de toda actividad psicológica es la *investigación básica y la investigación aplicada* ya que es a través de la investigación como se desarrolla el conocimiento científico. Este conocimiento, se utiliza después para proporcionar servicios profesionales en el campo educativo, clínico y organizacional. Es precisamente por la vocación aplicada de la Psicología por lo que esta ciencia se ha mantenido a lo largo de sus más de 100 años de existencia como tal y ha experimentado el enorme crecimiento cuantitativo que se está registrando en los últimos años. Creemos que se puede afirmar que si la psicología hubiese sido únicamente una ciencia pura y los psicólogos no hubiesen considerado la necesidad de aplicar sus conocimientos y explotarlos de una manera responsable, la psicología hubiera permanecido siempre pequeña y posiblemente estéril. Fueron precisamente sus *posibilidades de aplicación* las que dieron a nuestra ciencia una enorme popularidad. La Psicología se convirtió en una profesión sumamente atractiva para muchos jóvenes tanto en Estados Unidos como en Europa y, naturalmente, en España.

Como ejemplo de este crecimiento, observemos los siguientes gráficos proporcionados por Mckinney (1976) sobre el desarrollo cuantitativo de la Psicología Norteamericana hasta la década de los 70. La Figura 1 muestra el crecimiento portentoso experimentado en todos los aspectos de la Psicología norteamericana en lo que va de siglo.

CRECIMIENTO CUANTITATIVO DE LA PSICOLOGIA AMERICANA
 (Tomado del American Psychologist) datos de Mckinney

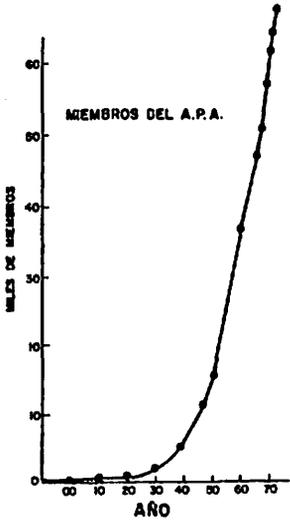


FIG. 1A

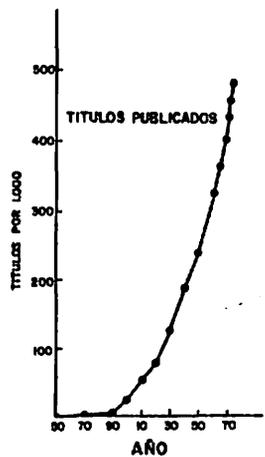


FIG. 1B



FIG. 1C

Figura 1

La Figura 1 A muestra el crecimiento experimentado por el número de afiliados al APA, American Psychological Association, la asociación más importante de psicólogos que existen en la actualidad.

La Figura 1 B, muestra el aumento en el número de libros publicados desde 1850 a 1970 en millares.

La Figura 1 C, expresa el número de Departamentos que ofrecen estudios de licenciatura y doctorado en Psicología y el aumento experimentado entre los años 1950 a 1970.

Si ésto ha ocurrido en Estados Unidos, no menos cabe decir de lo ocurrido en *nuestro país*, aunque mucho después. Considerando que los estudios de Psicología como disciplina universitaria no comenzó hasta 1968, como una especialización dentro de la carrera de Filosofía y Letras, su desarrollo ha sido enorme. Hasta esa fecha, los únicos estudios de Psicología que existían en España eran los de las Escuelas de Psicología de Madrid y Barcelona. A estas escuelas podían acceder licenciados, después de finalizar cualquier carrera universitaria, y los estudios consistían en dos cursos académicos durante los cuales se estudiaban una serie de asignaturas según la especialización elegida: clínica, escolar o industrial.

El número de Diplomados de la Escuela de Psicología de Madrid durante los 16 años de funcionamiento de la Escuela hasta que salió la primera promoción de licenciados, fue de 1746. Según datos proporcionados por el Colegio de Psicólogos, actualmente existen en España más de 25.000 psicólogos que han salido de nuestras universidades desde 1971. Desde el momento que se instituyó la carrera de Psicología su aceptación por parte de los estudiantes fue muy grande. La mayor explosión se produjo durante el curso 1976-1977. Este curso, el número de alumnos matriculados en Psicología de la Complutense fue de 9.000. A partir de esa fecha el número de alumnos ha descendido ligeramente o se ha mantenido, pareciendo que se ha tocado techo. Por lo que respecta a la UNED, nuestra carrera es la segunda más estudiada a continuación de la Derecho, y durante el curso 86/87 la matrícula ascendió a 8.900 alumnos.

En la actualidad, como ha señalado recientemente *Richard Snow* de la Universidad de Stanford (Estados Unidos), en una Conferencia pronunciada durante la Segunda Conferencia Europea sobre Investigación en Aprendizaje e Instrucción, celebrada en Tübingen (República Federal de Alemania), del 19 al 22 de septiembre de 1987, el número de psicólogos existentes en España, más de 300 por millón de habitantes, es semejante al de Estados Unidos, Israel, Suecia, Finlandia y Bélgica.

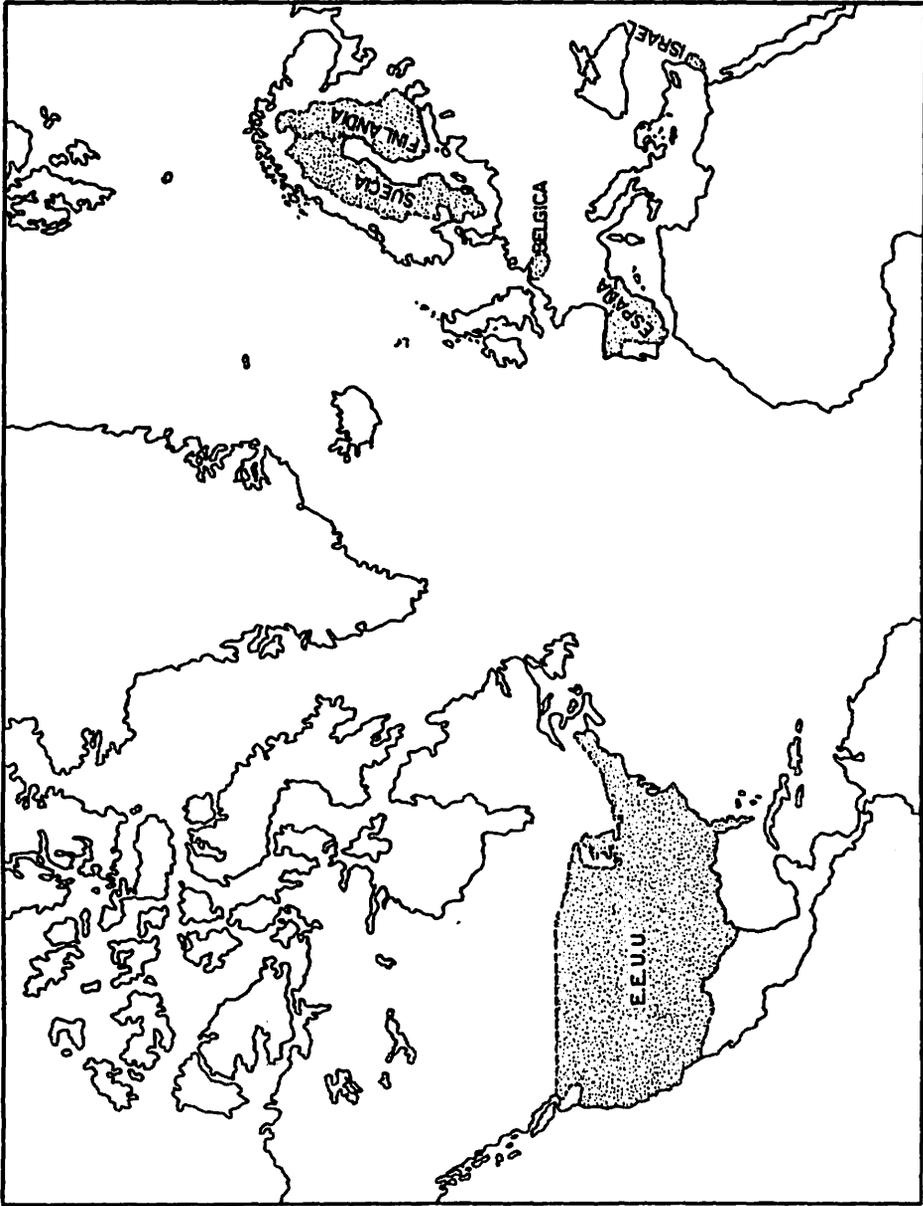


Figura 2

Creemos que este enorme atractivo que la Psicología ejerce en la actualidad entre los jóvenes se debe al tipo de trabajo que el psicólogo realiza. Este profesional intenta mejorar con su trabajo las condiciones de vida y salud mental de sus conciudadanos. Pero no hay que olvidar que la función del psicólogo, aunque trabaje en campos aplicados, está impregnada de contenido científico, no en vano, la Psicología aplicada se nutre de los conocimientos científicos que la Psicología Básica le aporta.

Investigación Psicológica Básica

Toda la actividad desarrollada en Psicología se centra en dos aspectos fundamentales:

1. *La investigación básica y aplicada* que es la que proporciona y desarrolla el conocimiento científico.
2. La utilización de este conocimiento para proporcionar *servicios profesionales* en los diversos campos aplicados de la Psicología: educativo, clínico y organizacional.

En primer lugar nos referiremos a la investigación básica. En este sentido tenemos que señalar que ésta busca ante todo la *verdad científica* a través del paradigma propio de investigación que es el *paradigma experimental*. Paradigma se entiende en este contexto como conjunto de creencias y preconcepciones compartidas por una comunidad científica en un momento determinado. El *paradigma experimental* se basa en los siguientes criterios o preconcepciones:

1. El experimento se deriva de una teoría psicológica en la que algunos conceptos están ligados a variables.
2. El experimento pone a prueba una o varias hipótesis que se derivan lógicamente de las muestras de sujetos, situaciones experimentales y medidas de las variables dependientes e independientes utilizadas.
3. El experimento controla adecuadamente las variables que pudieran interactuar con las variables objeto de estudio.
4. Los resultados del experimento son generalizables a una amplia variedad de situaciones.
5. Sus resultados pueden ser aplicados para solucionar importantes problemas humanos fuera del laboratorio.

Cuando se revisan críticamente los *logros de la investigación básica en Psicología* teniendo en cuenta los criterios propios del paradigma experimental que acabamos de exponer, tenemos que reconocer que los resultados son un poco frustrantes, como han señalado Fishman y Neigher (1982). Sin embargo, ésto es comprensible cuando se tiene en cuenta la estructura de los *premios o reforzadores* que se utilizan en este terreno.

¿Cuáles son estos premios o reforzadores? Revisemos brevemente cuáles y siguen siendo estos premios. El primer lugar lo ocupa la *publicación*. Todo investigador espera y desea que sus trabajos sean publicados lo antes posible. En segundo lugar, el investigador busca el *reconocimiento de sus colegas*. El tercer tipo de reforzadores al trabajo del investigador lo constituye la consecución de *ayudas de investigación*. Quizás el premio o reforzador más importante que un investigador puede recibir es la

promoción académica que generalmente se debe en último término a las publicaciones que haya realizado.

Todas estas gratificaciones dependen muy estrechamente en último término de la *publicación de los trabajos de investigación*. Conseguir que los trabajos de un científico sean publicados y conseguir la seguridad en el empleo, ya sea con el sistema americano de la "tenure" o el sistema de funcionariado que tenemos en nuestro país, constituyen las dos principales preocupaciones del docente que empieza su carrera académica. No cabe duda que la publicación ha jugado un papel decisivo en la evolución de la ciencia contemporánea. Como ha señalado Mahoney (1985), desde que en el siglo XVII apareció la primera revista científica a las más de 40.000 revistas científicas actuales, el cambio cuantitativo experimentado ha sido increíble. Cada 30 segundos aparece un nuevo artículo científico lo que hace que sólo una parte relativamente pequeña de la literatura pueda ser leída por la comunidad científica.

La mayor preocupación del científico en la actualidad suele ser conseguir que los trabajos que escriba sean publicados porque aquellos científicos que logran publicar su trabajo ven aumentadas las posibilidades de obtener empleo, becas y un trabajo estable, además de poder lograr el reconocimiento por parte de sus colegas. Pero ¿qué pasa con los criterios de publicación? Los *criterios actuales de publicación* no favorecen precisamente los criterios propios del paradigma experimental y ésto contribuye a que los logros de la investigación básica en Psicología sean limitados.

Veamos brevemente cuáles son los problemas que plantean *los criterios de publicación y los que influyen en la probabilidad de publicación*:

1. En primer lugar, se aprecian *decisiones de publicación sesgadas y poco fiables* como han demostrado Peters y Ceci (1980). El tema del sesgo en la publicación ha sido también puesto sobre el tapete por la revista *The Behavioral and Brain Sciences*, volumen 5 junio de 1982. El nombre del autor, así como el prestigio de la institución en la que éste trabaja influyen enormemente en las posibilidades de publicar los trabajos de investigación. Autores eminentes que trabajan en instituciones prestigiosas tienen más facilidad para la publicación de sus trabajos, raramente se les pide que revisen sus trabajos o se les pide que realicen revisiones menores, y cuando ésto ocurre, reciben las revisiones más rápidamente. Se juzga muchas veces por el nombre y no por el contenido de los trabajos, aunque por otro lado, es lógico esperar que un científico eminente produzca un buen trabajo.

2. Se suelen rechazar los trabajos que *señala replicación de otro trabajo previo*, así como aquellos trabajos que apoyan la hipótesis nula no logrando confirmar la hipótesis o hipótesis propuestas.

3. Como consecuencia de lo anterior, se infla el número de evidencias confirmatorias.

4. Se valora la *metodología sofisticada* sobre el contenido de la investigación.

5. Se valora poco la *relevancia ecológica*. En este sentido algunos psicólogos se han quejado de esta falta de relevancia ecológica de las investigaciones. Un psicólogo bien conocido como es Neisser (1976) ha pedido a los psicólogos que reemplacen los flaxes taquistoscópicos y las sílabas sin sentido por *la realización de tareas significativas*.

Los cuatro primeros criterios tienen mucha importancia para la investigación básica ya que los resultados de investigación tienen un valor limitado, a menos que puedan ser

replicados y comunicados a través de publicaciones profesionales editadas de manera fiable y no sesgada. El último criterio es de suma importancia para la Psicología Aplicada.

A modo de resumen podemos señalar que parte de los problemas que la Psicología Básica tiene planteados en la actualidad están relacionados con los incentivos o gratificaciones que se conceden a los profesionales que se dedican a la investigación y, en especial, con la publicación y los sesgos que en su seno se producen.

Investigación aplicada

A nivel de la investigación aplicada existen dos posiciones diferentes dentro de este área:

1. La que defiende que la investigación aplicada consiste en la aplicación de los principios teóricos derivados de la investigación básica a la solución de importantes problemas psicológicos y sociales.

2. La que defiende que investigación básica e investigación aplicada funcionan con paradigmas diferentes, el de la ciencia y el de la tecnología.

Para los defensores de la primera postura, éste es, que la *investigación aplicada es una extensión de la básica*, los problemas que existen en la investigación básica, existen también en la aplicada. Para los que defienden la segunda postura, los logros de la investigación aplicada entendida como *tecnología*, han de juzgarse por sus propios méritos. Por tecnología se entiende un procedimiento o secuencia de actividades que conducen a un fin práctico.

Diferencias entre Ciencia y Tecnología

Ciencia (Invest. Básica)	Tecnología (Invest. Aplicada)
1. Visión Cartesiana de la Investigación.	1. Visión Baconiana de la Inv.
2. Tradición de libertad académica.	2. El área de estudio determinado por las necesidades sociales.
3. Énfasis en los estudios controlados de laboratorio.	3. Énfasis en la investigación de campo realizada en el mundo real.
4. Énfasis en la prueba de hipótesis.	4. Énfasis en la observación sistemática.
5. Énfasis en lo teórico, Conocimiento basado en la teoría.	5. Énfasis en la aplicación práctica. Reducción de los problemas psicológicos.

En el Cuadro 1 pueden verse las diferencias entre investigación básica y aplicada entendidas como dos paradigmas diferentes, el de la ciencia y el de la tecnología. El

primero está relacionado con la visión Cartesiana de la ciencia y el segundo con la visión Baconiana.

Las diferencias entre ambas posturas pueden resumirse de la siguiente manera:

1. El investigador que adopta la *postura Cartesiana* y se adapta al paradigma de la ciencia, ve a sus colegas como competidores y lo que le interesa es llegar el primero a la meta, lograr el primero un determinado descubrimiento. Por el contrario, la *posición Baconiana* está asociada con el paradigma de la tecnología. La investigación es una actividad cooperativa, de equipo, marcada por una clara división del trabajo y encaminada al logro del bienestar humano.

2. A nivel de investigación, la visión Cartesiana de la ciencia defiende la libertad académica. El investigador tiene derecho a investigar lo que le interese. El propio investigador puede decidir su campo de estudio. La *visión Baconiana*, sin embargo, hace hincapié en que el investigador aplicado debe investigar aquello que un programa claramente articulado de intereses públicos, considere como un problema al que hay que dar una solución.

3. El *investigador básico* realiza su función normalmente en el seno del laboratorio, en una situación experimental que puede ser perfectamente controlada. La *investigación aplicada* se centra en la significación clínica frente a la simplicidad de la respuesta y pone énfasis en la complejidad situacional frente a la simplicidad de los hechos que se estudian en el laboratorio. También le interesan las diferencias individuales y destaca la heterogeneidad de la población frente a la homogeneidad de los sujetos por la que se interesa la ciencia que busca fundamentalmente leyes generales en lugar de excepciones a la regla.

4. La *investigación básica* desde el paradigma cartesiano pone a prueba hipótesis derivadas de una teoría y la mejor forma de lograr este objetivo es crear situaciones controladas, ésto es, situaciones artificiales creadas en el ámbito del laboratorio. Por otro lado, la *tecnología* se enfrenta al mundo real. Es necesario que tenga una visión clara y sistemática de los fenómenos sociales. De aquí que use medidas tipificadas y normas a gran escala.

5. El *objetivo final de la ciencia* es el desarrollo de la teoría mientras que el de la tecnología va encaminado hacia la acción práctica. Podemos decir que el conocimiento basado en teorías equivale a desarrollar un producto de alta calidad y fiabilidad, sin tener en cuenta otros factores, mientras que la *preocupación por conseguir una guía de acción práctica* equivale a preocuparse no solo de la calidad y fiabilidad del producto, sino también a su facilidad de comercialización, su posibilidad de producción a gran escala, su costo efectivo, etc.

El modelo de la investigación aplicada como tecnología no tiene hoy demasiada aceptación, si se exceptúan ciertos tratamientos de modificación de conducta o la construcción de cuestionarios y tests psicológicos. La mayor parte de las tecnologías desarrolladas por los psicólogos han sido de tipo escrito como son los tests de evaluación psicológica o los entrenamientos para realizar diversos procedimientos terapéuticos en psicología clínica. Sin embargo, los psicólogos utilizan equipos cada vez más sofisticados para desarrollar su actividad, como es el caso de la utilización de sensores eléctricos en procedimientos de biofeedback, y el uso del ordenador para la corrección e interpretación de tests y cuestionarios psicológicos.

En la actualidad, como ha señalado Crawford (1985), la *tecnología* se desarrolla por un equipo compuesto por personas de diferente formación y experiencia que trabajan como grupo. Sus esfuerzos están encaminados a producir una contribución única que ayuda a la resolución del problema que se tiene entre manos, siempre dentro de una visión Baconiana de la tecnología.

La Psicología Aplicada, a través del servicio profesional que dispensa, se implica directamente en los asuntos de cada día. En este punto, la relación que existe entre el estado de la tecnología y la calidad del servicio que proporciona el profesional es muy directa. Cuando un cliente, paciente u organización plantea sus problemas a un profesional, éste no puede investigar el problema para desarrollar un procedimiento eficaz que lo resuelva. Antes bien, esa persona es un profesional porque tiene a su disposición una serie de procedimientos técnicos y es capaz de seleccionar de entre ellos, aquel que resulta más efectivo para la solución del problema que tiene planteado.

Un plan de acción para la Psicología

El objetivo más importante de la Psicología en estos momentos es doble. Por un lado, mejorar la calidad de la investigación básica y aplicada. Por otro, unir estos dos tipos de investigación de la manera más estrecha posible con los servicios que la Psicología presta en el ámbito profesional, entrenamiento y formación de nuevos psicólogos, etc.

Como los recursos existentes son escasos, lo más importante que la Psicología tiene que hacer en estos momentos es planificar el uso de estos recursos de una manera explícita y sistemática. Para ello se propone el siguiente plan de acción:

Por un lado, se hace necesaria la reforma de la *investigación básica*. Como y hemos señalado, los posibles logros de la Psicología están siendo minados por un sistema de reforzadores que no tiene en cuenta los preceptos fundamentales del área. Como posible solución al principal problema que es el de la publicación parece que sería necesario que las revistas españolas y extranjeras exigieran un mínimo de repeticiones de un experimento antes de dar como válido un resultado y aconsejar su publicación. Recordemos, que lo que sucede es justamente lo contrario, las revistas no suelen publicar trabajos que supongan la replicación de trabajos previos. De esta manera, aunque se reduzca el número de publicaciones aumentará el valor de las mismas.

Otro aspecto importante que ayudaría a aumentar el valor práctico de la investigación sería tener en cuenta ciertas normas de importancia ecológica, tales como favorecer la publicación de ciertos artículos que contengan consideraciones explícitas sobre la importancia práctica del experimento y las posibles aplicaciones de los resultados del mismo para la posible solución de problemas psicológicos. Esto no quiere decir que no sean necesarias cierto número de publicaciones dedicadas a temas puramente teóricos o metodológicos, sino que se tenga en cuenta la necesidad de publicar trabajos de relevancia ecológica.

Con respecto al sesgo que se aprecia en la publicación y los peligros que entraña la evaluación por los iguales, parece necesario establecer alguna forma standarizada de evaluación que se debería aplicar a todos los trabajos que llegan a las revistas especializadas para su publicación.

Por lo que respecta a la *investigación aplicada* sería de interés que pudieran ponerse en práctica algunas de las sugerencias que se hacen a continuación:

—Sería de gran interés que se desarrollara el paradigma de investigación tecnológica y se le diera la misma importancia que al enfoque científico.

—Además, en una sociedad como la nuestra, en la que los recursos dedicados a la investigación y a los programas sociales son muy limitados, éstos deberían dirigirse hacia la solución de problemas sociales. En el caso de que existan varias alternativas o varios programas de intervención diferentes, deberían ser probados y evaluados de manera sistemática con el fin de determinar cual es el que resulta más efectivo y menos costoso.

—También sería bueno, aplicar los conocimientos derivados del campo de la evaluación psicológica a la forma de evaluar a los estudiantes de Psicología de nuestras Universidades. Muchos de los exámenes que se realizan a nuestros estudiantes, se basan demasiado en la superación de pruebas tipo test, de dos alternativas o de alternativas múltiples que en ocasiones carecen de validez como medida de aptitud de nuestros estudiantes sobre su capacidad para prestar servicios profesionales competentes. Sobre todo, durante los últimos cursos se debería medir su capacitación a través de algún procedimiento basado en la actuación.

—Un hecho importante que favorecería la formación de nuestros alumnos consiste en la creación de centros de "*servicios integrados*". Este es un problema importante, no sólo en nuestro país en el que la Psicología es una especialidad muy nueva, sino también en otros muchos países e los que la Psicología tiene larga tradición, el mundo académico es un mundo separado del mundo en el que se va a desarrollar el trabajo del futuro psicólogo aplicado. Cuando termine su carrera, la mayor parte de los alumnos se dedicará al campo educativo, al campo de la salud pública o al campo de la empresa. El mundo de la formación y el mundo de la profesión continúan siendo dos mundos separados. Una posible solución, aunque no una solución sencilla a este problema, podría ser dotar a nuestras facultades de Psicología de un "centro de servicios integrados" en el que entren en contacto las aportaciones del mundo académico con la práctica aplicada a la que hace referencia el servicio público al que está abocado nuestra profesión.

Estas son sólo algunas medidas que podrían mejorar tanto el panorama de la psicología básica como aplicada. No pensamos, sin embargo, que sean fáciles de aplicar aunque si creemos que éste puede ser el camino por el que debe dirigirse la Psicología de finales del siglo XX.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BENJAMIN, T. Jr. (1986). — "Why they don't understand us. A history of psychology's public image". *American Psychologist*, 41, 941-946.
- CRAWFORD, M. (1985). — "Psychology, technology, and professional service". *American Psychologist*, 40 (4), 415-422.
- FISHMAN, D. B. & NEIGHER, W. D. (1982). — "American psychology in the eighties, who will buy". *American Psychologist*, 37 (5), 533-546.
- MAHONEY, M. J. (1985). — "Open exchange and epistemic progress". *American Psychologist*, 40 (1), 29-39.
- McKINNEY, F. (1976). — "Fifty years of Psychology". *American Psychologist*, december, 834-842.
- PETERS, D. P. & CECI, S. J. (1982). — "Peer-review practices of psychological journals: The fate of published articles, submitted again". *The Behavioral and Brain Sciences*, 5, 187-195.
- SNOW, R. (1987). — *European Research on Learning and Instruction from an American Perspective*. Second European Conference on Learning and Instruction. Tübingen, R. F. of Germany, september 19-22, 1987.
- THE BEHAVIORAL AND BRAIN SCIENCES, (1982), 5, (2), 185-255.

La Psicología en España. Ciencia y profesión

Helio Carpintero

En este ciclo pensado en torno al problema del presente y del futuro de la Psicología, me parece que es al menos conveniente, pensar un poco sobre la Psicología en España, porque es justamente el marco, el contexto básico en el que nos tenemos que mover.

Como la evolución de la Psicología en España ha tenido problemas y particularidades que no son sin más generalizables a otros países, es conveniente que al menos sepamos cuál ha sido la trayectoria de la evolución de nuestra ciencia y también cuáles han sido las resistencias y dificultades con que se ha enfrentado la Psicología en nuestro país, como conocimiento y como profesión, porque las dos dimensiones, las dos y no sólo una, tienen que ser objeto de reflexión por parte de los psicólogos y de la sociedad que se ocupa y se interesa por la Psicología.

Porque, efectivamente, la Psicología es conocimiento, pero es también hoy una profesión, y como tal tiene dimensiones que no se reducen a las de una pura ciencia, sino que implican aspectos de intervención y de aplicabilidad social, y por supuesto dimensiones también de responsabilidad colectiva, que le obligan a hacer frente a problemas que la sociedad tiene hoy y para los cuales la Psicología tiene alguna palabra que decir.

La interacción entre el conocimiento y la profesión no ha sido y todavía no es una relación que esté resuelta suficientemente. Aquí, como ejemplo, me referiré a dos hechos de la Psicología americana. A principios de siglo aquí, James McKeen Cattell quiso y promovió una aplicación de la Psicología a partir de los tests, al mismo tiempo que otro de los grandes psicólogos que entonces estaba en Estados Unidos, E. B. Titchener, decía y se manifestaba en contra de la aplicación de la Psicología, porque le parecía que esa aplicación perturbaba y desnaturalizaba la investigación de laboratorio. Esa oscilación entre una Psicología de laboratorio y una Psicología de compromiso y de aplicación social sigue siendo hoy un problema gravísimo que siguen viviendo los psicólogos de Estados Unidos. Por eso, en la American Psychological Association (APA), hay hoy una visible tensión entre los Psicólogos profesionales y los que llamaríamos académicos, viviendo en una situación en que no está claro si es mejor mantener su unidad, o cambiar y convertirse en dos sociedades, una científica y otra profesional.

Este problema no es, pues, un problema español: es un problema general, el problema que se establece entre el científico investigador y el técnico profesional que aplica el conocimiento a los casos concretos; pero en Psicología ambas dimensiones son fundamentales, y por eso pretendo que ambas dimensiones estén aquí presentes.

La evolución de la Psicología en nuestro país ha sido muy particularmente una evolución doble. Una es la evolución de lo que llamaríamos Psicología aplicada, y otro el desarrollo de la Psicología científica e investigadora.

Nuestro país ha sido, como otro muchos, un país que ha recibido la Psicología científica. No la hemos inventado nosotros, la hemos tomado desde fuera, y al hacerlo nos ha atraído algo que resultaba útil a nuestros propósitos en algún sentido. Es decir, desde el principio en España, en los finales del siglo XIX y principios del XX, hubo un interés por aplicar la Psicología, sin que fuera acompañada al mismo tiempo por una investigación propia y original.

Hay en esto una cierta continuidad con nuestra más antigua tradición. Nuestros primeros psicólogos renacentistas, como Luis Vives, y Juan Huarte de San Juan, son precisamente, como muchas veces se ha notado, dos hombres preocupados por la Psicología aplicada.

En efecto, Vives dijo en su "Tratado de Psicología" que no le preocupaba qué era el alma, sino cómo funcionaba: "No es cosa que nos importe demasiado saber qué es el alma, aunque sí y en gran manera, saber cómo es y cuáles son sus operaciones" (Lib. I, c. 12). Por eso el libro se llamaba "Del alma y de la Vida", porque lo que importaba era justamente esa vida cuando el alma funciona. Luis Vives estaba preocupado por los problemas psicológicos porque, como buen humanista, estaba extremadamente interesado e implicado en la vida concreta del hombre en este mundo, en cómo formarle para la vida. Por eso le preocupaba la pedagogía, la educación, y estaba convencido de que la Psicología podía ayudar precisamente con un conocimiento del comportamiento de los hombres que posibilitara una aplicación más efectiva de los métodos de formación.

Esa aplicación de la Psicología a la educación la recoge también como idea clave Juan Huarte de San Juan. También él piensa que para formar correctamente a los hombres hay que ver cómo son sus ingenios. Unos valen para unas cosas, otros valen para otras. Huarte de San Juan cuenta cierta estupenda historia, de cómo entraron tres jóvenes a los estudios, y comenzaron a mostrar grandes diferencias en sus habilidades: "Porque entamos tres compañeros a estudiar juntos latín, y el uno lo aprendió con gran facilidad, y los demás jamás pudieron componer una oración elegante. Pero pasados todos tres a dialéctica, el uno de los que no pudieron aprender gramática salió en las artes un águila caudal y los otros dos no hablaron palabra en todo el curso. Y venidos todos tres a oír astrología, fue cosa digna de considerar que el que no pudo aprender latín ni dialéctica, en pocos días supo más que el propio maestro que nos enseñaba, y a los demás jamás nos pudo entrar" (cap. 1). Desde entonces, dice Huarte que empezó a pensar que habría que examinar a las personas y prepararlas para aquello para lo que estén capacitadas, lo que sería la única manera de reformar verdaderamente la sociedad.

Huarte tenía una concepción estrictamente aplicada a la teoría constitucionalista de la personalidad. El hombre tiene una estructura psicológica en función de su constitución psicofísica; si descubrimos cual es su verdadera capacidad entonces podremos dedicarlo a aquello para lo que resultará más útil y creativo; podremos transformar la sociedad. Huarte estaba convencido de que, para que una sociedad prosperara, hacían falta muchos hombres inteligentes; además, estaba convencido de que, como las mujeres son muy húmedas y los hombres muy secos, aquellas tendrán memoria pero no tienen inteligencia, estando ésta reservada para los hombres. Por eso, creía que era bueno enseñar a todos a fabricar varones y no mujeres y formuló ciertas reglas bastante convenientes a su juicio para lograr tan importante fin, formulando una incipiente

eugenesia en su libro. ¡Hasta tal punto era un hombre preocupado por la Psicología y por las técnicas aplicadas!

Estas ideas vienen a cuento aquí tan solo para que se vea que ha habido en los comienzos de la Psicología española una profunda, una muy fuerte implicación de las dimensiones prácticas de este conocimiento.

Sólo añadiré aquí el recuerdo de Mariano Cubí, una figura que nunca se suele traer a colación, pero cuyo papel en la historia de nuestras ideas psicológicas no puede ser minusvalorado. Era un catalán que en el siglo XIX, después de haber ido a los Estados Unidos, volvió con la buena nueva del evangelio de la frenología, que fue propagando por todas partes. Su vida tiene un cierto sabor novelesco, topando en cierta ocasión con el Arzobispado de Santiago, manteniendo polémicas, y haciendo diagnósticos por las cárceles y las plazas. La frenología era un conocimiento aplicado al diagnóstico de las habilidades de la persona gracias al examen del cráneo de los individuos, y en ella nuevamente aparece la preocupación y el interés por una Psicología aplicada.

Cuando venimos al momento en que se inicia un tímido desarrollo de la Psicología científica en nuestro país, a fines del siglo XIX; cuando se empieza a mencionar y a leer las obras de Wundt, de Maudsley o de Ribot, de todo lo que se llamaba en ese momento la Psicofísica, y se va a traer esa Psicología nueva como ciencia, se hace todo esto para apoyar otras cosas. ¿Cuáles?

Inicialmente, yo diría que la Psicología interesa para apoyar dos grandes cosas, la educación, y el ajuste social y la rehabilitación de deficientes y accidentados. Podríamos decir así que hay un primer periodo de introducción, de asentamiento de una inicial Psicología aplicada, donde habría habido una "Psicología sin Psicólogos", una psicología en manos de otras profesionales interesados en aplicar ciertas técnicas psicológicas a sus propios problemas.

El momento en que esa primera Psicología llega a nosotros, lo podríamos situar entre los años 1902 y 1920.

En efecto, en 1902 se creó una cátedra de Psicología en la Universidad de Madrid, que había de ocupar D. Luis Simarro, quien antes ya había disputado la cátedra de Histología, de Madrid, a Ramón y Cajal. Simarro fue desde entonces catedrático de Psicología en la Facultad de Ciencias, y comenzó entonces un cierto esfuerzo por ir acercando la nueva Psicología a nuestro mundo intelectual, tratando de combinar dos grandes líneas, la Psicología fisiológica de los alemanes, y la Psicología asociacionista y descriptiva de los ingleses.

Ya desde ese primer momento se puede entrever lo que en nuestro país ha sido casi una constante: el no llegar a tener una escuela ortodoxa de Psicología, porque siempre acabamos haciendo reajustes para que las cosas se arreglen de un modo un tanto ecléctico y el conflicto teórico se diluya al fin.

Tiene en esta época un valor casi simbólico el nombre de D. Luis Simarro, porque siendo el primer catedrático de Psicología, no debe haber dejado más de veinte artículos, de los cuales la mayoría son exposiciones de pequeños temas, uno es una conferencia de las teorías del sistema nervioso y otro una síntesis del proceso mediante el cual funciona la memoria, que él llamó "iteración", es decir, la asociación mediante la ley de ejercicio, algo bien conocido por todos en su tiempo. De modo que Simarro casi no escribió nada, y eso que escribió lo hizo de modo muy poco personal. Cierta

que se interesó grandemente por los problemas sociales, y que sufrió mucho con el proceso a Ferrer, fundador en Barcelona de la escuela nueva; pero no acabó de hacer ciencia, aunque tuvo algunos discípulos, con los que había de echar a andar la psicología entre nosotros. Pero también aquí hay cierto extraño sino flotando sobre el grupo, como inmediatamente vamos a ver.

Uno de los grandes discípulos suyos fue Juan Vicente Viqueira, que a los veintitantos años se murió, tras haber estado en Alemania y en Francia, donde se había formado con Husserl, Bergson, y sobre todo, había estado con George Elias Müller, trabajando con él, y llegando a publicar un artículo sobre memoria y aprendizaje de sílabas en una revista especializada alemana. Posiblemente, él ha debido ser tal vez el único español que ha publicado un artículo en alemán sobre psicología antes de 1936. Pero con todo, este hombre muy pronto estuvo enfermo y no pudo hacer realmente Psicología, de modo creador.

Otro discípulo de Simaro ha sido Gonzalo Rodríguez Lafora, un médico psiquiatra, neuropatólogo, con una enorme atracción por la Psicología, pero que proyectó sobre ella una atención especialmente clínica y derivada, orientando su interés entonces hacia problemas clínicos en donde lo psicológico estaba implicado.

Lafora tuvo una extremada importancia en el desarrollo de esta Psicología española, pero, vuelvo a decirlo, con un sentido clínico. ¿Y qué preocupaba en la clínica en este primer momento? Por una parte, preocupaba en todo el mundo el diagnóstico de los niños anormales. Se había hecho un enorme descubrimiento, el de la eficacia de los tests, pues se había mostrado que el test de Binet y Simon permitía un conocimiento del individuo que lo situaba definiendo las condiciones de su posible capacidad educativa. El test se había convertido en el elemento simbólico de todo lo que un psicólogo podía ofrecer a la sociedad. Era pues preciso traer tests a España, y esto es lo que empezaron a hacer unos pocos hombres, Lafora entre ellos, para la reeducación de los niños "mentalmente anormales".

En estos primeros años que van desde principios de siglo al año 1920, en Madrid uno de los focos de interés, tal vez el dominante, lo podemos concentrar así en esa preocupación clínica por los niños mentalmente anormales y su psicopatología.

En Barcelona las cosas han ido por un camino un poco distinto. En Barcelona hay un país mucho más industrializado, hay una problemática un poco diferente. Algunos grupos están interesados en promover una mejora social, y hacen el esfuerzo de promover un asesoramiento psicológico para la formación de aprendices que mejore la cualificación del personal laboral. Se funda en 1912 un Secretariado para la formación de aprendices que iba a hacer inmediatamente después orientación y diagnóstico profesional.

De este modo, pues, se va desarrollando en España un interés inicial hacia la psicología a lo largo de dos ejes: el de la aplicación al mundo escolar, (incluidos aquí los niños con problemas), y el de la utilización en el mundo industrial y laboral. Comenzamos a andar en Psicología trayendo ideas de fuera, y muy principalmente buscando tests y tratando de ajustarlos a las características de nuestra población.

Al mismo tiempo que se desarrolla esa preocupación por la Psicología comienza muy lentamente también a publicarse una revista, expresión de una cierta inquietud científica creativa en donde la Psicología tendrá un pequeño peso, los *Archivos de*

Neurobiología que se publican desde 1920. Estamos en el fin de la primera etapa de nuestra historia.

La preocupación que había surgido en estos años por aplicar una Psicología a ciertos problemas genera una segunda etapa que situaríamos entre 1921 y 1936, a la que se podría caracterizar como la época de la formación de una psicotécnica española.

¿Por qué la llamo así? Porque la raíz y la preocupación aplicada de los años anteriores genera al fin unos primeros núcleos de institucionalización de la Psicología aplicada, y aquí ya empieza a haber personas que paulatinamente se van orientando hacia la Psicotecnica, entran en relación con el extranjero y son capaces en 1921 y luego en 1930 de organizar dos Congresos Internacionales de Psicotécnica, que tuvieron lugar en Barcelona.

La persona clave en este momento emerge en Barcelona y es Emilio Mira y López. Otra persona que quizá con menos brillo y un poco más a la sombra del Dr. Lafora trabaja en esta dirección es el Dr. José Germain. Emilio Mira y José Germain son dos médicos, pero son tal vez los primeros nombres en que uno podría poner al lado la calificación de "psicólogo", aunque quizá habría que ponerlo entre comillas, porque se ocuparon personalmente por hacer investigación para hacer una aplicación de métodos diagnósticos adecuados a la realidad de nuestro país en aquellos años.

Por fin el Dr. Germain, con Mercedes Rodrigo, pudieron publicar la primera adaptación del test de Terman en 1930, con el título de *Pruebas de Inteligencia*. Puso el prólogo al libro el Dr. Lafora, un prólogo donde dice unas cosas que deben ser tenidas aquí en cuenta. En efecto, el Dr. Lafora dice que el conocimiento psicológico ha llegado a una situación tal en los tests, que estos son utilizables ya con pequeños márgenes de error por personas no especializadas en los estudios psicológicos. La creencia que aquí late de que los elementos o instrumentos psicotécnicos eran tan objetivos, tan estructurados, tan perfectamente utilizables por cualquiera, desarrolla una convicción según la cual podríamos movernos cómodamente en una Psicología sin Psicólogos, un gravísimo malentendido que incluso todavía hoy tenemos que despejar. Ahí se plantea un problema muy grave: la indefinición o la mala definición del rol del psicólogo en nuestra sociedad, que aparecería como independiente de los instrumentos y las aplicaciones que crea, así como de la construcción teórica sobre la que se sustenta su práctica.

Hay que reconocer, sin embargo un creciente esfuerzo por ir dando cada vez mayor papel a la dimensión de la psicología como conocimiento, a su dimensión científica y a su dimensión institucional. Entre los años 1920 y 1930, en España se publican libros que permiten tener una información de primera mano del psicoanálisis, porque se tuvo aquí antes que en ningún otro sitio una colección de obras completas de Freud; también se traduce aquí en el mismo momento en que se publica en todo el mundo el libro sobre Los Reflejos Condicionados, de Pavlov, con un interesante prólogo del doctor Marañón. Al mismo tiempo se publican, a veces antes en francés, los primeros libros de Piaget, y se siguen publicando no sólo obras de psicoanálisis y de la Escuela de Ginebra, sino también la Psicología de la Gestalt, y precisamente Ortega desde la Revista de Occidente apoya la incorporación a España de las ideas de la fenomenología, de Brentano, Spranger o Dilthey. En suma, en esos años hay un admirable latido cultural en nuestro país, y vienen a dar conferencias figuras como Köhler, o Cannon,

Michotte, o Piéron. Emilio Mira da muy pronto información sobre el conductismo americano en Iso "Archivos de Neurobiología", y va al Coingreso Internacional de 1929 en Yale con la descripción de un aparato que ha inventado para hacer diagnóstico de habilidades de conducción, el perceptotaquímetro. Esta es una primera versión de nuestra Psicología aplicada que ya va hacia afuera, es una primera psicotécnica que paulatinamente va encontrando cierto apoyo y cierto nivel institucional. De este modo se empieza a tejer entre nosotros la textura del conocimiento conceptual de lo que estaba haciendo la Psicología occidental de los años veinte, con unos desarrollos dentro del país originalmente centrados en la Psicología aplicada.

De todas las maneras, esa Psicología que empieza a institucionalizarse sufre una crisis total con la guerra civil. Tenemos que ser conscientes de que la guerra civil supuso un corte abrupto y gravísimo al desarrollo de una ciencia normal que paulatinamente iba incorporándose a nuestra cultura.

Como consecuencia de la tragedia, se produjo la emigración de muchos de los científicos que estaban en ese momento ocupados en investigaciones psicológicas. Emilio Mira, por ejemplo, acabó sus días en el Brasil, y toda la obra posterior a la guerra civil es una obra hecha en la emigración. No fue el único. Mercedes Rodrigo, el doctor Lafora, entre otros muchos, hubieron de partir.

Entre tanto, en España hubo un intento de sustituir la Psicología científica por una renovada Psicología escolástica, una Psicología filosófica montada fundamentalmente sobre las ideas medievales de Santo Tomas y tratando de hacer de esa Psicología un conocimiento filosófico, pero no una técnica de aplicación social. Frente a semejante intento, paulatinamente un pequeño grupo de personas que se reunieron en torno al Dr. Germain comenzaron un movimiento de recuperación de la Psicología científica, y, cosa curiosa, esa recuperación científica se hace, otra vez, al hilo de la Psicología aplicada.

En 1948, D. José Germain consigue que se cree un Departamento de psicología Experimental en el marco de un Instituto de Filosofía en lo que entonces era el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el máximo organismo de investigación. Allí se hace un pequeño espacio a la Psicología donde se sitúa el Dr. Germain con unos cuantos nombres más: José Luis Pinillos, Mariano Yela, Miguel Siguan, Francisco Secadas, el Padre Manuel Ubeda, Jesusa Pertejo, un grupo muy pequeño de personas pero muy decidido y entusiasta. Empiezan a recuperar los tests, de aptitudes mentales de Thurstone, adaptado por Secadas (AMPE), y se hace otro de personalidad (CEP) que incorpora dimensiones puestas de relieve por Eysenck, gracias al trabajo de Pinillos, que ha estado en contacto muy directo con el grupo de aquel, en Londres; y se desarrolla, en fin, un núcleo de investigación psicotécnica, en donde Yela trabaja y hace aplicaciones inmediatas de orientación y selección profesional, mientras Siguan se ocupa del TAT y Jesusa Pertejo estudia otras pruebas de orientación más dinámica. y hay un gran proyecto que tienen a todas estas personas en juego y es la selección de pilotos. Estados Unidos permiten estudiar y adaptar toda una serie de tests y se hace aquí una magnífica batería luego utilizada para la selección de esos profesionales. Esa tarea lleva un poco en vilo a la totalidad del Departamento, y así nuevamente se recupera la Psicología científica precisamente desde esa dimensión aplicada. pero ya hacia 1950, se han dado algunos pasos decisivos hacia la institucionalización de este

conocimiento: se ha creado una revista, la *Revista de Psicología General y Aplicada*, se ha constituido ese Departamento, y se va a iniciar la formación en Psicología a nivel de la Universidad con una escuela de posgrado en Madrid, y luego otra en Barcelona.

Hubo además en los años cincuenta una incorporación de la psicología a la Universidad que permitió que hubiera catedráticos de Psicología en la Universidad formados ya dentro del grupo de Germain. Por eso pienso que desde 1950 empieza a incorporarse esa Psicología científica de manera más activa a las actividades culturales de nuestro país, en un proceso que cabría hacer llegar hasta 1968, con la aparición de una primera licenciatura universitaria de Psicólogo.

En este periodo hay la preocupación por ir logrando la institucionalización plena de la Psicología en España pero como ha dicho con mucha razón Yela aquí se empezó no desde abajo sino desde el tejado: empezamos teniendo unas escuelas de especialización y profesionalización en Psicología, pero no teníamos una formación universitaria de pregrado, es decir, no teníamos una licenciatura. De esta manera, seguimos teniendo una situación en donde profesionales de otras especialidades se convertían en Psicólogos, y no había una creación de la Psicología desde dentro y de una manera original y propia. Hay toda una serie de editoriales de la *Revista de Psicología General y Aplicada* diciendo que es necesario hacer una Psicología independiente, empezando por hacer la Psicología desde la Universidad. En todo caso, esa diplomatura en psicología sin embargo ya fue un paso porque, si hasta aquí habríamos tenido una Psicología sin Psicólogos, comenzábamos por lo menos ahora ya a tener un Psicología con Psicólogos, lo que no es poco.

Nuestro esfuerzo ha consistido, por tanto, en que la Psicología que empezó sin Psicólogos fuera crecientemente una Psicología con un Psicólogo cada vez mejor capacitado, cada vez mejor preparado desde la raíz, mejor dispuesto a enfrentarse con los problemas de la participación práctica y técnica.

Y en este sentido hemos vivido desde 1968 lo que yo llamaría un período de asentamiento profesional y científico creciente. Ha habido ciertos pasos que me parecen importantes y que han transformado la situación.

El primer factor que se ha producido ha sido la incorporación definitiva de la Psicología a la Universidad. Hay que tener presente que la Psicología surgió en Alemania y se desarrolló en Estados Unidos de una manera radicalmente original y creativa, muy posiblemente porque disputaron del mecanismo de investigación que la Universidad hace posible. Es decir, la Psicología comenzó en el mismo momento que tuvo una plataforma universitaria.

Aquí tuvimos esa inicial plataforma sólo desde 1968. Si se examina por ejemplo la evolución de las publicaciones en Psicología en las últimas décadas, aparece muy claramente que a partir de los años setenta se multiplica el número de revistas que se publican. La explicación más sencilla es que se ha multiplicado el número de grupos e investigadores que están trabajando. Por tanto, en este momento se produce un primer factor de transformación, que es la incorporación de la psicología plenamente en la Universidad pero además con ello se lleva a cabo un desarrollo científico y conceptual. El hecho mismo de que la Universidad requiera de especializaciones, lo que ahora venimos llamando 'áreas de conocimiento', va produciendo de una manera casi mecánica la aparición de grupos que se concentran en áreas y problemas determinados.

Así se va haciendo posible la división del trabajo, y por tanto el principio de especialización y de diversificación en la investigación.

Al incorporarse la Psicología a la Universidad no simplemente empieza a haber profesores de Psicología. Es algo mucho más importante, es que se hacen posibles ciertas condiciones sociales objetivas que permiten la aparición creciente de la especialización, y la existencia social de la investigación en unas condiciones que antes no había; comienza aquí en cierto sentido un nuevo tipo de crecimiento.

Pero nuestro país vive con una Universidad que fundamentalmente se piensa como un instrumento que da títulos profesionales. Por eso, inmediatamente se hacen patentes las consecuencias de la actual masificación universitaria, de tan graves y negativos efectos.

¿Qué ocurre? Simplemente que mientras las escuelas de posgrado, pudieron dar salida a dos o tres miles de Psicólogos en quince años, en el mismo momento en que las Universidades ponen la especialización en Psicología surgen muchos miles de Psicólogos en muy poco tiempo, con todos los problemas que eso pueda entrañar.

El desarrollo de los años setenta significa un crecimiento estructural de la Psicología como conocimiento, y también como profesión. Tendrá un valor simbólico, si se quiere, pero lo cierto es que 1980 es el año en que se establece la primera Facultad de Psicología como tal y además se constituye un Colegio Oficial de Psicólogos, de modo que la dimensión profesional y la dimensión científica adquieren un horizonte distinto, lleno a un tiempo de posibilidades y de problemas.

¿Cuáles son los problemas que a mi modo de ver podríamos perfilar en esta nueva situación?

Hay unos problemas que corresponden a la Psicología como conocimiento y otros que corresponden a la Psicología como profesión.

Un problema de la Psicología como profesión es que la Psicología ha comenzado por sufrir la influencia de la ley normal del mercado. Se ha producido más producto que el que la demanda requería: podemos estar al borde de tener más Psicólogos de lo que en un primer momento la sociedad puede absorber; podemos tener muchos más profesionales que puestos claramente definidos en el marco social, lo que da origen a problemas de carácter laboral.

En segundo lugar en este crecimiento muy rápido en la formación de Psicólogos, no se ha clarificado suficientemente cuál es el rol que el psicólogo puede desempeñar en el marco social al cual está destinado. Como consecuencia de ello, aparecen situaciones más o menos conflictivas. El psicólogo que va a dedicarse a la aplicación de sus conocimientos en un marco clínico, o industrial, y desde luego en lo educativo, se encuentra con que en esas áreas hay otros profesionales más o menos implicados dentro de ellas respecto de los cuales, como su rol del psicólogo no está perfectamente clarificado entra en conflicto con una cierta desventaja, porque llega como profesional más nuevo que los otros a un campo que ya está en buena medida ocupado.

Y la cosa se complica cuando resulta que la demanda de Psicólogos tiende a ser todavía muy indiferenciada en nuestra sociedad, y en buena medida es una demanda genérica que con mucha frecuencia no exige particular preparación a los psicólogos que se ofrecen a atenderla. Mientras en buena medida al psicólogo académico le preocupa la Psicología como ciencia, y busca elevar el nivel de su conocimiento, al

profesional le importa la aplicabilidad de los conocimientos, y a veces surgen problemas en el sentido de si una real orientación hacia la Psicología aplicada debería de convertirse en una preparación o formación casi exclusivamente tecnológica, orientada hacia la formación de un psicotécnico, corriéndose el riesgo de perder de vista la formación básica, y el conocimiento de los procesos básicos a que un psicólogo tiene que hacer frente.

Estamos corriendo el riesgo, a veces, de perder de vista que toda aplicación tiene que ser la aplicación de unos conocimientos generales, y de unas leyes generales del comportamiento, junto a técnicas muy concretas y específicas. Así, la tensión entre una formación muy orientada a una práctica muy concreta y la formación hacia los puros y generales principios de la ciencia, crea una tensión general, en el mundo occidental, frente a la cual tenemos que colocarnos si queremos entender la situación presente. En estos momentos, yo diría que es absolutamente necesario formar psicólogos con todo rigor científico y prepararlos para la aplicación de intervenciones múltiples en el marco social.

Es absolutamente necesario formar Psicólogos con rigor porque con mucha frecuencia el Psicólogo oscila entre aplicar conocimientos fundados en leyes científicamente establecidas o convertirse en un apoyo espiritual del paciente que prescinde de los elementos técnicos que pueden hacer de su intervención una rigurosa aplicación de conocimientos sólidamente fundados. La preocupación por ayudar y modificar la situación del paciente o la persona que le consulta, utilizando en buena medida sólo el sentido común, puede hacer cada vez más problemático a los ojos de los demás el valor de la ciencia psicológica que se pretende aplicar, y eso es un riesgo gravísimo que el psicólogo tiene que evitar. La Psicología no es el puro sentido común, sino un conocimiento técnico de los comportamientos.

La formación de los psicólogos tiene que ser rigurosa, pero tiene que ser pensada de cara a una aplicación múltiple; es a mi modo de ver un peligro muy grave pensar que hay puras aplicaciones clínicas o educativas o industriales, como si el comportamiento estuviera en esos momentos definido por el contexto sin más. En muchos casos, en muchísimos casos, el psicólogo tiene que operar con los procesos motivacionales, los procesos cognitivos, las dimensiones actitudinales sociales, o las dimensiones de personalidad, y son esos procesos los que en buena medida están condicionando el tipo de intervención que hace falta hacer. Esta, en muchos casos, es de carácter genérico, con una aplicabilidad casi idéntica en los marcos sociales de tipo educativo o en los de tipo industrial, como las técnicas de intervención de la modificación de conducta han puesto de manifiesto. En suma, que es mucho más importante el tipo de problemas a los cuales hay que hacer frente que la vieja concepción de área o de especialización contextual en donde el comportamiento tiene lugar.

Quiero decir con esto que en este sentido me parece absolutamente necesaria una auténtica compenetración entre las dimensiones científicas y académicas y las dimensiones profesionales de la Psicología en nuestro país.

Yo creo que el psicólogo y la Psicología en España hoy tienen un horizonte intelectual absolutamente comparable y homogéneo con el que tienen en otros países. Tenemos en estos momentos una literatura psicológica producida en España que da cuenta prácticamente de los mismo problemas y el mismo horizonte de investigación

que pueda tener la Psicología francesa, la Psicología inglesa, o la Psicología americana. No tendremos los mismo recursos ciertamente, pero lo que quiero decir es que estamos implantados ya en un nivel común intelectual y profesional.

Los psicólogos italianos, los psicólogos franceses, los psicólogos mejicanos evidentemente tienen problemas muy parecidos a los que estamos teniendo. No tenemos por qué plantearnos ningún tipo de pregunta especial, pero es importante que para plantear estos problemas pensemos con los datos reales de nuestra sociedad; quiero decir que no es posible que pensemos resolver la figura del psicólogo en nuestro país intentando copiar otros modelos externos, porque no es posible que se copie nada, sino que hay que buscar que la estructura que nosotros demos a nuestra profesión y a nuestra investigación esté adecuada a los datos de nuestra circunstancia.

En estos próximos años el psicólogo habrá de esforzarse por presentar un rol definido de tal manera que la sociedad inmediatamente lo reconozca y le apoye, lo busque y lo incorpore a su dinámica normal. Habrá de ser un rol en que, de modo esencial, estén ligadas las dos facetas esenciales que hemos visto en la Psicología, su dimensión como conocimiento y también como profesión.

Lección Magistral de apertura del Curso 87/88

Pronunciada por el

Exmo. Sr. D. José Luis Pinillos

EL FUTURO DE LA MODERNIDAD

Al leer el título de esta lección, puede que más de uno de ustedes se haya preguntado que a qué viene hablar ahora del futuro de algo tan abstracto y difuso como la Modernidad, existiendo como existe una actualidad nacional tan repleta de problemas concretos y acuciantes. Y sin duda habría en esta objeción mucho de cierto. Excepto que, si se mira bien, tampoco son escasas ni superficiales las razones por las que los españoles debemos ocuparnos —y más siendo universitarios— de los serios problemas que ensombrecen el futuro de la cultura moderna, del cual en muy buena medida depende el nuestro.

España es uno de los muchos países que ha llegado tarde a la Modernidad, pero no es uno de tantos. A diferencia de otros pueblos, el nuestro lo ha hecho de una manera singular, es decir, se ha incorporado al mundo moderno no sólo con retraso, sino a través de serias contradicciones, en medio de tremendos vaivenes y forcejeos internos, combatiendo tenazmente lo que a última hora ha tenido que aceptar más o menos a regañadientes y, desde luego, a destiempo, esto es, en el preciso momento en que la Modernidad está en crisis y no acaba de saber muy bien hacia donde dirigir sus pasos.

Esta singular trayectoria histórica ha marcado profundamente, creo yo, nuestra mentalidad colectiva, y continúa influyendo actualmente en nuestra manera de ver la vida y de abordar el futuro. A pesar de lo cual, este es el problema, se trata de un asunto al que apenas se la presta atención. De ahí mi interés por aprovechar esta oportunidad para reflexionar con ustedes sobre el problema. Y a tal fin, comenzaré por hacer algunas puntualizaciones sobre la idea misma de Modernidad.

A qué llamamos Modernidad

Por supuesto, la palabra Modernidad puede querer decir muchas cosas distintas, que no hacen ahora al caso. Lo moderno puede referirse a lo reciente, a lo último, a lo original, a lo que se opone a lo antiguo y lo supera, o quién sabe a qué más. El vocablo Modernidad tiene de hecho una larga historia, que se remonta por lo menos a la alta Edad Media, pero aquí y ahora me limitaré a utilizarlo en su sentido actual fuerte, o sea, para referirme a un período histórico muy concreto que, como nadie ignora, se abre con la Reforma y los grandes Descubrimientos —el del Mundo Antiguo y el del Nuevo

Mundo, el de la Ciencia Nueva y el del Estado Moderno—, se continúa luego con el siglo de las luces, la Revolución francesa y la idea de Progreso, hasta desembocar y tal vez cerrarse en esta incierta sociedad posindustrial en que vivimos, y de cuyo provenir nadie parece estar seguro. En definitiva, pues, a este medio milenio de historia occidental, caracterizado por un vector de secularización y tecnificación creciente que ahora glosaremos, es a lo que habitualmente se llama Modernidad, y a él nos referiremos siempre que en esta conferencia hablemos de la cultura o del mundo moderno.

Desde luego, y no lo discuto, el mundo moderno podría haber sido distinto del que es. Pudo haber triunfado, pongamos por caso, la alternativa española, la Contrarreforma, el Estado ecuménico y la evangelización de América. Pudo no haber habido Modernidad, o haber sido distinta de la que es. Pero no ocurrió así. La Modernidad que históricamente se impuso como tal fue la que conocemos, la que acabamos de apuntar sumariamente hace un instante y vamos a comentar de inmediato. Sin duda, insisto en ello, las cosas podrían haber ocurrido de otro modo —la historia no es una geometría—, y en cualquier caso caben interpretaciones muy diversas de lo que ocurrió.

Hay quienes como Max Weber, o Harold Laski, sin más lejos, han conferido suma importancia a los factores religiosos, a la ética del protestantismo concretamente, en el desarrollo de la Modernidad, mientras otros, como Karl Marx, o Karl Polanyi, se han apoyado más en la economía para explicar la gran ruptura del XVIII, sin la que ciertamente es difícil entender lo que acontece ahora. Robert Lenoble, en cambio, concede mucha importancia a la ciencia, y en un espléndido libro sobre la evolución de la idea de Naturaleza (*Historia de l'idée de Nature*) ha analizado con notable precisión hasta qué punto el mecanicismo de la física del Barroco ha sido, en el fondo, el gran responsable de la actual fisonomía del mundo; de un mundo donde, a la postre, la decepción y el desencanto han concluido por obscurecer las luminarias de la Ilustración. Un poco en esa línea, Martin Heidegger ha achacado la técnica la deshumanización creciente de nuestras formas de vida, si bien el factor radical del desfundamiento de la Modernidad habría que buscarlo, según él, en la pérdida de la condición fundante sufrida por el ser, y puesta de manifiesto en la metafísica cumplida.

Personalmente, opino que la hegemonía alcanzada en la explicación científica por la categoría de relación —a expensas, claro, de la idea de principio— es de hecho una de las claves decisivas para comprender el espíritu de la Modernidad, si se me permite decirlo así. Pero en todo caso, es obvio que las señas de identidad del mundo moderno se prestan a lectura muy diversas que no es posible desarrollar aquí. El gran problema de la aceleración de los cambios tecnológicos, vaya por caso, o la equiparación de los conceptos de innovación y de valor, en la sociedad contemporánea, son dos ejemplos más de esta diversidad de interpretaciones posibles del hecho histórico en que consiste la Modernidad. En todo este asunto hay, que duda cabe, mucho de opinable. Lo cual en modo alguno debe hacernos perder de vista el hecho histórico de que la Modernidad existió y de que España adoptó frente a ella, en su momento, una actitud de rechazo y de condena, que marcó nuestra mentalidad colectiva con caracteres que, en cierto modo, aún perduran. Esta es la cuestión. Nos guste o no, lo cierto es que entonces, en el XVI y XVII, nos opusimos a lo que ahora hemos tenido que recurrir. En esto, España jugó a la contra de Occidente, con el resultado de que ahora estamos teniendo que recorrer a grandes zancadas en pocos decenios el camino que otros hicieron más

pausadamente durante siglos. Esta es la gran cuestión, vuelvo a repetirlo por enésima vez, de que debemos hacernos: intentar adaptarnos a un tiempo histórico que no tiene demasiado que ver la eternidad con que durate siglos España soñó.

Excursus sobre la diferencia española

Son innumerables los datos que se podrían introducir aquí, desde la famosa pragmática de Felipe II, prohibiendo ir a enseñar o aprender al extranjero, hasta lo ocurrido todavía en nuestro siglo con la teoría de la evolución y el psicoanálisis, o tantas cosas más del mismo estilo. Pero no se trata de recrearse en la suerte, acumulando episodios y anécdotas de mayor o menor relieve, sino de enumerar de forma sucinta y objetiva algunos de los hechos salientes que marcan la singularidad de nuestra postura histórica frente al desarrollo de la Modernidad.

En primer lugar, debemos recordar que no tuvimos Reforma, sino Contrarreforma. El libre examen contó, naturalmente, con la enemiga de la Inquisición, y no hay que olvidar a este respecto que el latín siguió siendo el principal lenguaje de la filosofía casi hasta finales del XIX: prácticamente no tuvimos racionalismo ni idealismo cuando debimos tenerlo. Los novatores y erasmistas no lo pasaron muy bien, que digamos, y los ideales de la limpieza de sangre y desvío hacia el trabajo y el lucro, tampoco ayudaron mucho a fomentar el espíritu innovador y pragmático de la Modernidad. Las guerras en Europa y la singular empresa americana desviaron recursos que podían haberse empleado en la técnica, lo cual habría redundado a su vez en beneficio de la organización social del comercio y del interés por un camino que terminó en el agotamiento y la derrota militar del XVII, a consecuencia de lo cual se extendió por el país una onda de misoneísmo, que evidentemente tampoco contribuyó a nuestra modernización. Dicho en pocas palabras, el camino del progreso secular tropezó en la España de entonces con serios obstáculos. A pesar de que no todo el país estaba en la misma postura, la modernización no fue precisamente el punto fuerte de la España eterna. Todo esto es bien sabido, desde luego, pero conviene tenerlo presente a la hora de analizar nuestra postura actual hacia la clase de mundo en que, por fin, parece que nos hemos incorporado de una vez por todas.

La realidad es que, por razones que no discuto, en su momento no seguimos la política pragmática y utilitaria de otros estados modernos, por ejemplo, Francia e Inglaterra. A diferencia de ellos, dedicamos inmensos recursos a la evangelización y aculturación de los indígenas, a los que dejamos Universidades y Catedrales en mucho mayor número que los anglosajones, aunque con escaso provecho material para la metrópoli. Nos volcamos, en suma, en aventuras tan sublimes como poco prácticas, seguimos a fondo la política "divinal" de que habla Américo Castro, a la par que pretendimos frenar el protestantismo en Europa, y descuidamos nuestro progreso científico, nuestro desarrollo socioeconómico. En esas altas empresas nos desangramos sin remisión y nos apartamos de la Modernidad.

Como ya hemos dicho, apenas tuvimos Renacimiento científico, o más bien lo tuvimos interrumpido. La ciencia del barroco no acabó de desplazar a la ciencia aristotélica, ni el racionalismo ni el empirismo modernos consiguieron substituir a tiempo a la neoescolástica del XVII. Y para colmo de males, la pujante Ilustración de nuestro

siglo XVIII, que intentó rectificar el anterior rumbo de aislamiento, cayó bajo la guillotina de la represión y del miedo, juntamente con la cabeza de Luis XVI, para terminar de ser barrida por la guerra de la Independencia. Por otra parte, ni que decir tiene que durante el XIX faltó un pensamiento idealista fuerte, no hubo propiamente una Revolución Industrial ni Social, y la bandera del Progreso se politizó, es decir, en lugar de modernizarse, la sociedad española se esterilizó en un *maremagnum* de conflictos internos y de guerras civiles, que nos privaron de la estabilidad necesaria para una acción modernizadora continuada. Un dato bien elocuente al respecto lo representan tal vez los cambios de moneda que hubo en el reinado de Isabel II (al parecer hay catalogadas hasta 600 monedas diferentes), que reflejan la falta de continuidad de la sociedad española de la época. Finalmente, el país no pudo soportar tanta tensión acumulada, tanta cuenta pendiente, y estalló la guerra de 1936. Tengo a mano el *Testamento político* de Sánchez Albornoz y recojo de él un pasaje que me parece iluminador a este respecto:

“Llegamos al siglo XX — nos dice don Claudio— sin haber padecido las tres grandes revoluciones que habían contribuido a hacer la Europa que cruza la barrera cronológica del 1900. Nosotros nos asomamos al siglo XX sin haber padecido ningún proceso equivalente al de las guerras religiosas de los siglos XVI y XVII, sin haber sufrido procesos revolucionarios equivalentes a la revolución inglesa y a la Revolución francesa, y sin haber conocido los primeros eslabones de las revoluciones sociales de allende el Pirineo. Las otras comunidades las habían padecido sucesivamente. Nosotros hubimos de sufrirlas sincrónicamente. Y esa ha sido la tragedia de la cuarta década del siglo.”

A la victoria de los nacionales, siguió un efímero y anacrónico intento de neocontrarreforma, fielmente descrito en el libro de Corts Grau *Motivos de la España eterna*, que refleja con honestidad el espíritu de aquellos tiempos de vuelta a Trento y al Imperio. Pero de eso más vale no hablar. Fueron los tiempos del ¡por el Imperio hacia Dios!, que pronto se transmutaron en los de ¡adiós Imperio! Evidentemente, por ese camino no se iba a remediar la “dramática inhabilidad de los españoles... para hacer de su patria un país mínimamente satisfecho de su constitución política y social”, a que se refería Pedro Laín en *España como problema*.

Por fortuna no fue ese el camino que se tomó, y a partir de los años 60 España entró en el proceso de modernización que finalmente nos ha llevado a la entrada en la comunidad europea. Sólo que con tanta rapidez, que la sociedad no ha tenido tiempo de adaptarse a las nuevas exigencias. Quizás ha logrado desprenderse de antiguos hábitos, pero no los ha reemplazado aún del todo por los que corresponden a la nueva situación. Este es el problema de la “diferencia” nacional, que a mi parecer no se ha enfocado adecuadamente. En mi opinión, un análisis de ciertas particularidades de nuestro pasado podría ayudarnos a entender lo que ocurre, podría explicar un poco por qué a veces los españoles de este siglo parecemos vivir en otro, por qué en muchas ocasiones damos la impresión de movernos en el mundo de hoy con los esquemas mentales de otro tiempo. En definitiva, podría servirnos para comprender algo mejor el alcance del desajuste de mentalidades a que me estoy refiriendo, que es precisamente lo que impide a los españoles entender que lo que les pasa es que no entienden lo que les pasa. Lo cual es, a la postre, lo que perpetúa los anacronismos y retrasa el proceso de readap-

tación.

En la encrucijada

Recapitulemos lo dicho. Por razones históricas profundas, España se ha encontrado de pronto en la encrucijada de los tiempos, algo confusa ante la rapidez, profundidad y cuantía de los cambios a que ha de hacer frente. Es sabido que este tipo de situaciones provoca desconcierto: un desconcierto vital que es comprensible, pero que no es bueno. Esto es lo que ha sucedido. Tener que recorrer en pocos años el camino que otros han recorrido a través de una larga *continuidad* histórica —palabra clave esta de la continuidad que sigue representando hoy un problema irresuelto— nos ha planteado y plantea problemas de adaptación, que desembocan en un peligroso círculo vicioso o, más bien, en una espiral de rupturas. Como vamos con retraso, los cambios son continuos; con lo cual nunca se alcanza la continuidad precisa para que los problemas se resuelvan y las cosas lleguen a consolidarse a funcionar normalmente, etc., etc. De hecho, la transición política, el consumismo, los cambios generacionales, la televisión, y ahora mismo la entrada en la comunidad económica europea, ha alterado hasta tal punto las formas tradicionales de vida y provocado tal confusión, como por lo demás era de prever, que esa temible espiritual de la discontinuidad a que aludía más arriba, corre el peligro de interferir seriamente con el proceso de nuestra modernización. En definitiva, en un abrir y cerrar de ojos, ha caído tabúes seculares, se ha desmitificado lo divino y lo humano, los niveles de decencia pública han descendido de forma notoria, la anomía ha hecho presa en importantes sectores de la sociedad, y el pasotismo ha prendido en la juventud como un reguero de pólvora, para no hablar de las drogas, de la crisis de la familia o de la inseguridad ciudadana. Y para colmo, por si todo eso fuera poco, hace unos años ha entrado además en liza la posmodernidad, una filosofía lúdica y decadente, que en otras sociedades tiene probablemente un sentido y unas consecuencias harto distintas de la que pueda tener aquí. Tengo para mí que hay muchas cuestiones parecidas a estas, que debería tratar de poner en claro la sociedad española, a la vista del complicado futuro que probablemente le aguarda en su proceso de adaptación a Europa. De un lado, es obvio que, a estas alturas, una sociedad medianamente avanzada no puede seguir tomando al pie de la letra los tópicos decimonónicos sobre el Progreso; muy por el contrario, un país que pretenda ponerse al día, modernizarse con un criterio verdaderamente actual, no puede desoir las insistentes críticas de que la Modernidad está siendo objeto desde hace decenios, por parte de sectores tan diversos como el psicoanálisis, el estructuralismo, el marxismo o la posmodernidad. Excepto que, de otra parte, no es menos cierto que la crítica a la Modernidad tiene un sentido muy diferente en los países que ya la han conseguido, que en los que todavía no hemos llegado del todo a ella.

Debido a un cúmulo de factores muy diversos, principalmente a la falta de preparación y de experiencia para entender y hacer frente a tanto cambio, los españoles estamos en estos momentos algo confusos y desbordados por la situación, y no muy dispuestos a interiorizar la moral de riguroso cumplimiento que exige la índole del mundo tecnológico a que nos hemos incorporado. A diferencia de la naturaleza, éste es un mundo creado por el hombre y que el hombre mismo ha de mantener con un continuo

esfuerzo de dedicación y vigilancia. Es un mundo en el que no tiene cabida el confiado ¡Dios proveerá! de la tradición, un mundo que necesita de un mantenimiento artificial, de una continuidad de esfuerzo colectivo, de un trabajo en equipo, de una disciplina y de una moral de exigencia, que no acaban de compaginarse bien con las formas de vida individualistas e indisciplinadas propias de otros tiempos.

Por otra parte, también tengo la impresión de que los españoles de hoy no queremos enterarnos de nada que pueda enturbiar nuestra actual situación, ni por supuesto nos sentimos entusiasmados con la forma de vivir de otros países donde el trabajo, el orde y la racionalidad económica ocupan un lugar mucho más destacado que aquí. Posiblemente, España esté cansada de tanta tragedia, de tanto cambio y tanto esfuerzo como se ha sucedido en los últimos lustros, y se resiste a salir de nuevo a la arena, esto es, no quiera aceptar una situación que vislumbra como problemática y necesitada de un nuevo esfuerzo colectivo. Es muy comprensible. A las nuevas generaciones tampoco se las ha educado para el heroísmo y el sacrificio. Eso suele ocurrir después de las guerras y en periodos de bienestar. También se entiende. Pero a la larga, con independencia de que lo entendamos o no, esconder la cabeza debajo del ala no resuelve los problemas cuando se presentan. Y la verdad es que los hay... Querámoslo o no, nos agrade o nos disguste, la verdad es que más tarde o más temprano los españoles habremos de optar por alguna alternativa de futuro, habremos de decidir por donde tirar en esta encrucijada de la Modernidad, aunque la decisión consista en dejarnos llevar adonde decidan otros, o en ir dando tumbos al albur de las circunstancias.

Dicho de otra forma, esa decisión depende en gran medida de nosotros, forma parte de la respuesta responsable consustancial al comportamiento del hombre. La historia humana no es a la postre una historia euclídea, deductiva; no es una historia donde los hechos se deduzcan como un sistema de teoremas y corolarios, a partir de unos axiomas indiscutibles. Hay una enorme dosis de contingencia y opcionalidad subjetiva en la vida de los pueblos: tanta, por lo menos, como en la biografía de los individuos. Y ello acontece no sólo por virtud de que las circunstancias varían, sino asimismo por obra y gracia de las fantasías colectivas y los proyectos vitales que genera cada comunidad, por virtud del modo y manera en que las gentes anticipamos y propiciamos nuestro futuro: lo por venir, que en cierto modo es también lo por traer. Los seres humanos, reparamos en ello, no respondemos tanto a lo que las cosas son como a lo que creemos que son y queremos que sean, esto es, respondemos al mundo como voluntad y representación, si se me permite simplificar el pensamiento de Schopenhauer. Analizadas las cosas desde esta óptica subjetiva, el tema de nuestro actual desconcierto frente al reto de la Modernidad cobra inmediatamente un gigantesco relieve, donde el problema de las mentalidades ocupa un lugar central. Huelga decir que si este tipo de reflexión sobre la anticipación del futuro es siempre importante, lo es todavía mucho más en momentos como los actuales, en que es menester tomar decisiones graves en el seno de la confusión.

Si en la encrucijada de la Modernidad, la reflexión sobre el futuro lleva para los españoles un sello de urgencia.

Los tópicos del progreso

Al mantenimiento de ese estado de confusión contribuye por supuesto una serie de

tópicos que aún circulan sobre la naturaleza del progreso, de la ciencia y de la tecnología: sobre todo, cuando de lo que se habla es de las “nuevas tecnologías”, en plural. Porque si es malo ignorar lo que son las cosas, más grave aún es saber lo que no son, creer que se sabe. Que es lo que acontece con los tópicos sobre el Progreso y la Modernidad. Desde esa presuntuosa ignorancia, y perdónenme el exabrupto, no hay cristiano que pueda hacer nada a derechas, ni a izquierdas.

Es claro que una sociedad medianamente ilustrada hoy no puede enfrentarse al proyecto de la Modernidad con la misma ingenuidad con que lo hicieron nuestros abuelos. Sería absurdo que actualmente, después de Hiroshima y de dos horribles guerras mundiales, siguiéramos creyendo a pies juntillas una serie de ideas que pasaban poco menos que por dogmas de fe ante los ojos de nuestros abuelos. Es obvio que para hacer frente a la situación actual es preciso contar con una cierta conciencia crítica de la sociedad, a la que para ello hay que dar elementos de juicio al respecto. Por ejemplo, en la actualidad no es serio continuar creyendo que el progreso es una propiedad natural de la vida humana, como se creía hace un siglo. Tampoco es de recibo aceptar sin más que la propiedad de progresar, en la medida en que exista, ha de ser meliorativa sin más, o sea, apta para mejorar automáticamente la totalidad de la existencia humana, como por ejemplo creyeron los ilustrados del XVIII y muchos socialistas utópicos. También sería muy difícil de justificar hoy la típica creencia de que todo lo nuevo es valioso y todo lo antiguo deleznable, siendo así que evidentemente hay innovaciones detestables —¿será preciso poner ejemplos?—, y cosas antiguas inmejorables, o que mejoran con el paso de los años, en lugar de hacerse obsoletas y a las que en definitiva no es posible aplicar la medida cuantitativa del progreso material. Quedan asimismo ya muy atrás los tiempos en que se aceptaba que el progreso humano es ilimitado, controlable y siempre beneficioso. En los umbrales del siglo XXI no puede continuarse repitiendo que la ciencia y la técnica conducen necesariamente a la felicidad. Una y otra, la ciencia y la técnica, son en principio neutrales, ambas son susceptibles de ser puestas al servicio de la plenitud del hombre, o de su explotación y servidumbre, aparte de que el brazo destructivo de la tecnología sea más largo y más poderoso que el de la reconstrucción. La Modernidad ha resultado equívoca a ese respecto. La sabiduría de la vida no le es propia, y eso lo ha intuído la posmodernidad. Frente a cuyas críticas de la Modernidad, sin embargo, hay que tomar precauciones.

La crítica posmoderna

De la posmodernidad, en efecto, hay mucho que tomar y dejar. Hay en ella un elemento crítico muy aprovechable y otro que no me lo parece tanto, y que tal vez fuese imprudente tomar en España como fuente de inspiración. En todo caso, pienso que una reflexión sobre el futuro de la Modernidad difícilmente puede hacerse al margen de la crítica posmoderna, aunque tampoco sea sencillo hacerlo exclusivamente desde ella. El discurso posmoderno es ambiguo y multiforme, tiene, versiones muy distintas, si bien podría aceptarse que todas tienen como elemento común un sentimiento de decepción frente a las posibilidades de la Modernidad para hacer frente a los problemas que ella misma ha provocado. Así, pues, aunque no sea nada fácil componer un repertorio de los rasgos distintivos de la mentalidad posmoderna, por lo que hace a la crítica de la

Modernidad sí cabe señalar algunas de sus características más notables.

De alguna manera, el pensamiento posmoderno reposa sobre una "filosofía" propensa a entronizar la frivolidad; es un pensamiento claramente inclinado al rechazo de los grandes relatos y de los mensajes históricos, una cultura volcada al desmote y desmitificación de todo lo ejemplar, aficionada a poner en solfa los clásicos y a irritar al burgués, propicia a ensalzar la zafiedad, la incongruencia, el desorden y todo lo que contribuya a desestabilizar lo establecido. En esa misma línea, y frente a la igualdad en la universalidad de la razón proclamada por lo ilustrados, los posmodernos tienden al cultivo de una filosofía antisubjetiva —contraria a la tesis del sujeto universal—, de una filosofía de la "diferencia", cosa que probablemente encaje a las mil maravillas con la mentalidad de un país donde eso de ser diferente se da bastante bien. Por otro lado, cuando los posmodernos anuncian el fin de la modernidad no hay que pensar en el fin de los tiempos, ni en un holocausto nuclear, ni en catástrofe alguna —lo cual es de agradecer—, sino más bien en una manera menos agresiva y arrogante, en un modo más débil de entender lo nuevo. Tesis que se acompasa, insisto, con la existencia de una decepción y de una hostilidad— ¿tal vez temor?— frente a una modernidad que se tuvo por eterna, que llegó a creerse indefinido repuesto de sí misma, y que finalmente ha logrado situarnos a las mismas puertas del cataclismo universal.

Puesto ya en el trance de tener que abreviar mi exposición, añadiría quizá alguna nota más de las que, a mi parecer, podrían servir para completar el perfil o retrato robot de la crítica posmoderna. A lo ya dicho agregaría acaso el escepticismo frente a la racionalidad científica, un cierto sentimiento de impotencia ante las cosas, por virtud del cual el posmoderno tiende a reducir las condiciones de su discurso a un mero discurso sobre las condiciones, esto es, a pura ingeniosidad verbal que se queda en nada, que conduce a un nihilismo "light", donde el valor incondicionado de lo nuevo ya no es un dogma, y donde tampoco se buscan soluciones a las cosas. En realidad y de verdad, lo único que en el fondo le gusta al posmoderno es el juego frívolo con los conceptos, la desestabilización de lo que se creía perenne, la disolución de los principios y los fines, y de la propia subjetividad que soñaba con integrarlos en un movimiento de realización personal: en suma, la instalación lúdica en lo efímero. En esto consiste básicamente el regusto posmoderno: jamás en la búsqueda de soluciones, porque ello sería tanto como caer de nuevo en la lógica del desarrollo, que es la gran trampa de que el posmoderno dice querer protegerse a toda costa.

No sé, no estoy seguro, pero veces sospecho que la verdad que se esconde tras esa máscara de frivolidad decadente no es sino un profundo sentimiento de impotencia ante lo que se teme que avecina. O sea, el deseo de pesar menos para flotar más entre los restos del naufragio. Como quiera que sea, dudo mucho de que España esté todavía para veleidades tan refinadas.

Ante el futuro

Y ahora viene la pregunta. ¿Realmente, es que la filosofía posmoderna puede constituir un buen apoyo como elemento de orientación ante el futuro? ¿Es que acaso la prosecución del desarrollo debe de considerarse una trampa en un país como España, donde todavía hay tantos problemas materiales sin resolver? ¿No será un pretexto para

reincidir en lo de siempre, para apostar de nuevo contra la Modernidad? O mejor aún, ¿no sería en el fondo una diversión de señoritos, impropia de un país donde todavía hay tanta necesidad por remediar?

Sinceramente, yo pienso que antes de llegar al juego de las frivolidades, a los españoles nos queda todavía mucho camino por hacer.

Estar de vuelta de las cosas antes de haber llegado a ellas es un viejo vicio español, del que debemos cuidarnos. Otros demonios familiares ya se han desvanecido. El cainismo y la ferocidad de otros tiempos han dado paso a formas de convivencia más acordes con la vida moderna. Salvo excepciones, los extremismos van siendo reemplazados por una mayor tolerancia política y religiosa, producto tal vez más del escepticismo y la indiferencia que de otra cosa, pero palpable. Lo que no veo que vaya tan bien, y aquí vuelvo a cosas que ya he dicho, es la voluntad de trabajar en equipos, de trabajar unos con otros en vez de unos contra otros; lo que echo de menos es el entusiasmo al servicio de un proyecto de vida en común. Frente a las exigencias de rigor que inevitablemente reclama la participación sería en un mundo tecnológico, son todavía demasiados los españoles de hoy que se encogen de hombros, que no quieren saber nada de lo que pueda complicarles la vida. Y esto no es bueno. Si las nuevas generaciones cedieran a la tentación del abandonismo, o se entregaran a una frivolidad prematura, mal les iba a ir en el competitivo mundo que se les viene encima. Yo creo firmemente que, entre las misiones actuales de la Universidad, una de las más importantes es la de difundir la idea de que ara defenderse en el mundo actual no basta con disponer de una tecnología prestada. La tecnología se importa. No así, sin embargo, la moral que la mantiene, que la perfecciona y que confiere a un país los grados de libertad indispensables para tener voz y voto en el concierto de los pueblos civilizados. Esa moral no se importa y no es sólo individual. Es una moral de esfuerzo y cumplimiento, sin la que no hay futuro en la Modernidad, o en lo que eventualmente pudiera reemplazarla.

Voy a terminar. La historia de los pueblos se compone, igual que la de los individuos, de lo que hacen y de lo que les ocurre. A los países les ocurre la geografía, los vecinos y, en buena o mala medida, lo que han hecho sus antepasados: las guerras, las ciudades y, desde luego, las ideas recibidas, los sentimientos transmitidos, la historia aprendida en la escuela, la herencia del pasado, en suma, y los condicionamientos que les sobrevienen. pero el ser humano no se reduce a sus condiciones, es algo más que el resultado de unos condicionamientos previos: además de efecto de unas causas, el hombre es también, y muy principalmente, proyecto, causa de efectos que se originan en su propia interioridad. El hombre es coautor, digámoslo así, de su porvenir, es un ser que se distingue por darse destino, que es, como dice Marías, futurizo. A diferencia de lo que ocurre con la respuesta animal, la respuesta humana es responsable, tiene mucho de iniciativa y de propuesta, no es una mera reacción a los estímulos que proceden del mundo exterior, sino que está mediada por un mundo interior en el que intervienen la fantasía y los deseos. Es en ese mundo íntimo donde se gestan los proyectos de futuro, y donde a última hora los españoles habremos de decidir lo que hay que hacer con esa Modernidad que, después de todo, tan sólo los tontos deprecian antes de haberla conseguido.

Tal es, en fin, el sentido de mi propuesta: rogar a los españoles que no descuiden

este asunto, que reflexionen algo más a menudo sobre el futuro de la Modernidad, que es el nuestro y que al fin y al cabo tampoco es tan detestable. Sabemos que cuando un país se incorpora a destiempo a la civilización industrial, corre el riesgo de perder la moral que tenía, sin alcanzar la nueva, la que necesita para moverse con acierto por el complejo mundo de tecnologías e intereses sobre el que la Modernidad reposa. Sabemos también que de este peligro no está ciertamente exento nuestro país. Por ello, no sería bueno que la Universidad se cruzara de brazos ante un asunto en que tanto nos va. Después de todo, rectificar los errores algo tiene que ver con la sabiduría.

Melilla, octubre de 1987

